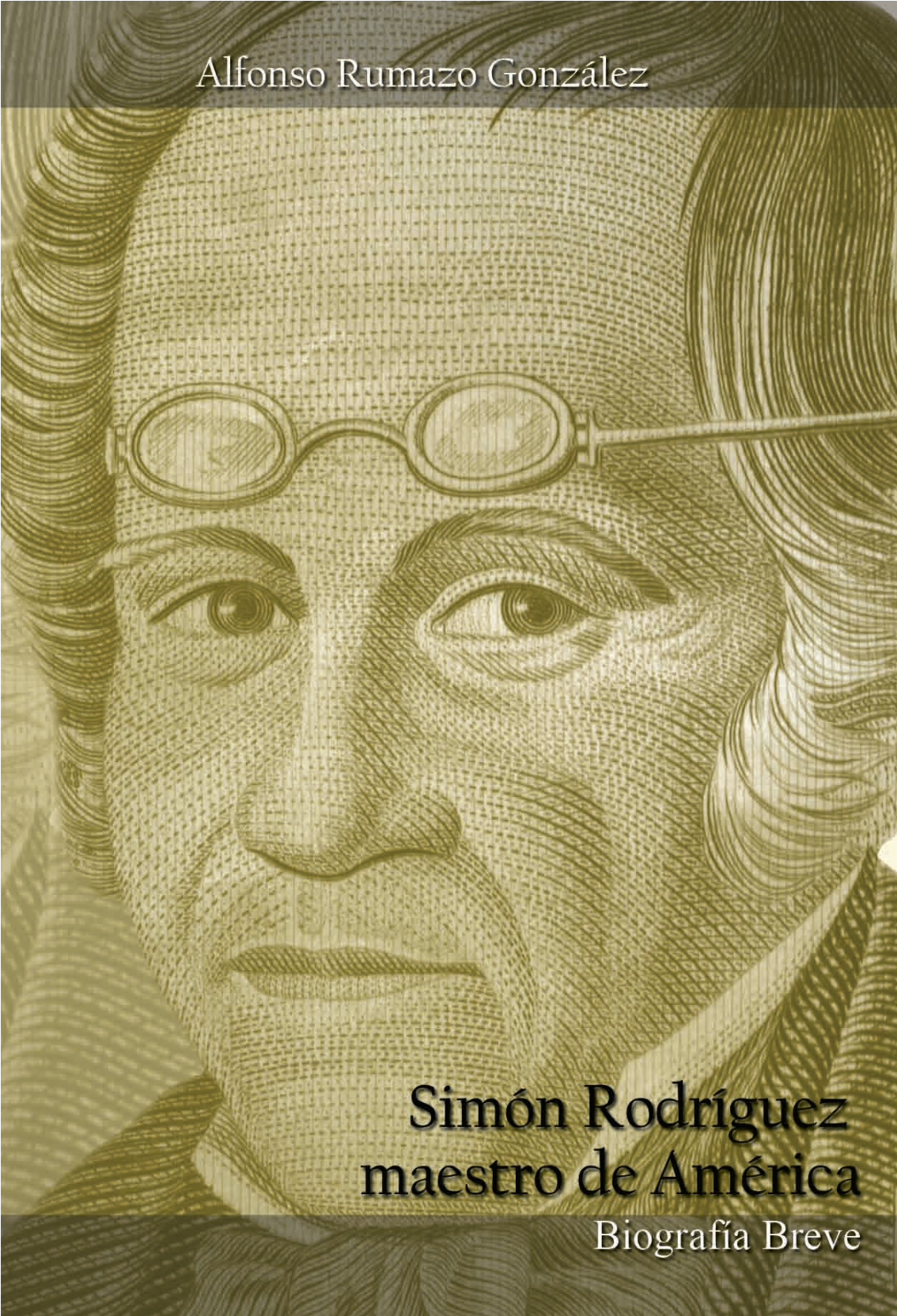
Alfonso Rumazo González



Simón Rodríguez maestro de América

Biografía Breve

Simón Rodríguez maestro de América (Biografía breve).
Al fonso Rumazo González

Ministerio de Comunicación e Información
Av. Universidad, Esq. El Chorro, Torre Ministerial, Pisos 9 y 10.
Caracas. Venezuela.

Web: www.mci.gob.ve
e-mail: publicidad@mci.gov.ve

Directorio

Ministro de Comunicación e Información
Willian Lara

Viceministro de Estrategia Comunicacional
Mauricio Rodríguez

Viceministra de Gestión Comunicacional
Teresa Maniglia

Dirección de Publicaciones
Gabriel González

Diseño Gráfico
Eva Carolina Godoy Contretras

Corrección
Sol MIguez

Textos
Coordinación de Archivo y Publicaciones del Despacho del Presidente

Publicación digital, Marzo de 2006.

https://ceofanb.mil.ve/wp-content/uploads/2017/07/Simon_Rodriguez_Maestro_de_America.pdf

Simón Rodríguez, maestro de América

Biografía breve

Alfonso Rumazo González

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
DE EXPÓSITO A INNOVADOR Y REVOLUCIONARIO.....7

SEGUNDA PARTE
"CAMINANTE: SE HACE CAMINO AL ANDAR".....31

TERCERA PARTE
UNA GRAN ESPERANZA Y UN FRACASO.....55

CUARTA PARTE
EL MAESTRO JUNTO AL DISCÍPULO.....69

QUINTA PARTE
EL ESCRITOR.....83

SEXTA PARTE
EL PEREGRINO AGÓNICO..... 111

ITINERARIO VITAL E INTELECTUAL DE SIMÓN RODGUEZ.....137

BIBLIOGRAFÍA.....140

PRIMERA PARTE

De Expósito a Innovador y Revolucionario

Ah, si hubiera podido pintársela a Simón Rodríguez en su infancia: un niño con una enorme lágrima, que más engrosaba mientras más crecía el conocimiento. Expósito había nacido -al igual que su hermano menor Cayetano-, y eso significaba entrar a depender de la conmiseración humana, o de la muerte. Quería decir también encallamiento al iniciar la ruta: luego será indispensable reparar la tremenda avería a fuerza de "buena conducta", para poder levar anclas y abrir derrotero propio. Apenas nacido, abandonáronle los padres, dejándole en la calle echado a la suerte. La ley española consideraba baldón ese origen, y "aunque fuesen blancos, los expósitos no podían graduarse sin dispensa del rey"[1]*. Hubo, así, presencia de la adversidad a partir de los llantos iniciales!*

Simón Rodríguez llegó a la vida en Caracas, el 28 de octubre de 1771. ¿Quiénes fueron sus padres? Los escritores venezolanos del siglo pasado, Ramón de la Plaza y Arístides Rojas -que pudieron recabar información de primera mano en las familias caraqueñas- expresan que el padre se llamó Alejandro Carreño y la madre Rosalía Rodríguez. El niño Simón adoptó el apellido materno; no así su hermano, quien prefirió el paterno. Las gentes en Caracas les llamaban a los dos indistintamente: los hermanos Carreño. Durante el lapso colonial, en América, los hijos, legítimos o ilegítimos, tomaban el patronímico con libertad de escogencia. Arístides Rojas agrega que el padre de los dos expósitos murió temprano y que éstos quedaron bajo la tutela del tío, el presbítero José Rafael Rodríguez -"sacerdote muy respetado y de gran saber"-, quien se encargó de la educación de ambos.[2]

Los hermanos se diferenciaban no sólo en el apellido que tomó cada uno, sino además, en la propia estructura de su carácter. "Don Simón

---

[1] J. L. SALCEDO BASTARDO: *Historia Fundamental de Venezuela*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1972, p. 175.

[2] La obra de Simón de la Plaza: *Ensayo sobre el arte venezolano,* apareció en Caracas en 1883; se refiere a los niños en la página 99. La de Arístides Rojas: *Leyendas Históricas de Venezuela*, Caracas, 1891, relata el caso en la página 269 y añade algo muy importante: "Estos datos nos los ha suministrado don Cayetano Carreño, el único sobreviviente de los hijos de don Cayetano Carreño, hermano de don Simón Rodríguez".

-escribe Ramón de la Plaza-, con dotes muy altas de intelectualidad, sufría las consecuencias de un carácter altivo, duro e independiente; con ideas y costumbres verdaderamente singulares". Importa subrayar, por exacto: "altivo, duro, independiente, con ideas propias y costumbres singulares". Esos trazos, advertidos en un joven de veinticinco años (Rodríguez no vivió en Caracas sino hasta los veintiséis, y no regresó a ella nunca), perdurarán hasta el final: eran los materiales constitutivos de una personalidad muy nítidamente definida. Tal vez sólo la dureza, por obra de autopulimento, volvióse inteligente sonrisa irónica. Al contrario, "Don Cayetano, de una virtud ejemplar, unía a su bellísima índole la afabilidad y cortesanía de sus maneras, la bondad de su trato y el respeto y consideración que para todos tenía". No salió nunca de su ciudad natal! Las gentes tradicionalistas de ese tiempo y de siempre, tan propensas a encasillar y a tildar, debieron de hablar, en consecuencia, del Rodríguez malo y del Carreño bueno: el demonio y el ángel, el rojo y el blanco, el réprobo y el santo. El grande para la historia fue el primero! El otro, organista de profesión, compuso algunas obras de música sacra. Rodríguez no volverá a acordarse, fuera de Caracas, de su hermano "ejemplar", ni siquiera por ocurrencia ocasional.

El año del nacimiento de Rodríguez, la ciudad de Caracas se aproximaba a los 25.000 habitantes[3]. Había en ella, como en el resto de Venezuela, una estratificación étnico-social que, para todo el país, hallábase clasificada así (hacia el año 1800): blancos peninsulares y canarios y blancos criollos, el 20,3 %; pardos, negros libres y manumisos y negros esclavos, el 61,3 %; negros cimarrones, indios tributarios, indios no tributarios y población indígena marginal, el 18,4 por ciento[4]. La descripción de la ciudad la hicieron tanto el historiador José Oviedo y Baños como Alejandro Humboldt, en muy notable coincidencia de detalles. Escribe el primero:

> *Sus calles son anchas, largas y derechas, con salida y correspondencia en igual proporción a todas partes, y como están pendientes y empedradas, ni mantienen polvos ni consienten lodos, sus edificios los más son bajos por recelo de los temblores, algunos de ladrillo y lo común de tapias, pero bien dispuestos*

[3] FEDERICO BRITO FIGUEROA: *Historia Económica y Social de Venezuela.* Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1973. T. I, pág. 151. Textualmente dice: "En 1766 una epidemia de viruela diezmó la población de Caracas y sus alrededores. La mortalidad se elevó en la ciudad a seis u ocho mil"; sin embargo, en 1772 la población de la ciudad se mantenía en 24.187 habitantes.

[4] *Ibid.,* pág. 160.

> *y repartidos en su fábrica; sus casas son tan dilatadas en sus sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines y huertas que regadas por diferentes acequias que cruzan la ciudad saliendo ensañadas del río Catuche, producen tanta variedad de flores que admira su abundancia todo el año; hermoséanla cuatro plazas, las tres medianas y la principal grande y en proporción cuadrada. Fuera de la innumerable multitud de negros y mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos españoles, y entre ellos dos títulos de Castilla que la ilustran, y otros muchos caballeros de conocidas prosapias que la ennoblecen; son en general de espíritus bizarros y corazones briosos, y tan inclinados a todo lo que es política, que hasta los negros, siendo criollos, se desdeñan de no saber leer y escribir.*[5]

Advierte el historiador José Gil Fortoul que las páginas de Oviedo y Baños olvidaron las sombras del cuadro: higiene pública primitiva -"como en la Metrópoli"- desdén del baño y jabón, epidemias frecuentes y mortalidad de hasta el cuarenta por mil. Existían aún otras sombras mayores:

> *Para los venezolanos no había garantías individuales ni derechos políticos. La esclavitud dominaba el panorama de hondas e irritantes desigualdades; las diferencias eran tantas que a veces parecía haber aquí una sociedad de castas, otra de estamentos y otra de clases, todo a la vez. La riqueza se hallaba concentrada en escasas familias dueñas de las tierras. El trabajo era visto como deshonroso; únicamente las carreras militar, religiosa, jurídica y burocrática eran ejercicio digno para los "bien nacidos" o superiores. Para los pardos era el tratamiento del desprecio y la correlativa explotación. El vasallaje indígena y la explotación irrestricta ejercida sobre ellos, los equiparaba, en la minusvalía, a los negros que por casualidad no fueran esclavos. España trajo los prejuicios de su heterogénea composición religiosa y racial, reeditó aquí sus exigencias de "limpieza de sangre", y entronizó sus privilegios para unos y sus cargas o tributos para los más, es decir, para los sectores populares que soportaban todo el peso de un agobiante aparato colonialista y explotador.*[6]

A este ambiente, que achica y agranda los ojos del niño Simón Narciso, requiérese añadir lo relativo a la moral, las costumbres, los fanatismos e injusticias. No hubo en Venezuela, tal vez, la misma corrupción desaforada que hallaron en el Perú, la Nueva Granada, el Ecuador, los comisionados regios Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en el dieciocho; ni se produjeron, quizás, las comprobaciones del obispo Federico González Suárez en el Archivo

[5] JOSÉ OVIEDO Y BAÑOS: *Historia de la Conquista y Población de la Provincia* de Venezuela. T. II, pp. 36 a 42. Edición de 1885. La primera edición circuló en 1723, o sea medio siglo antes del nacimiento de Simón Rodríguez.

[6] J. L. SALCEDO BASTARDO: *El Primer Deber.* Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1973. Pp. 17 a 20.

de Indias de Sevilla, relativas a la bajísima moral social en esas regiones, durante la colonia, pero tampoco Venezuela pudo constituir excepción. La obra en varios volúmenes de Monseñor Martí -*Relación de la visita general que en la diócesis de Caracas y Venezuela hizo el Ilmo. Sr. Dn. Mariano Martí* (duró doce años, entre 1771 y 1783)- trae abundante información relativa a la conducta de las gentes de los diversos niveles sociales.

En todo caso, frente a esta problemática moral, ideológica y sociológica, y desde el altozano de la educación, actuará Simón Rodríguez, ya para denunciarla, ya para enrumbarla. Forjado él mismo por un sacerdote de principios, severos -que también los hubo entonces- puede hablar con claro conocimiento de lo positivo y de lo negativo. Sin perder la sistematización típica del clero y el férreo enrumbamiento, desembocará, no obstante, en la mar de lo innovador ideológico, de lo aglutinador sociológico, de lo educativo puro. Quizás obraron para ello las muchas condiciones negativas aquí señaladas, y a las que hubo de retar.

El germen inicial de conocimientos para Simón Narciso debió de provenir de la escuela pública. Todo cuanto diga más tarde sobre las formas educativas vigentes, se fundará en la experiencia personal[7]. Tres escuelas tenía entonces la ciudad: la adscrita a la Universidad, regida por un religioso capuchino; la del convento de San Francisco, a cargo de Fray Jesús Zidardia; y la pública, fundada en la segunda mitad del dieciséis. No interesa que Simón y su hermano hubiesen concurrido a uno u otro de esos establecimientos: en los tres se enseñaba lo mismo y regían idénticos métodos. Como cuestión de muchísimo avance, se cita el caso de un tal Echeverría, quien le propuso al Ayuntamiento de Caracas (Acta del 22 de diciembre de 1786):

> *Enseñar la doctrina cristiana según el padre Ripalda, leer y escribir letra grande y pequeña, las cuatro reglas principales de la aritmética con sus quebrados, la regla de tres con distinción de tiempo, multiplicar compuestos, las cuentas relativas a compras y ventas, la de compañía, la de testamentos o participaciones, como lo demás que toca a los ejercicios de la virtud.*

Muy pobre programa, apto sólo para colonias, de parte de una España que ya había mostrado ante el mundo europeo la Literatura del Siglo de Oro español! El criterio educativo procedente de la Metrópoli para América era de carácter muy rudimentario, quizás para que los hombres de la colonia ni aprendiesen ni se ilustraran. La cultura siembra, da y exige

[7] En uno de sus trabajos, *Extracto sucinto de* mi *obra sobre Educación Republicana,* el educador dice, al poner un ejemplo: "Cuando yo estaba en la escuela. . ."

libertad. Se frenaba por precaución, en la raíz o sea en la psique del niño. A la Universidad no podía ingresar sino una escasísima minoría, poseedora de pureza de sangre. Fundado ese centro menos de cincuenta años antes del nacimiento de Rodríguez, no se lo destinaba sino para los hijos de la aristocracia criolla, aptos para satisfacer las muy elevadas matrículas que se cobraban.

Se instrumentan en Venezuela en el siglo dieciocho no pocas innovaciones de entidad político-económica, que hacen, en cierto, modo, contraste con la congelada marcha de la educación pública. "Formalmente, Venezuela surge entera y unitaria en el demorado curso de unos tres cuartos de siglo de -1728 a 1804-, dentro de los cuales hay un decenio fundamental: 1776-1786. Primero se crea la Intendencia, luego la unidad gubernativa y militar -extendiendo el mando del gobernador y capitán general de Caracas a las seis provincias-; seguidamente se aprueba y ordena establecer el Consulado con predominio de criollos-, y después fúndase la Audiencia. Para 1804 se sanciona la integración religiosa"[8]. Se cambia y progresa, en busca de cohesiones; se plasman fundamentos para la estructura de una nación, un poco al margen de los cálculos monárquicos que hubiesen preferido lo contrario; la dinámica de las circunstancias era más poderosa que la previsión oficial. Por Real Cédula de 1778, la Metrópoli se ve forzada a decretar la "Libertad de Comercio". Dice el texto, en su parte resolutiva: "El paternal amor del rey se ha dignado expedir un Reglamento que abraza todos los ramos del comercio libre de España con las Indias, y facilita los medios de hacerlo, con recíproca ventaja de unos y otros Dominios"[9]. Los vasallos del rey -Carlos III entonces- podían en adelante comerciar sin cortapisas oficiales con especies varias de mercancías nacionales y extranjeras, exceptuados sólo los vinos y licores. No se hizo referencia especial a los libros, por hallarse éstos severamente censurados en la Península. Y libros -excelente acicate la prohibición- empezaron a llegar en abundancia (ya habían sido introducidos muchos, desde antes, como contrabando). No sólo los editados en España, sino también los otros, los franceses, clandestinos en la propia zona peninsular y circulantes allá en buen número en forma secreta; el partido liberal español, que se hizo presente luego y que actuó en forma directa en los sucesos del primer tercio del diecinueve, conocía

[8] J. L. SALCEDO BASTARDO: *Historia fundamental. . .*, pág. 137.

[9] Cf. HÉCTOR GARCÍA CHUECOS: *Siglo dieciocho venezolano.* Edime, Madrid, pág. 213.

las producciones francesas de manera completa. Tales obras ensancharon extraordinariamente la visión cultural de los venezolanos y americanos en general.

Los jóvenes, en Caracas, viéronse impelidos a ponerse al día, por lo mucho que ya había introducido la empresa comercial Guipuzcoana y lo que llegaba en cada navío. Se palpaba, o se intuía, que mucho diferente existía en Europa. La juventud es curiosidad y urgencia de saber. Simón Narciso Rodríguez, Andrés Bello, entre otros, entraron a tomar conocimientos, conceptos, con sentido dinámico y tenaz.

En la escuela, el niño Simón Narciso no debió de aprender sino aquello poquísimo que él mismo, ya de maestro, denunciará en un trabajo enviado al Ayuntamiento. Lo sólido y constructivo, en punto a carácter, hubo de recibir, en labra sistemática y lenta, del sacerdote su tío, persona docta y austera que vivía con él. En sustancia, se sembraron en el infante gérmenes destinados a hacer de la existencia un ascenso, una fragua, en medio de rezos y de adoctrinamientos de fe cristiana. Los sacerdotes, al margen de su comportamiento moral, en cuanto clase, eran necesariamente instruidos y hasta sapientes, por obligatoriedad de su condición; mantenían, por consecuencia, fuerte sentido de autoridad en el medio social; el pueblo acataba ese saber, otorgándole reverencia; los clérigos llevaban el título de doctores. El niño, así, fue amoldando su carácter en la severidad y la disciplina, sometido a horas exactas y ejercicios rutinarios inevitables. Esa incipiente vida empezó a sentirse "con destino". Los dos expósitos, en casa del sacerdote, tomarían derrotero de precisión, cada cual según su personal tendencia. Cayetano será el católico ejemplar hasta su muerte en 1836. Simón tomará otras calles, por el mundo.[10]

Todos los valores de entonces, universitarios o no, hicieron su ruta erudita por personal esfuerzo, autoeducándose, leyendo. Rodríguez debió

[10] Carece de fundamento la suposición de que Simón Rodríguez, en ejercicio de aventura, hubiese viajado a Europa a la edad de catorce años, para retomar a Venezuela a los diecinueve. Han hablado de ese supuesto viaje los autores: Marius André, Rufino Blanco Fombona, J.A. Cova, Augusto Orrego Lugo, Vicente Terán y algún otro, en sus respectivos estudios sobre el maestro caraqueño. Ninguno de estos escritores aporta referencia documental alguna. Y en las obras de Rodríguez, donde hay reiteradamente la presencia de lo autobiográfico, y en sus cartas, no aparece ninguna indicación ni directa ni indirecta de ese lance que, de haber sido real, habría grabado huella profunda en el futuro escritor, cuyo nexo con Francia fue después tan potente y tan esclarecedor. Los libros del maestro hablan expresamente de una única permanencia larga suya en el Viejo Mundo.

de andar entre libros desde temprano, como su amigo Andrés Bello y su discípulo Simón Bolívar algunos años más tarde. Cuando Bello salió para Londres en 1810 portaba una inmensa cultura intelectual, más el conocimiento de los idiomas francés e inglés; Bolívar llegó a ser el mayor autoilustrado de su tiempo. Lo que no daba el medio ni otorgaban los regímenes, había que suplirlo, acumulando saberes y rompiendo vallas. Todo cerebro poderoso halla maneras de nutrirse!

Puede suponerse, por deducción, que Rodríguez, tal vez entrado apenas en la pubertad, haya sido admitido como ayudante del educador Guillermo Pelgrón, maestro principal de primeras letras, latinidad y elocuencia. Su natural tendencia era enseñar; su pobreza exigíale trabajar, las lecturas le habían enrumbado. Algo más tarde el propio Pelgrón le avalará ante el Cabildo para que se le dé la dirección de la Escuela Municipal. Una ayudantía era un aprendizaje, una marcha necesaria de primeros pasos, en una ciudad donde nadie preparaba educadores. Rodríguez va formándose aceradamente en una ciudad de estamentos y clases, de algunos escándalos, de muy contrastadas divisiones políticas, invadida subterráneamente por los principios de la Enciclopedia y de una educación dañosamente estancada.

****

Y se produce la fe de bautismo profesional de Simón Rodríguez: el Cabildo de Caracas le otorga el título de maestro el 23 de mayo de 1791, "a consecuencia de lo representado por don Guillermo Pelgrón, maestro principal de primeras letras, latinidad y elocuencia de esta capital, proponiendo para servir la escuela de niños de primeras letras a dicho don Simón Rodríguez, de este vecindario, y a consecuencia de lo que han expuesto los alcaldes ordinarios acerca de su conducta y habilidad; gozará del sueldo de cien pesos"[11]. A esta remuneración se sumarán las cantidades que le abonen los padres de los estudiantes en cuotas de 20, 16, 12, 10, 8, 6 y 4 reales; los pobres, no pagan nada. Abre la escuela. El maestro de veinte años se entiende desde el principio con numerosos estudiantes, que llegarán a la cifra de ciento catorce. ¿Qué otra presión podía incidir ahí sino la del entusiasmo, la vitalidad creadora y el sentido de lucha, además de una

[11] Expediente nº 10 en el Archivo del Ayuntamiento de Caracas (1791). Rodríguez se juramentó el 31 de mayo, en la Sala Capitular del Cabildo, ante el escribano Domingo Antonio Mota y el regidor Francisco García de Quintana. Prometió "desempeñar a cabalidad el empleo de maestro y defender la pureza de la Virgen".

inmensa paciencia? La mayoría de los educandos pertenecen a las familias de mayor prestancia en la ciudad; probablemente se practicó alguna selección. Como entre los niños hay nueve expósitos, los Cabildantes se alarman, pero no determinan medidas en contra, tal vez para respetar así la situación del propio maestro, expósito también[12]. Según una lista firmada por Rodríguez, que se guarda en el Archivo del Concejo Municipal caraqueño de los años 1778 a 1799, aparecen allí, entre muchos, estos nombres de escolares: Mariano Montilla Padrón, Francisco Alcántara Piñango, Simón Bolívar Palacios, Ignacio del Toro Ibarra (hijo del Marqués del Toro), Francisco Nicolás Tovar Guía, Juan José Díaz Ureta, Francisco Negrete Betancourt, Manuel María España Tinoco, José María Monagas Yépez, Timoteo Llamoza Chasín, Nicolás Antonio Toro Barba, Mateo Plaza Aristeguieta, Diego Parra Piñango, Timoteo Bello Rodríguez. Apellidos, en su mayoría, de significación político-social. Los que figuran como pobres -unos cuarenta-, nada pagan dice el maestro, a no ser "una vela, un huevo, medio real o un cuartillo de los que corren en las pulperías". El joven maestro comienza su andar de varón estoico.

Quizás Rodríguez sintió en lo íntimo de su conciencia lo escrito por Voltaire, uno de sus autores preferidos -"Los grandes placeres son muy serios,"- cuando en el año 1792 fue llamado por el Alférez Real de Caracas, Feliciano Palacios Sojo, para que se ocupara con la educación del niño Simón Bolívar y, al mismo tiempo, sirviera de amanuense ¡Gran placer, educar a alguien en totalidad! Fue aquella vez una presencia del destino. El destino es el conjunto de fuerzas extrañas que operan sobre el hombre, sin que éste lo busque; actúa con el imperio de lo irrevocable[13]. El amanuense habrá de entenderse con cuentas de los muchos negocios que se movilizan en esa casa y con la correspondencia. Hay ventas de cacao, leche, añil, ganados, azúcar, diferentes productos agrícolas; están presentes, con sus problemas, muchos negros y algunos indígenas. El abuelo Palacios, además, atiende al manejo de la inmensa fortuna heredada por el párvulo y sus hermanos María Antonia, Juana y Juan Vicente: haciendas de cacao y caña, hatos, minas, casas en la capital, dinero a réditos.

---

12 La Escuela quedó localizada en el piso alto de la casa de doña Juana Aristeguieta (entre las esquinas de Veroes y Jesuitas); la parte baja estaba destinada a los cursos del maestro Pelgrón.

13 El padre de Simón Bolívar, coronel Juan Vicente Bolívar, murió siete años atrás, y la madre, Concepción Palacios, en julio de aquel 1792.

> *Bajo la dirección de don Simón Rodríguez -escribe O'Leary-, hombre de variados y extensos conocimientos, pero de carácter excéntrico, aprendió Bolívar los rudimentos de las lenguas española y latina, aritmética e historia. Entre éste y el maestro se trabó luego estrecha y sincera amistad. A pesar de la poca aplicación de Bolívar y del poco adelanto de sus estudios, Rodríguez tenía alta opinión del talento del niño, cuya imaginación era viva, por no decir poética, y sorprendía la originalidad de sus observaciones [...] En figura y modales no era Rodríguez el hombre que pudiera inspirar confianza y cariño a un niño. Severo e inflexible en su discurso, de facciones toscas e irregulares; tenía pocos amigos fuera de su discípulo, cuyo cariño y confianza se había captado aparentando grande interés en sus entretenimientos infantiles.*[14]

¿De dónde podía conocer el edecán de Bolívar, O'Leary, estos detalles relativos al educador y al educando sino de los propios labios de uno y otro? El general irlandés no le conoció a Rodríguez sino en 1825, o sea cuando éste había vivido ya más de cinco décadas.

No fueron Rodríguez y Bello los únicos ocupados en la docencia de Bolívar. "Se citan los nombres de Carrasco y de Fernando Vides, quienes le dieron lecciones de escritura y aritmética; del presbítero José Antonio Negrete, quien se las dio de historia y religión, y de Guillermo Pelgrón, quien le había enseñado latín"[15]. Bolívar mismo, después de citar a Rodríguez y Bello, declara: "Se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el barón de Humboldt". Pero ninguno grabó en profundo, engendrando. Y tatuando; ni Bello, que era entonces casi de la misma edad que el alumno y que practicó con éste una suerte de sistema lancasteriano -aun no conocido-, enseñándole a Simón lo poco que ya sabía Andrés. Sólo Rodríguez infundió sus saberes, sus normas, su yo, en el espíritu del niño, actuando con intensidad creadora y fecunda y

[14] DANIEL FLORENCIO O'LEARY: *Memorias*..., edición de 1883. T. I, págs. 5 y 6. Bolívar, en carta al general Santander desde Arequipa, el 20 de mayo de 1825, declara: «Robinson (Rodríguez), que usted conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas artes y geografía, nuestro famoso Bello». Por tanto, Bolívar comenzó con las primeras letras a la edad de nueve años. Los tres hermanos Bolívar tuvieron este proceso vital: María Antonia murió de sesenta y cinco años y dejó cuatro hijos: Juana llegó a los sesenta y ocho, con dos hijos: Juan Vicente pereció en un naufragio en el Caribe a los veintinueve; había engendrado tres hijos: Fernando, Felicia y Juan. A este Fernando le quiso Bolívar como a hijo, y le educó en los Estados Unidos. María Antonia manejaba los intereses económicos de su hermano Simón, cuando éste se ausentaba de Venezuela. Ella fue quien recibió órdenes de dinero para la esposa de Rodríguez, cuando éste se hallaba en el Perú.

[15] MANUEL PÉREZ VILA: La *formación intelectual del Libertador*. Edición del Ministerio de Educación, Caracas, 1971, pág. 30.

cumpliendo un plan certeramente elaborado. El discípulo confesará más tarde: "Usted, mi maestro, no habrá dejado de decirse: yo sembré esa planta, yo la regué, yo la enderecé tierna".

Rodríguez sembrador, enderezador, penetró en el cariño y la confianza del niño "aparentando grande interés por sus entretenimientos infantiles". Bolívar mostró "poca aplicación y poco adelanto en sus estudios". Lo uno y lo otro, contado por O'Leary, son cuestiones rousseaunianas; provienen directamente de las teorías educativas de Jean Jacques Rousseau, constantes en su obra *Emilio, o De la Educación*, aparecida en París en 1762.

Pero el educador caraqueño, de veinte años, no le toma al pensador ginebrino sino con timidez, en las doctrinas que no sean educativas; tiene que vivir y operar en un ámbito colonial superabundante en prejuicios y casi pétreo en costumbres; le será vedado, por fuerza, hablar de libertad e igualdad; no podrá, siquiera, referirse a la Revolución Francesa, acabada de producirse; la mayoría de los padres que le han encomendado sus hijos no lo toleraría. Pero aprovecha, en cambio, las formulaciones del Emilio, en dos rumbos: para educar con ellas como patrón y guía, a su discípulo Bolívar, niño en el cual se cumplen, por extraña casualidad, las condiciones exigidas por el teorizador europeo para el logro de una formación nueva destinada a excepcionales rendimientos; y para pedirle al Cabildo caraqueño una reforma de la educación. Las maneras en que actúa y los términos en que habla Rodríguez no podían proceder de otra fuente que la del pensador suizo; eran ideas y métodos ignorados por todos cuantos no hubiesen leído a Rousseau, y no podían encontrarse sino en este escritor; las normas pedagógicas de ese tiempo hallábanse en Venezuela en niveles mucho más bajos que los vigentes en la Península hispana, cuyo retraso, por otra parte, era grave, muy grave, en comparación con lo que se había alcanzado en las otras naciones europeas. En la Metrópoli nada se innovaba ni creaba; en la América española, por lo mismo, ninguna novedad se conocía, ni ninguna iniciativa plasmaba, y las expresiones de queja e inconformidad perdíanse en los archivos oficiales.

Si se siguen las anotaciones y preceptos de Rousseau, los requisitos que exige y las normas que da, fácilmente se los verá aplicados por Rodríguez a Bolívar. Muy rara vez se encuentra mayor intimidad y vigor de nexo entre una teoría vital y su plasmación. Si se procediera a la inversa y se sacaran conclusiones de la manera de pensar y de obrar de Bolívar, se llegaría a la suma de normas del Emilio. La genialidad rousseauniana estuvo en que

describió y fijó procedimientos para preparar a un niño de real excepción, y en que no dijo nada, a pesar de la originalidad de sus conceptos, que pudiera ser inverosímil o utópico. Señaló una realidad posible, y acertó.

La cartilla de sus requerimientos es corta, sencilla y muy nítidamente precisa. Piensa como sobre un hecho ya existente. "Escojamos, escribe, un niño rico; así estaremos seguros, al menos, de haber contribuido a formar un nuevo ser, un hombre nuevo, mientras que el pobre puede llegar a ser hombre por sí mismo. Por esta misma razón, no me ha de parecer mal que Emilio sea de elevada alcurnia; sería una nueva víctima que habremos arrancado a la superstición. El niño ha de ser huérfano, para que su preceptor sea el único dueño de su sensibilidad. Quiero que Emilio *se eduque en el campo*". Simón Bolívar es rico, de elevada alcurnia, huérfano, y pasa parte de su niñez no en su casa natal sino en una quinta a orillas del Guaire, a un costado de la ciudad.

A los nueve, a los diez años y después, Simón Bolívar se sabe más que rico y aristócrata, huérfano. Se siente borroso y desarticulado en un ambiente familiar en extremo impersonal: tres tíos maternos solteros y poco hogareños; una tía casada, María de Jesús, que cuida a un hijo de pocos meses y que tratará, con su hermana Josefa, de desempeñarse como madre para los cuatro niños Bolívar; dos tías más, solteras, cuyo matrimonio llegará pronto. Su hermana María Antonia, novia a pesar de su extrema juventud -quince años- está para casarse con Pablo Clemente Francia. Entre tantas faldas y jóvenes solteros, nadie toca verdaderamente con su intimidad. Abundan el cariño, las delicadezas y cuidados, los mimos de las negras encargadas de él; pero está desprovisto de esa sustentación segura que son el padre y la madre; fáltale ese acentuado calor único precisamente en los años de las fijaciones. No tiene un hermano de edad próxima a la suya, un amigo, alguien que le aliente subterráneamente con suficiente comprensión y amengüe esa creciente soledad.

Aparece entonces Simón Rodríguez, joven entusiasta, precoz en muchos saberes, carente de dudas, fuerte y enérgico, certero en los rumbos. La realidad psíquica del niño empieza a mortificarse, y crece la confianza; ha aparecido algo así como un hermano mayor. El encuentro fue salvador y oportuno. Y la grabación de la nueva ruta tomó raíces profundas, de garfio y platino, en un lapso creador e ininterrumpido de cinco años, hasta que el maestro vióse forzado a expatriarse. ¿Cuánta savia generadora cabe inyectar en un lustro completo? Rodríguez, fundamentado en las

clarividencias rousseaunianas, moldea a su pupilo con sabiduría, sin pausa y hasta sin esfuerzo valido de la inmensa capacidad de influjo y dominio que posee. Una de sus características es la seguridad de procedimientos; lo mostrará en todo su largo ir vital. La aplicación de los consejos del ginebrino se hace sistemática, empezando por "no enseñar nada", para situar a salvo el "estado natural" del niño. Enseñar significa inocular saberes, lo cual no se hace necesario todavía. Importa llevarle al educando al ámbito de las espontaneidades, mediante un diálogo constante. La palabra sirve de mucho; en la palabra hay base para innumerables ciencias -hasta para el actual psicoanálisis-, anota Foucault. Al echar fundamentos, se tatúan convicciones simultáneamente. Estatuye Rousseau: "Emilio posee pocos conocimientos; pero aquellos que posee son verdaderamente suyos. Y nada sabe a medias. En el escaso número de cosas que sabe bien, la más importante es que hállase seguro de que hay muchas cosas que ignora". Cuando Bolívar llega a España a los dieciséis años, su tío Esteban Palacios escribirá desde Madrid: "Llegó Simoncito, tan guapo. Aunque no tiene instrucción ninguna, tiene disposición para adquirirla". Instrucción significa posesión de conocimientos; el no tenerlos a esa edad, sino los básicos, corresponde a doctrina rousseauniana.

Más aplicaciones del sistema: "¿Para qué sirve esto?, será la palabra sagrada. No se trata de saberlo todo, sino de saber únicamente lo que es útil". El Libertador, ya en ejercicio de autodidacto, no leerá sino aquello que, aconsejado por Rodríguez, le lleve a una estructuración mental muy bien nutrida de lo indispensable para el rumbo de una vida política plena. Rodríguez le aconsejará los libros necesarios, en Francia y en Italia. ¿No gira todo, ya, en torno al juramento en el Monte Sacro de Roma, en el espíritu del futuro Libertador? Un adoctrinamiento más: "En lugar de que se apoltrone en el aire viciado de una habitación, hay que llevarle en medio del prado (la quinta del Guaire) a que corra, juegue y se caiga cien veces. Con eso aprenderá a levantarse y a sufrir los golpes que habrá de soportar más tarde; se hará intrépido en todo". Bolívar llegará a ser más peligroso vencido que vencedor. "Lejos de evitar que Emilio se haga daño, sentiría mucho que no se lo hiciese nunca. Sufrir es lo primero que debe aprender y lo que más necesita saber. Si se equivoca, no corrijáis sus errores; esperad, sin decir palabra, que se halle en estado de verlos y de enmendarlos por sí mismo". Bolívar fue, por lo que atañe a primera educación, un efecto de estos procesos. Por muy genial que naciera, habría quizás encontrado más

difícil su empeño libertario de no contar con un carácter orgánicamente acerado en la niñez. El hombre de gran voluntad y de magna claridad de su inteligencia, nunca es producto de un dejar ir, de un dejar correr. Bolívar, llegado el momento, agradeció públicamente y para la historia, lo que Rodríguez había hecho con él y en él desde las primeras letras. La carta de la gratitud escrita en Pativilca y que dice: "¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! -Usted formó mi corazón para la libertad. Usted fue mi piloto..." se publicó en Bogotá en 1849, para que la conociesen todos.

Rodríguez y Bolívar estuvieron constantemente juntos en tres lapsos, que se señalan así: cinco años en Caracas, de 1792 a 1797; tres años en Francia e Italia, durante 1804, 1805 y 1806; y uno en el Perú y Bolivia, en 1825. El primero fue el sorprendentemente grabador y creador, por sustancial.

Rodríguez enrumbó a su juvenil discípulo, tanto en la casa de los Bolívar, como en la escuela pública y en su propio hogar donde abrió una suerte de internado para pocos niños. Importaba tenerle muy cerca al discípulo de excepcional calidad.

****

A escasa distancia de un año de haber conocido a su discípulo Bolívar, se casa Rodríguez con María de los Santos Ronco. La esposa, de origen modesto como él y asimismo pobre, no le dará hijos en los cuatro años de su relación[16]. El matrimonio, en cuanto contrato social, le significará al educador una mayor solidez en su labor: habrá más confianza en él, que apenas si ha sobrepasado los veintiún años. El juvenil maestro defiende su mañana en su hoy.

Hay que establecer el principio de que para Rodríguez no tuvieron especial significación ni el amor, ni la mujer en general -exceptuando el

[16]El acta copiada del Libro Primero de Matrimonios de Blancos 1790-1805, de la iglesia de Altagracia, dice "En la ciudad mariana de Caracas, en veinticinco días del mes de junio de mil setecientos noventa y tres, yo el infrascrito cura teniente de esta parroquia de Nuestra Señora de Altagracia, habiendo precedido todo lo prescrito por el ritual romano, pragmática sanción y licencia del señor gobernador don Pedro Carbonell, presencié el matrimonio que por palabra de presente contrajeron in facie ecclesiae don Simón Rodríguez, expósito de esta feligresía, y doña María de los Santos Ronco, hija legítima de don Juan Ronco y de doña María Ignacia Pulido de la misma feligresía. Fueron testigos don Antonio Alejado y doña Juana Nuevo; para que conste firmo, Br. José Nicolás Fajardo". El especial permiso del gobernador se debió probablemente a la situación de expósito del contrayente.

propósito de educar también a las niñas-. Ni en sus cartas, ni en sus obras todas hay referencia a lo uno o a lo otro. Con o sin matrimonio -se casará dos veces y es posible que haya tenido alguna amante (en más de una ocasión le acusaron de "vivir mal", expresión que en lenguaje popular- significa presencia de una concubina)-, su encuentro diario, tenaz y ascendentemente luminoso, era con las ideas. No fue ni varón enamorado, ni un divagador, ni un imaginativo, sino sólo un poderoso razonador. Pareciera que en su organismo hubiera un macrocefalismo. Hombre de inmensa inteligencia, original por la vía de la lógica, pensador esencial, no se distrajo en escarceos.

Concretamente, ¿qué se leía en Caracas? Traducidos o no, los libros franceses eran leídos sólo por una elite intelectualizada y no por el pueblo, que continuaba en analfabetismo obligatorio. Por esto, la revolución americana fue en sus comienzos y en su iluminación irruptora obra de pocos, de los pensadores, de ese grupo autoelevado mentalmente que, de haberío conocido el inmenso filósofo Hegel, lo hubiese aclamado (Hegel fue coetáneo de Rodríguez). Estos volúmenes, por lo profundamente corrosivo que hay en la letra escrita, la de ideas altas y vigorosas, cambiaron al hombre americano de mente cultivada. No, en ningún caso, la educación universitaria dada por una España que iba en decadencia en medio de los adelantos del Viejo Mundo. La Universidad de Caracas, al abrirse el siglo diecinueve, tenía una cifra promedia de cuatrocientos alumnos, pero incluida la educación primaria a ella adscrita[17]. ¿Qué se enseñaba ahí, desde el inicio educativo hasta la graduación doctoral? "Primeras letras, latín, castellano, filosofía peripatética, derecho canónico, derecho civil, teología escolástica, moral, historia eclesiástica y medicina", aparte de las elementalidades de la primaria. En suma: cuatro materias de utilidad para clérigos; únicamente derecho y medicina, para los civiles; en idiomas, sólo latín y castellano. No había otro panorama! (Venezuela no llegó a tener periódico sino en 1808). El criterio educador procedente de la Metrópoli era de limitación y rigidez, que no mostraba rutas ni toleraba inquietudes. Cuando se quiso establecer en Caracas una Academia (1797), advertía y aclaraba el Real Consulado que deseaba que se enseñasen gratuitamente "las matemáticas, física y química aplicada a la agricultura y a las artes, a toda persona notoriamente blanca y de buena reputación"; a los otros, a los pardos, indios y negros, se les negaba la entrada al templo. Se daba la medicina sin demostración

[17] JOSÉ GIL FORTOUL. *Historia Constitucional...* T.I. pág. 149.

anatómica, sin lecciones de botánica, sin nociones químicas, y -punto muy grave- sin práctica clínica.

Para la música crearon su centro el Padre Sojo y Juan Manuel Olivares (1770): en él aprenderá Cayetano Carreño, y de él saldrán certeramente orientados los compositores José Angel Lamas, Lino Gallardo, Juan Landaeta y otros. Quizás esta realización noble fue la de mayor eficacia en el dieciocho, en Caracas; de ahí en adelante, Venezuela seguirá distinguiéndose, ante América, por el arte musical más que por las otras expresiones estéticas en que han sobresalido otras zonas: el Ecuador, en la pintura y escultura; México, la Nueva Granada, en pintura.

Rodríguez, en su escuela, en el ambiente de la ciudad, observa que mucho, muchísimo podría y debería ser cambiado, o cuando menos mejorado. Rectificación, reforma, innovación son términos con esencia de lucha. En la apatía y en la aceptación de situaciones oscuras, injustas, depresivas, hay complicidad. No podrá él inscribirse entre los resignados; espíritu empotrado en rebeldía, necesita erguirse contra lo establecido y tomar, en la respiración de altura, el derrotero de la indignación. Pero su medida de hombre en ese lapso de experimentaciones iniciales, no es sino la batalla de la razón. Y prepara un documento muy importante, destinado a exigir cambios. Lo presenta al Ayuntamiento el 19 de mayo de 1794 con el título de "Reflexiones sobre los defectos que vician la Escuela de Primeras Letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento"[18]. Estas veinte páginas se dividen en dos partes: la de crítica, en "seis reparos"; y la constructiva: proyecto de reforma, en tres capítulos.

Es el primer trabajo escrito, del nuevo pensador venezolano; se presenta con la doble fórmula que empleará en muchas de sus producciones posteriores: cuestionar y crear[19]. En una excelente ordenación metodológica, con lenguaje castizo para la claridad lógica de la exposición, y en una estructura de rígido ensamblaje, analiza lo vigente con acre franqueza; afirma, teoriza, amputa, aplicando incluso el bisturí cáustico. Escribe una amplia requisitoria de la sociedad, y trata duramente a los falsos maestros,

18 *Escritos de Simón Rodríguez,* 3 vols. Compilación y estudio bibliográfico por Pedro Grases: Prólogo de Arturo Uslar Pietri. Imprenta Nacional, Caracas, 1954. Págs. 5 a 27, T. I.

19 Desde el comienzo, Rodríguez va más allá de la mera actividad pedagógica que, según el educador Félix Adam, es "una mediación entre una generación adulta y otra en formación"; así, "La educación es albacea de lo que deja la vieja generación y hereda la nueva". (FÉLIX ADAM: *Andragogía, ciencia* de la e*ducación de adultos,* Editorial Grafarte, Caracas, 1970).

en buena parte peluqueros o barberos de profesión. "Muchos en actual ejercicio -denuncia- forman sus escuelas públicas de leer y peinar, o de escribir y afeitar." También ejercen docencia los artesanos.

Asimismo las escuelas regentadas por religiosos reciben de este joven crítico su dosis de ácido. Sucede algo más grave: se cree que la escuela de primeras letras -¡tan cuidada hoy por la pedagogía actual!- es de poca utilidad; que la caligrafía, entonces tan valorada, y la aritmética la requieren únicamente los dependientes. A tanto alcanza la ignorancia, que "hay quien sea del parecer que los artesanos, los labradores y la gente común tienen bastante con saber firmar; que los que han de emprender la carrera de las letras no necesitan de la aritmética y les es suficiente saber formar caracteres de cualquier modo para hacerse entender, porque no han de buscar la vida con la pluma; que todo lo que aprenden los niños en la escuela, lo olvidan luego". "De modo que -concluye Rodríguez desconcertado-, en su concepto, era menester dar al desprecio todo lo que hay escrito sobre el asunto, considerando a sus autores preocupados por ideas falsas: suprimir las escuelas por inútiles y dejar los niños en ociosidad".

Por otra parte, ¿por qué se han de educar solamente los blancos? Lo rechaza. "Las artes mecánicas, explica, están en esta ciudad y aun en la provincia como vinculadas a los pardos y morenos. Ellos no tienen quién los instruya; a la escuela de los niños blancos no pueden concurrir; la pobreza les hace aplicar desde sus tiernos años al trabajo, y en él adquieren práctica pero no técnica (ya se vislumbran las escuelas de docencia y de aprendizaje de oficios a la vez), unos se hacen maestros de otros -condena desde ahora esa especie de lancasterismo, a pesar de que esta fórmula pedagógica no ha aparecido aún- y todos no han sido aun discípulos. Yo no creo que sean menos acreedores a la instrucción que los niños blancos. Lo primero, porque no están privados de la sociedad. Y lo segundo porque no habiendo en la Iglesia distinción de calidades para la observancia de la religión, tampoco debe haberla en enseñarla".

Se atreve Rodríguez a este lenguaje valeroso en pleno régimen colonial, y en un documento que irá a autoridades de mente defensora de las estructuras llegadas del pasado. ¡Cuántas resistencias no debieron de alzarse contra el audaz denunciador! Al acusar sin titubeo y con palabra franca, el maestro, no sólo se denuncia como rebelde, sino que parece un anticipador de lo que se hará en América una vez independiente. Son términos por entero desconocidos en el medio venezolano exceptuado el saber de unos

cuantos doctos-; son espíritu de la Europa liberal tales enjuiciamientos sobre las fallas sociales y sobre el comportamiento del poder y de la sociedad con los niños. El derecho de todos: blancos pardos, morenos, indios, a la educación, corresponde a pensamiento estrictamente rousseauniano y al principio de Igualdad preconizado por la Revolución Francesa. Rodríguez empieza a hablar ya como liberal, aunque, frente a lo que dirá en el futuro, opera con inteligente discreción y no apela a lo radical; su yo profundo emerge un poco a la superficie y se hace ver un tanto en la penumbra. No se atreve todavía a pronunciar de frente la palabra revolución.

En unos cuantos puntos concretos se fijan las peticiones de Rodríguez al Cabildo: aumento del número de escuelas, "atendiendo a la necesidad de que se instruyan igualmente los niños pardos y morenos"-¡cuánto escándalo para los mantuanos!-; empleo de maestros auténticos -¡profesionalismo!-, "con absoluta prohibición a otras personas de mezclarse en las escuelas"; la provisión de materiales y muebles "adecuados" -Rodríguez hizo fabricar muebles, que los pagó de sus ahorros y que luego los adquirió el Municipio-; creación de premios en lugar de castigos; labor diaria de seis horas; y, adecuada remuneración a los maestros. En suma, aspira a que se tome la educación primaria con la máxima seriedad. Esta es la gran innovación. Nadie en América había pensado en eso todavía; y será necesaria la Independencia para que se plasme este gran principio, extraído de Rousseau:

> *La educación primaria es la que más importa. Todo cuanto nos hace falta al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, eso lo debemos a la educación. [Emilio].*

Hasta ahora, Rodríguez es rousseauniano; después, por obra de vuelo propio, ¡se libertará de él!.

****

Cinco meses se demorará el Cabildo en estudiar las veinte páginas de "Reflexiones" del maestro Rodríguez. En este ínterin algo episódico, pero excepcional, sucede con el estudiante Simón Bolívar: abandona sorpresivamente la casa del tutor y se va a la de su hermana María Antonia, casada ya el año anterior. Actúa Carlos Palacios -el tutor- al regreso del campo donde se hallaba y obtiene de la Audiencia que se le traslade al niño a la casa de Simón Rodríguez, donde permanecerá interno por espacio de casi tres meses. Las palabras de Palacios, constantes en el litigio, ensalzan

al maestro:

> *[...] que se transfiera a la casa de don Simón Rodríguez, que siendo un sujeto de probidad y habilidad notoria, y estando destinado por su oficio a la enseñanza de los niños, podrá más cómodamente proveer a la educación de éste, teniéndole siempre a su vista y en su propia casa, que es bastante cómoda y capaz.*

No admite María Antonia esta solución, y el estudiante tiene que ser llevado a la fuerza, en brazos de un esclavo, para que la disposición judicial se cumpla. Como la hermana del educando hubiese alegado la presencia de condiciones poco propicias en la casa de Rodríguez, el Cabildo ordena una inspección ocular a esa residencia que sirve de hogar y de escuela para cinco niños internos. Actúa el Escribano de Cámara, acompañado del Tutor y de Pablo Clemente, marido de María Antonia Bolívar. Los inspectores encuentran diecinueve personas, habitantes en una casa inmensa de dos patios: Rodríguez y su esposa, con tres domésticos a su servicio -y también de los otros, seguramente-; su hermano Cayetano Carreño, la mujer de éste, María de Jesús Muñoz y un niño recién nacido; Pedro Piñero y un sobrino de éste; cinco niños pupilos entregados por sus padres para educación y asistencia; además, las respectivas suegras de los dos hermanos y dos cuñados de ocho y trece años. Rodríguez atendía tanto a este internado como a la escuela municipal; será siempre hombre de trabajo ingente y de gran tenacidad en él. Importa señalar que en la habitación destinada al niño Bolívar se puso también al niño José Félix Navas, hijo de Gervasio Navas, que ocupábase en importar libros de España. El nexo hubo de ser provechoso para el maestro [20].

Una noche, a las dos semanas del encierro, se fuga el estudiante Bolívar; pero mientras lo buscan en calles y casas, retorna llevado por el confesor del obispo. ¡Un suceso carente de importancia! Pero la Audiencia lleva muy a serio el caso y envíanle al maestro una comunicación firmada por el Presidente, el Regente y los Oidores, ¡más el Escribano de Cámara! (Es el ¡"O tempora, O mores" de Cicerón!). En ese pliego se puntualiza que el estudiante "tendrá que desterrar de su imaginación las ideas que ha manifestado de inobediencia a la justicia, perjudiciales a él mismo y de mal ejemplo a todo el pueblo"; no podrá en adelante salir sin permiso y

[20] Según el texto del Litigio, la casa hogareña de Rodríguez estaba situada entre las actuales esquinas de Cují a Romualda. La escuela pública, a pocas cuadras de allí, hacia occidente, hallábase entre las esquinas de Veroes y Jesuitas de la Caracas actual.

visitará a su familia "únicamente uno que otro día de fiesta, recogiéndose antes del toque de oraciones" (las seis de la tarde). Minucias sin duda, pero con médula: dentro se ve al moldeado por Rodríguez: inobediencia a la justicia. Según el texto del Litigio, cuando Simón se trasladó a vivir en casa de su hermana María Antonia, dijo: "Si los esclavos tienen libertad para elegir amo a su satisfacción, por lo menos no debía negársele a él la de vivir en la casa de su agrado". Estas rebeldías corresponden a adoctrinamiento rousseauniano: desconocimiento de la justicia cuando se la considera injusta; libertad de elección, aun para los esclavos -en casa de Carlos Palacios se cree esclavo-. ¡Empieza a defender sus derechos y su libertad! El tutor había comentado: "Son las más impolíticas y erróneas esas ideas, porque nadie sino un ignorante seductor es capaz de enseñar que los esclavos tienen libertad para variar y elegir amos a su satisfacción, máxima esta que, si tomase cuerpo y se hiciese plausible, trastornaría nuestra monarquía y causaría en ella los más funestos estragos".[21]

En el Ayuntamiento de Caracas van juntos el pasado mental colonial y el sentido de avance; con poder mayor el ayer, la tradición, la costumbre, lo oscuro y caído en atrofia. El Síndico Procurador General del Cabildo piensa como hombre nuevo y aprueba el plan presentado por Simón Rodríguez, sin discutir ni objetar nada. Pero el Fiscal lo rechaza, "por razones legales y económicas", y su criterio retrógrado prima en la entidad.

Rodríguez ante la miopía oficial evidenciada en el Fiscal, presenta enseguida la renuncia de la dirección de la escuela; lo hace con altivez y dignidad; está sangrando. La torpeza y la obsesión hieren siempre más que el enfrentamiento agresivo. No valía la pena trabajar, para continuar en rutinas. La escuela no era para él un empleo, sino un ideal vital, una decisión de marcha. Este golpe oficial no lo olvidará jamás; pero tampoco se olvidará en Caracas que un modesto maestro poseyó un don creativo suficientemente vigoroso como para haber enrumbado a un Bolívar y para señalar sin ambigüedades la destructora incipiencia de los sistemas educativos impuestos por España. El Cabildo acepta la dimisión -19 de octubre de 1795- y trata de justificar, con el sobredorado de los elogios -recurso leguleyo- lo que en sí era desacierto, ceguera.

Le despidieron con alabanza; ¡pero le despidieron! Y hasta, cínicamente, le encumbraron por haber cumplido las normas tradicionales vigentes, que

[21] Litigio ventilado ante la Real Audiencia de Caracas sobre domicilio tutelar y educación del menor Simón Bolívar. Año 1795, editado por Nicolás E. Navarro en 1955, en Caracas.

era lo mismo que desautorizar de frente la iniciativa y originalidad de sus "Reflexiones". Rodríguez debió de estremecerse de ira. La incomprensión hiere más que una bofetada; el sentido retardatario de la existencia es más dañino que una inquietud anárquica. Entre los firmantes de aceptación de la renuncia está el tutor de Bolívar, Carlos Palacios, y nadie, exceptuado el Procurador Síndico, se hizo presente para apoyar, respaldar o cuando menos invitar a la discusión al valeroso innovador.

Reaccionó el espíritu de Rodríguez vehementemente contra una sociedad que, a pesar de haberle admitido como maestro, no le respaldó en el Cabildo. Y generóse en lo más profundo del almario del educador un resentimiento íntimo que se volvió de suficiente potencia para una decisión irrevocable de doble rumbo: conspirar y, en caso de fracasar la revuelta, no volver jamás a Venezuela. Rodríguez cumplió siempre lo que se juró a sí mismo; llevaba dentro línea rígida, aunque muchos hallaban en él bondad, benevolencia, aplicadas al vivir social. Sabía sonreír, sin ceder. No puso nunca bajo arco defensivo su gran orgullo de hombre.

A raíz de su renuncia (hubo de seguir laborando como maestro con los alumnos internos en su casa), el innovador busca otras zonas de acción, en acuerdo con sus ideales y convicciones. Aparece entonces lo que había en él de político; integra conciliábulos secretos, conspira contra el régimen colonial. Lo que no aceptan la monarquía y sus representantes, habrá de imponerse mediante revolución. Así piensa este joven de veinticuatro años, que desde entonces ya sabe penetrar en las ideas grandes. Más tarde, en sus trabajos para periódicos y en sus libros y ensayos, el elemento político -la doctrina liberal, que era la vanguardia en América y Europa- se hará ver reiteradamente y se quedará vigente, expresada, hasta los años finales de la larga existencia del educador-escritor. Diríase que hasta la víspera misma de su preagonía en Amotape. Allí le dijo al cura "que no tenía más religión que la que había jurado en el Monte Sacro con su discípulo Bolívar". ¡El Juramento en el Monte Sacro fue político! En este encontrarse con el otro fondo de sus rebeldías, el maestro debió de hallar de dimensión aleccionadora la sublevación de los negros y mestizos de Coro, ese año de 1795.

A la insurrección de Coro, así, le sucedió otra, a los dos años, preparada ya muy cuidadosamente. "Desde 1794 un grupo de personajes de la colectividad de La Guaira se viene reuniendo sigilosamente para discutir cuestiones políticas. José María España, inteligente y distinguido, se empeña en fusionar con este objeto a individuos de distintas capas sociales; educado

en Bayona tiene una posición económica más que holgada; su biblioteca es de las mejores de la provincia. Con él participa en iguales empeños don Manuel Gual, capitán retirado, diestro en el idioma francés e inglés. El grupo, que paulatinamente ha derivado hacia la conspiración, incluye vascos, catalanes, aragoneses y canarios. Los venezolanos, aparte de Gual y España, están representados por pardos, mayormente mulatos. Entre ellos, Narciso del Valle, barbero muy culto, conocedor de historia política y de la lengua francesa; Juan Morenos y Juan Manuel del Pino, guaireños del Batallón de Pardos; sacerdotes, médicos, comerciantes, militares, agricultores; en la conjura llega a estar lo más calificado de la litoránea población. El genio provisor y organizador de esta conspiración es Juan Bautista Mariano Picornell y Gomila, un sabio pedagogo reformista, nacido en Palma de Mallorca en 1759. Muy activo en las filas de la fraternidad masónica universal, trabaja secretamente en Madrid para sustituir la monarquía con una república democrática. Están a su lado Manuel Cortés de Campomanes, José Lax y Sebastián Andrés (1795). La policía desbarató el intento"[22]. Picornell y sus tres compañeros fueron condenados en la Península a prisión en América, en la mazmorra de La Guaira. Llegan, y esa cárcel vuélvese enseguida capital y nervio de la revolución más organizada de cuantas irán presentándose en Hispanoamérica en el lapso de los quince años subsiguientes. Redacta Picornell las célebres "Ordenanzas-Constituciones", que son un ideario cabal del movimiento rebelde y la declaración expresa de una independencia absoluta, mediante la aplicación del sistema republicano, para Venezuela, el año 1797.[23]

De la prisión de La Guaira se fugan a la isla francesa de Guadalupe tanto Picornell como Cortés Campomanes, e imprimen allá una traducción al castellano de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano,* en folleto destinado a amplia circulación continental; editan, asimismo, la *Canción Americana* y *Carmañola Americana,* en verso, para divulgación popular.[24]

---

22 J. L. SALCEDO BASTARDO: Historia Fundamental.... págs. 238-239.

23 SANTOS RODULFO CORTÉS: *Antología Documental de Venezuela 1492-1900.* Roto-Lito C.A., Caracas, 1960. Págs. 207 a 210, con el texto completo de las Ordenanzas Constitucionales.

24 SANTOS RODULFO CORTÉS: *Ibid.,* págs. 211 y 212.

También se escapa Sebastián Andrés, quien se oculta en Caracas, para fortalecer la revolución y encenderla; reparte impresos, toma contacto con los muchos comprometidos en la conspiración[25]. Está en desarrollo una acción dinámica de germen potente, que bien cabría calificar de ensayo de independencia.

En este grupo de conspiradores, acuciados por Sebastián Andrés, hállase Simón Rodríguez. En ese ambiente, ya puede hablar sus verdades políticas y pregonar sus convicciones de lector de Rousseau y de Voltaire. Obra, desde luego, como todos, con inteligentes precauciones. Pasados ocho años, aun llevaba en la conciencia cierto temor a la crueldad hispana. Cuenta O'Leary: "Después de visitar a Nápoles, volvió Bolívar a Francia con Simón Rodríguez. Fue inútil instarle a Rodríguez a que volviese a Venezuela, porque todavía temía la persecución española". Habíase comprometido a fondo, sin duda, en acuerdo con esas mismas convicciones que sembró en su discípulo Bolívar. Sebastián Andrés, pedagogo, humanista e intelectual de vanguardia, entró en nexo con numerosos criollos. Las indiscreciones de un rico comerciante de Caracas, que participaba en el complot, hicieron abortar el intento. El grupo caraqueño revolucionario era vasto: abogados, eclesiásticos, comerciantes, agricultores, artesanos y muchos militares. El Fiscal de la Audiencia, Level de Goda, dirá en sus *Memorias*: "En Caracas iban resultando reos y más reos, en términos de no saberse de quién confiar".

> *Rodríguez había tomado parte -escribe Uslar Pietri-*[26] *en aquella tentativa frustrada (de Gual y España) de implantar un régimen republicano e independiente en Venezuela. Las ideas de los conspiradores eran las más avanzadas del credo democrático revolucionario francés. Su texto básico era la más radical proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano hecha en Francia en 1793. Los dos primeros artículos del texto impreso, que les fue incautado a los conspiradores, decían, como un estampido en medio del presagioso silencio del orden colonial: "El objeto de la sociedad es el bien común; todo gobierno es instituido para asegurar al hombre el goce de sus derechos naturales e imprescriptibles. Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad y la propiedad [...]". Grandes fueron la alarma de las autoridades y la agitación pública provocadas por el descubrimiento de*

[25] El prisionero José Lax no pudo fugarse, porque había sido transferido a la cárcel de Puerto Cabello.

[26] ARTURO USLAR PIETRI: *Letras y hombres de Venezuela.* Edime, Madrid, 1974. Tercera

> *la conspiración y de sus radicales propósitos. Muchos de los conspiradores huyeron, otros cayeron presos. Parece que entre estos últimos estuvo Simón Rodríguez; y que fue puesto en libertad por no haberse hallado pruebas suficientes para inculparle. Pero con tantos antecedentes que lo señalaban como un hombre de ideas subversivas, iba a ser difícil para Rodríguez continuar en su ciudad natal.*

Sale, en efecto, del país. "Yo era presidente -escribía el maestro- de una Junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor y hechos blanco de las iras del Capitán General, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, porque ya embarcado en el puerto La Guaira en un buque norteamericano, y antes de darnos a la vela, supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas sin juicio previo y sin capilla"[27]. Complementa O'Leary la información de la salida del maestro al exterior: "Mal avenido Rodríguez con la tiranía que lo agobiaba bajo el régimen colonial, resolvió buscar en otra parte la libertad de pensamiento y de acción que no se toleraba en su país"[28]. Como consecuencia, no pasará por España nunca: será el país vedado, en sus correrías por Europa. Su criterio respecto de la Península era el mismo que el del Libertador: "Bolívar no vio en la dependencia de España oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo; sino un obstáculo a los progresos de la sociedad de su país", escribía Rodríguez en la defensa que hizo de su discípulo[29]. A Fernando VII lo llamaba Satanás. Y ya constructivamente, con muy americano sentir expresaba: "En América se habla, se pleitea, se reza y se tañe, a la española; pero no como en España. La América no ha de imitar servilmente sino ser original".[30]

Cuando los insurrectos crearon su bandera, pusiéronla de cuatro colores: blanca, azul, amarilla y encarnada -la de Miranda, si se suprime el blanco-, y escribieron su significación: "Los cuatro colores son los patriotas, que son los: blancos, pardos, indios y negros". Y fijaron los cuatro derechos del hombre: Igualdad, Libertad, Seguridad y Propiedad.

---

27 GONZALO PICÓN FEBRES: Don *Simón Rodríguez,* Caracas, edición de 1935.

28 DANIEL FLORENCIO O'LEARY: *Memorias,* T. I, pág. 17.

29 SIMÓN RODRÍGUEZ: *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social.* Cromotip, Caracas, 1971, pág. 3. (Edición facsimilar de la original aparecida en Arequipa, en la Imprenta Pública, en enero de 1830).

30 *Escritos de Simón...* , T. III, pág. 15.

No podían pensar en Fraternidad estos varones que querían lucha a muerte. El número 4 es la cifra protectora de los revolucionarios de 1797.[31]

Y partió Simón Rodríguez, a ocultas, quizás sin despedirse verdaderamente de su esposa, de su hermano, de su discípulo, de sus alumnos, amigos y parientes. Las playas de La Guaira y la imagen de Caracas se borrarán de su vista para siempre. No lloró, tal vez, ni se estremeció; no era un sentimental. Su discípulo Simón acababa de entrar en el Batallón de Milicias de Blancos de los Valles de Aragua como cadete -en ese Cuerpo había sido coronel su padre-, y empezaba a caminar, así, por la ruta militar que será uno de sus éxitos. Llevaba el viajero la certeza de encontrarse con Bolívar en Europa, pues ya se hablaba de educarle al adolescente en Madrid, al lado de su tío Esteban Palacios.

31 La palabra "Independencia" no figura con el sentido de liberación política, en la "Enciclopedia" que inspiró a los libertadores. Tomó esa significación en 1776, en el texto de la "Declaración de Independencia" de los Estados Unidos, tan conocida en el Nuevo Mundo de entonces como el propio texto de la Declaración de los Derechos del Hombre, de la Revolución Francesa, inmediatamente posterior. El Diccionario de la Academia Española de la Lengua clasificó el término, por mucho tiempo como "americanismo". ¡Y americanismo auténtico fue y continúa

SEGUNDA PARTE

"Caminante: se hace camino al andar"

Para Rodríguez como para muchos, para tantos, partir no significa morir un poco -"Partir c'est mourir un peu"-, sino descargarse del inmenso fardo del medio colonial hispano que lo agobiaba y entrar, sin nostalgias, en la gran cámara del mundo. Autodesarraigado, vuélvese hombre fluente que busca la riqueza de las mutaciones sin acelerar el ritmo, clavado el ojo en la meta. No se detendrá en ningún sitio largo lapso -tres años, a lo sumo, durante las casi seis décadas que ha de durar todavía su existencia. Teme echar moho, odia los muros. Su natural rebeldía impídele adaptarse a ninguna ciudad, a ningunas gentes; el sentido de rígida firmeza en sus convicciones agita sus aguas íntimas violentamente cada vez que tropieza con los contrarios, con los mutantes, con los retorcidos y malévolos; en especial, con los de conciencia amaestrada, hipócritas. Su reacción es siempre la del orgullo: "Mi venganza es el silencio". Andariego inatajable, llegará a la casa de la muerte todavía hechizado.

"Sin ser alto de cuerpo, tenía aspecto atlético; sus espaldas eran anchas y su pecho desenvuelto; sus facciones angulosas eran protuberantes; su mirada y su risa un tanto socarronas -¡el volteriano esencial!-; sus piernas algo separadas, como las de un marinero"[32]. Mira siempre de frente (usará anteojos hacia los cuarenta años, por miopía, y tomará la costumbre de echarlos sobre la frente cuando no lee); a veces, emplea el desplante. Nada pide, sino en caso extremo de hambre o miseria: fue pobre siempre, con frecuencia paupérrimo, "de la cuna a la tumba". No tolera que se le contradiga en sus opiniones, discute, refuta, apabulla con argumentos; pero, como varón culto que es, respeta el criterio de los demás; tolera sin ceder, sonríe a veces con mordacidad. Ni enfático, ni obseso, sábese muy seguro de sí. "Aunque nacido en humilde esfera -atestigua O'Leary-, tenía el alma orgullosa". Nada talará ese roble, sino la vejez; será derrotado por el tiempo, que mata a todos. "No nos morimos: nos matan", dice el filósofo Juan David García Bacca.

---

32 Trazo de Manuel Uribe Angel, que lo conoció en Quito en 1850. Cf. FABIO LOZANO: *El maestro del Libertador,* París, 1913.

Echase Rodríguez a correr mundo con la sola potencialidad de su inteligencia; sin dinero, sin equipaje de valía. Quiere con fuerza de reto adquirir victorias, labrando a solas, sin ayuda hasta tanto no dé con Bolívar, y después, de nuevo solitariamente, por largo tiempo. Todos llevamos dentro algo de Colón: necesidad de descubrimientos, aventura, desafío; pero sólo los esforzados se embarcan en las carabelas. No conoce, sabiéndolo, sino el francés, aprendido en Caracas. A los veintiséis años, ¿qué se puede temer? ¿No es esa la mejor hora para vivir peligrosamente? Hay en Rodríguez una inmensa capacidad de decisiones radicales. La primera que toma, al embarcarse, es la de ponerse otro nombre, de modo de no ser identificado ni identificable en lo sucesivo. ¿Escapismo? ¿Rencor con el pasado? ¿Determinación de rectificaciones fundamentales? Más bien propósito de cambio, en actitud valerosa. Va a entrar en el bullente mundo, con esfinges impávidas delante. Si fracasara, preferirá que nadie sepa de él, ni de su origen, ni de su misma nacionalidad. Es un soberbio despojarse, que significa liberación plena. Al fin, hombre en total libertad, o sea en total autorresponsabilidad.

En adelante, el Simón Narciso Rodríguez de Caracas se llamará Samuel Robinson; nombre que conservará por un cuarto de siglo. Así, de Robinson, aparecerá en Jamaica, los Estados Unidos y Europa, hasta el día de su retorno a la América. Quiere realizarse, y empieza a sentirse cosmopolita, desligado de todos, amo de sí. Esta actitud ante la vida se llama fortaleza.

Al margen de todo planeamiento, y sólo por obra de circunstancias y casualidad, en la vida de Rodríguez hay lapsos bien definidos, y característicos. Si en Caracas vivió, desde el nacer, veintiséis años, su estada fuera de América Latina tomará también otros veintiséis (hasta 1823). De ahí en adelante, emerge primero un gran paréntesis de esperanzas, ensayos, plasmaciones y fracasos, por espacio de un lustro, hasta que el Libertador ya no puede auxiliarle ni defenderle (1828); renuncia Sucre a la Presidencia de Bolivia. Enseguida, ábrese un último lapso, asimismo de veintiséis años, hasta la muerte en el Perú. Fue el hombre signado por la cifra 26, impuesta por la vida misma.[33]

En esta colonia británica de Jamaica, de mayoría de negros y muchísimo menos desarrollada que la incipiente Venezuela, se queda pocos meses, con

[33] Antonio José de Sucre también salió de Venezuela a los veintiséis años; y, del mismo modo que Rodríguez, no volvió nunca a ella.

el exclusivo objeto de estudiar inglés. Tal vez contó con algunos ahorros, o se empleó en algo de que no quiso hablar nunca. Toma allí conciencia de que aprende idiomas con excepcional facilidad; ha descubierto, por lo mismo, que porta una palanca de bien cargada eficacia. La docencia y la posesión de lenguas le bastarán para vivir en cualquier punto. Corridos los años, sabrá perfectamente, además del francés y el inglés, alemán, italiano, portugués, polaco y tal vez ruso (abrió una escuela en Rusia). Fue un polígloto, como otro caraqueño eminente: Francisco de Miranda, veinte años anterior al maestro.

Navegó luego hacia Baltimore, en los Estados Unidos. "En Baltimore trabajé como cajista de imprenta y gané simplemente el pan. Permanecí en aquel destino durante tres años, y al cuarto me embarqué con dirección a Europa"[34]. Un cajista debe haber llegado al dominio de la lengua que copia y maneja. Pero un cajista inteligente y original, puede producir innovaciones en el arte tipográfico. De ese oficio de entonces procederá, más tarde, el empeño de Rodríguez de elaborar las páginas de sus libros y folletos en forma aparentemente caprichosa -en realidad, estrictamente lógica-, poniendo palabras y frases en mayúsculas o bastardillas para enlazar y fijar la atención del lector; utilizando combinaciones de letras (redondilla, cursiva, bodoni de modo de ir separando conceptos, por destacar unos sobre otros, y aprovechándose de esas diferencias sobre todo para la estructura de una especie de cuadros sinópticos). Se anticipó con ello al siglo veinte, en su segunda mitad: hoy se publican obras con esas características de acentuación de lo formal, especialmente a partir de ciertas obras de Mac Luhan[35]. Trabajó de obrero u operario, o sea en un menester humilde. Pero, en el taller y fuera de él, conoció un pueblo de muy diferentes características y de cultura extensamente desarrollada ya. Se encontró con la primera nación independizada en el Nuevo Mundo, y con un país que, organizado en República, comenzaba, con libertades reales, a

34 Este detalle se lo contó Rodríguez a Manuel Uribe Angel, en Quito. Cf. FABIO LOZANO Y LOZANO: *El Maestro*...

35 ERNESTO SÁBATO anota, en *Abaddón el exterminador,* que "páginas calculadamente en blanco ya fueron utilizadas por Sterne en el siglo XVIII, y los juegos gráficos por Apollinaire". Pero la significación y utilización integrales de lo formal alcanzaron plenitud en el veinte con Mac Luhan y sus seguidores. La teoría-fundamento de Mac Luhan puede condensarse así: "La palabra es visual; la lengua es acústica". En consecuencia, lo visual tiene que imprimirse de modo estudiado y muy calculado. ¡Simón Rodríguez lo hizo en 1830!

penetrar en el futuro firmemente, organizado y vigilante, sin contorsiones. Habían puesto en vigencia los Estados Unidos el sistema republicano, con la división de Poderes estatuida por Montesquieu y el sistema de liberalismo económico aconsejado por Adam Smith, en su obra de 1776: Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones. Rodríguez, penetrante y sagaz, estudia esa sociedad y sus métodos, ese régimen y sus procedimientos; más tarde hablará de ese Estado con entera nitidez -siempre habló así, en todo- y dirá: "A los Estados Unidos los consideramos como el País Clásico de la Libertad. Nos parece que podemos adoptar sus instituciones, sólo porque son liberales. Lo son, en efecto, pero: ¿el suelo, su extensión, sus divisiones, su situación, los hombres, sus ideas, sus costumbres, las razas, las clases, las creencias, las necesidades, la industria, dónde están? Digamos lo que de la Inglaterra: aquello es para visto, y nada más. Los angloamericanos han dejado, en su nuevo edificio, un trozo del viejo, sin duda para contrastar, sin duda para presentar la rareza de un Hombre mostrando con una mano a los reyes el gorro de la Libertad, y con la otra levantando un garrote sobre un negro que tiene arrodillado a sus pies"[36]. La visión primera y la complementada posteriormente, lleváronle al maestro a la denuncia y la premonición. La independencia norteamericana había otorgado liberación a todos; no, a los negros. No hubo erradicación de la política del garrote. Rodríguez testimonia la mixtura de actitudes, prejuicios, servilismo y rectificaciones y bienes de lo nuevo norteamericano. Y advierte, hacia 1800, que en ese pueblo hay admiración y gratitud por sus héroes. Al morir Washington, la sociedad entera se irguió para hacer público su pesar. Desde entonces, en los Estados Unidos no son discutidas las personalidades de la independencia; se las acepta y respeta tales cuales fueron. ¿En América Latina?

(Mientras se encontraba en Baltimore, su discípulo Simón Bolívar viajó el 99 a España; casado, volvió a Caracas).

Y da, en 1801, el salto que quería dar: ¡a Europa! A Francia, la muy deseada. Francia es Napoleón ese momento. Desembarca como Samuel Robinson, nombre norteamericano de uso muy común. Samuel viene del tan conocido Uncle Sam -el Sam condensa "States of America"-, y Robinson está tomado de la novela de Daniel Defoe *Robinson Crusoe* (1719). La amalgama

[36] SIMÓN RODRÍGUEZ: *Sociedades Americanas en 1828*. Ediciones del Congreso de la República, Caracas, 1973. Talleres Gráficos del Congreso. (Edición facsimilar de la de Lima en 1842. Imprenta del Comercio). Pág. 46.

significaría: un hombre de pueblo que aspira a realizar alguna hazaña. Es atestiguación psicológica, y denuncia propósitos. Pero escoge el apellido Robinson, a la vez, como para acercarse a Defoe: vale decir a los planes que porta de llegar a escribir. Empieza a dibujarse una perspectiva; los varios niveles de la conciencia y de la inconsciencia van a denunciarla.

En esta determinación de pasar incógnito, disfrazado, habrá un enmascaramiento tan bien realizado, que nada permitirá localizar en él al venezolano, ni siquiera al suramericano; su identidad real la conocerán en Europa sólo Bolívar y el grupo de éste, en Francia. Cuando llegue a París, un poco más tarde, se registrará como nacido en Filadelfia. Y aun de regreso ya a Suramérica, por mero afán de burla, esta vez, le dirá al viajero francés Paul Marcoy, en el Perú: "Soy hijo de Sanlúcar de Barrameda, cerca de Cádiz. Salí muy pronto de mi noble Andalucía, para recorrer el mundo y ver lo que hay en él de bueno"[37]. "No quería -comenta O'Leary- tener en su memoria el recuerdo constante de la servidumbre". Samuel Robinson se yergue como uno de los personajes más auténticamente libres, y la libertad, para sostenerse, ha de apelar con frecuencia a la máscara; no hay plenitud en él sino a condición de no tener ni sentir la obligación de someterse; errante e inapresable, romperá con energía todo mecanismo que pueda atarle, aun el de la nacionalidad. Mariano Picón Salas, en *De la conquista a la independencia*, sostiene que se trataba sólo de una necesidad de cosmopolitismo: visión recortada, evidentemente; una criba psicológica mostraría mecanismos tanto de defensa como de lucha, para el avance de una idea-eje, superior a cualesquiera otros anhelos. El maestro irá penetrando en la extensión terráquea que va a recorrer, con el vigor de un río que toma ruta sin permiso de nadie.

Desembarca en Bayona, población de la que tenía noticias detalladas, por haberse educado allí su amigo y compañero de revolución José María España. Esta pequeña ciudad a orillas del Adur, no ha alcanzado todavía notoriedad histórica; para Robinson significa simplemente el ingreso a Francia. Pocos años después, será Bayona el escenario de las claudicaciones del rey de España Carlos IV ante Napoleón; ese monarca, en su humillación, ¡llegará a pedirle condecoraciones al Corso! Enseguida abre el maestro una escuela, para enseñar a niños y jóvenes franceses tanto español como inglés. Es la segunda escuela suya, en su vida; en la primera, en Venezuela, fracasó. Muchos estudiantes acuden; la sociedad

[37] PAUL MARCOY: La *tierra y sus habitantes,* T. II, pág. 391. Cf. ARTURO GUEVARA; *Espejo de Justicia,* Caracas, 1954, pág. 399.

no muestra resistencia sino acogida, y se le trata con nobleza y altura; por comprenderle, le aplauden. Alguna vez recordará el educador que "nadie es profeta en su tierra", y lo subrayará sin ocultar amargura. Ha encontrado en Europa su modus operandi, y seguirá con él por lapso de cinco lustros.

Entusiásmase con Francia, con el espíritu francés; lo dirá repetidas veces en sus libros. En uno de ellos -*Sociedades Americanas en 1828*- escribirá: "Los franceses son creadores, porque tienen imaginación; son los griegos de nuestros tiempos, aunque tienen malas pulgas". Y deja pronto a Bayona. Porque quien arriba a Francia, quiere llegar a París. El personaje con quien ha concertado el traslado a la capital francesa es el fraile dominicano Fernando Teresa de Mier, mexicano, quien se adelanta a preparar la instalación. Mier, mayor que Robinson en seis años, traía una historia de audaces rebeldías; más tarde, cooperará con ardor en las luchas por la independencia de su patria. No vestía como fraile. "En todas partes se hacía notable, con sus rubias guedejas, su color blanco y sus penetrantes ojos pardos; lleno de vivacidad y de inquietud recorría todos los lugares prodigando bendiciones. Se cubría de los rayos solares con un amplio paraguas verde, usaba solideo, levita, pantalones, medias de seda, guantes y zapatos, todos de color morado; en una de sus manos refulgía enorme tubagón de oro con gran topacio de color encendido, y en su pecho una gran cruz pendiente de una gruesa cadena de oro".[38]

En suma, una figura de abigarrado pintoresquismo; un pseudo-obispo con levita; un caso de originalidad exterior sin duda muy grata al venezolano, en cuyo espíritu había también alguna tendencia al exotismo. Mier debió parecer un barroco, de cepa muy americana, como ha de juzgarlo Lezama Lima, tomado y enfervorizado por contrastes y policromías.

La escuela fue abierta, según lo relata el propio mexicano: "A poco de estar yo en París llegó Simón Rodríguez, un caraqueño que, con el nombre de Samuel Robinson, enseñaba en Bayona, cuando yo estaba, inglés, francés y español. Robinson se fue a vivir conmigo a París y me indujo a que pusiéramos una escuela de lengua española que estaba muy en boga"[39]. Requeríase justificar ante las familias parisienses la posesión integral del idioma francés.

---

[38] ARTURO GUEVARA: *Espejo* de.... pág. 158.

[39] SERVANDO TERESA MIER Y NORIEGA: *Memorias autobiográficas. Apología V.*

[40] Sobre Rodríguez y fray Servando en París escribió un ágil capítulo José Lezama Lima en *La expresión americana y otros ensayos*. Arca Editorial, Montevideo, 1969: pág. 62 y siguientes.

Acude el caraqueño al hábil recurso de traducir al español la novela Atala de Chateaubriand, recién aparecida y de válido e inmenso eco[40]. La publica, con este texto en la portada. "Atala, o los amores de dos salvajes en el desierto; escrita en francés por Francisco Augusto Chateaubriand y traducida de la tercera edición nuevamente corregida, por S. Robinson, Profesor de Lengua Española, en París. Se hallará en casa del traductor, calle St. Honoré cerca de la de Poulies, N. 165. Año de 1801 (Xmo. de la República Francesa)". Importa la Dedicatoria, firmada por Robinson e impresa al comienzo del libro:

> *A la juventud de Bayona, en Francia. Un viajero extranjero, a quien habéis acogido con tanta bondad, os dedica Atala, traducida en una lengua que os es familiar. Aceptad esta dedicatoria como débil homenaje que rinde a los sentimientos de estimación que le habéis inspirado. La primera virtud del hombre es la gratitud; vosotros la habéis convertido en imperiosa necesidad para mi corazón. Vuestras bondades, presentes en mi memoria, me recuerdan constantemente esta juventud amable, que ha sido la primera en enseñarme a apreciar la generosidad del carácter francés.*[41]

Francia, en ese tiempo de la instalación de Robinson en París, fraguaba su nombre ante el mundo en el colosal horno napoleónico. El fulgurante Corso era ya el vencedor en la brillante campaña de Italia, cuatro años atrás; en la de Egipto, tan victoriosa como la anterior, hacía menos de tres años. Ese momento, imperaba el Cónsul omnipoderoso, después del audacísimo golpe de Estado del 18 Brumario (9 de noviembre de 1799), e imponía, página sobre página, los magnos capítulos de sus creaciones: el Código Civil, la fundación del Banco de Francia, la reestructuración de la Universidad para salvarla de tradicionalismos ya muy envejecidos. El inmenso Oficial Artillero, sólo dos años mayor que Robinson, perfecciona ahora su imagen mostrándose estadista, y otea ya horizontes continentales con su ojo de Polifemo. Padece prisa. Quiere saberlo todo entenderlo todo, intervenir en todo, en tiempo mínimo. La tensión de su ser no puede dejar de estar vibrátil. Clásico en su concepción de Estado -dice Henri Lefebvre- muéstrese muy realista; conoce en profundidad las pasiones y tendencias de las personas y aprovecha ese poder penetrativo para dominarlas. "Lo que más ambiciona es la gloria; hacia ella, Francia y la humanidad no son sino instrumentos". Se autodefine en estas palabras, que repite con frecuencia: "La gloria de Dios Padre? Ah, yo no la desearía; es un callejón sin salida". A los peligros, los desafía. Anticipándose a la teoría de Nietzsche sobre la grandeza, sabe

[41] Fray Servando Teresa de Mier se atribuyó la traducción de Atala.

vivir peligrosamente. No frena jamás su imaginación.

En los primeros años del Consulado -los más dignamente memorables quizás de la historia napoleónica- empieza Bonaparte a mostrar que aspira al dominio universal. Robinson lo observa, lo sigue, juzgándolo con severidad, al margen de la adoración que para ese superhombre muestra la mayoría. Actúa el coloso, encerrado en las Tullerías, como dueño absoluto del Gobierno; sus secretarios ponen en marcha órdenes constantes, inagotables; los ministros no están autorizados para comunicarse sino por escrito. Todo lo coordina, como en campaña más tarde; se aprovecha de los más valiosos. La policía hállase regida por el astutísimo, enérgico y frío Fouché. La lucidez innovadora penetra también en las zonas económicas. Y las relaciones internacionales han sido confiadas al hombre más inteligente, más falso y más hábil de Francia: Talleyrand.

Pero rigen también las sombras que crea esa luz radiante. Pensadores y escritores, políticos, artistas, van integrando poco a poco la oposición. Benjamín Constant y Madame Stael abren la denuncia, se rebelan. Manuel José Sieyés -a quien tan reiteradamente se referirá Bolívar más tarde- pasa de la resistencia al silencio, por fuerza del dinero. Fouché clausura periódicos y restablece la censura de prensa. Samuel Robinson, en ese deslinde de campos, toma decididamente la margen del contra.

Ha empezado Bonaparte a apoderarse de territorios después de la victoria de Marengo contra los austriacos: la orilla izquierda del Rin le ha sido entregada a Francia por el tratado de Luneville (febrero de 1801). Al Papa se le han arrebatado posesiones, y ha quedado éste a merced del conquistador. A la vez, los jacobinos conspiran y hacen estallar una "máquina infernal", al dirigirse el Cónsul hacia la Opera; los posibles o probables autores del atentado, que fracasa, perecen fusilados o guillotinados; cincuenta son enviados a las prisiones de Cayena, en Suramérica; y no pocos monarquistas sufren acosamiento, persecución y hasta muerte. Luis XVIII, expulsado de Rusia, se refugia en Inglaterra. Los tribunales especiales, creados para erradicar el bandolerismo, acrecientan, por efecto de sus métodos drásticos, la rebeldía de amplios sectores. Napoleón ha advertido: "Soy soldado, hijo de la Revolución, y no toleraré que se me insulte como a rey". Por los reyes siente desprecio. No, por los emperadores.

A fin de dejar cerrada la brecha clerical, se firma en Roma un Concordato. La norma oficial: que no haya oposición, que desaparezca. Los posibles conspiradores militares, o son simplemente destituidos, o se les

envía con cargos diplomáticos. Una práctica muy copiada después, ¡sobre todo en América! Madame Stael hubo de refugiarse en el exterior. En contraposición, para premiar a los fieles y a quienes se sometían, rindiéndose, se crea la Legión de Honor; quienes la recibían, tenían que jurar fidelidad al sistema republicano y a los postulados de la Revolución, comprometiéndose a rechazar toda tendencia de restablecimiento del régimen feudal. Entre los opositores, está Chateaubriand, el autor de *Atala*.

Poco a poco entraron en el palacio del Cónsul vitalicio -este título de "vitalicio" desde mayo de 1802- costumbres y modas de entidad monárquica, por influjo sobre todo de la esposa de Napoleón, Josefina. Y el torbellino de la ambición y la vanidad llevóle al omnipotente a realizar un plebiscito por el cual "el gobierno de la República se le confiaba a un Emperador hereditario". Respecto de América, el colosal irruptor intentó desbaratar y aniquilar la independencia de la colonia francesa de Haití. Después, tratará de apoderarse de los territorios americanos pertenecientes a España, por él invadida. Hay en Napoleón una doble elipse, o sea el caminar de una tesis que, por crecimiento excesivo y necesidad de supervivencia, va entrando en su antítesis. Es juntura de polos, rebasamiento de empeños.

Todo esto vio, vivió, palpó Simón Rodríguez en París.

****

¿Cuánto duró la escuela fundada por Robinson y Mier? Probablemente poco. El fraile Mier consiguió el curato de la parroquia de Santo Tomás, en la rue "Filles de Saint-Thomas", donde tal vez aprendió suficiente dosis de francés. Pensando en eso, quizás, escribió Rodríguez en *Sociedades Americanas* en *1828*: "¡Y qué Jinebra en los confesonarios! Las mujeres confesándose en francés y los misioneros absolviendo pecados en castellano".

Bayona primero y París luego entran a significar para el maestro, no sólo lo docente, en un medio ya no latinoamericano, sino la impregnación de conocimientos, mediante lectura. En Caracas había quizás mucho de ese fermentario, subrepticiamente; aquí, están el núcleo y su contorno en constante engendramiento múltiple; aquí el maestro venezolano empieza a volverse, en dinamia de ascenso, un poderoso pensador, un sapiente, y un educador que quiere vía propia. En la Francia culta que encuentra Robinson se destacan tres actividades intelectuales básicas: la ciencia, la literatura y la política, aparte de ciertas reformas educativas que ensaya el gobierno

napoleónico. Se han creado el Museum, la enseñanza de la astronomía en el Observatorio, la Escuela de Artes y Oficios, la Escuela Politécnica, la Escuela de Lenguas Orientales y el Instituto de Francia destinado a la investigación. En esos centros y fuera de ellos operan, labrando, los otros haceres de la cultura. Lavoisier acaba de publicar un Tratado sobre los fundamentos de la química moderna, que apasiona a Robinson. Laplace expone su teoría sobre el sistema del Universo. Monge da su Tratado de geometría descriptiva. Las artes, con David y otros, plasman un retorno al clasicismo, tratando de interrumpir el gran movimiento romántico en que tan soberbiamente se expresa la literatura. Lamarque inaugura el transformismo y Cuvier da sus lecciones de anatomía comparada. En música, los cantos patrióticos circulan creados por artistas de mucha entidad: Méhul, Grétry; el "Canto a la Patria" de Méhul se corea tanto como la Marsellesa. Y se exhibe y se despliega ya, en centros de inquietudes especializadas, lo que medio siglo más tarde se denominará "socialismo utópico", en contraposición al socialismo "científico" de Marx y Engels.

¿Hasta qué punto absorbió Robinson las teorías del socialismo utópico? Cuando fue visitado en Valparaíso (1840) por el viajero Luis Antonio Vendel-Heyl, le habló éste de la analogía que había "entre sus ideas y las de Fourier y Saint-Simon y le hice el cumplimiento de observarle que en su nombre se encontraban reunidos el de Saint-Simon y el de los primeros discípulos del reformador, Eugenio y Olindo Rodríguez. Me puse entonces a hablarle de los dogmas religiosos del saint-simonismo. Me escuchó sin asombro, pero me manifestó que sus creencias a ese respecto (la de los dogmas religiosos) eran diversas". (*Diario* de Vendel-Heyl)[42]. El escritor chileno Miguel Luis de Amunátegui advierte que sus contemporáneos, en Chile y otros lugares, llamábanle a Samuel Robinson: "el socialista". [43]

Las teorías del pensar socialista -las únicas de esa laya, vigentes en

[42] SIMÓN RODRÍGUEZ: *Escritos sobre su vida y su* obra, recopilados por Pedro Grases. Concejo Municipal de Caracas, 1954. Pág. 14. "Vendel-Hayl era un sabio muy distinguido, que tenía un conocimiento profundo en los idiomas clásicos, que había desempeñado varios años una clase en el Colegio "Luis el Grande" de París, y a quien un naufragio arrojó a las costas nuestras", dice Amunátegui.

[43] MIGUEL LUZ DE AMUNÁTEGUI: *Ensayos biográficos,* Santiago, 1876. Habla ampliamente de Simón Rodríguez en el T. IV, págs. 227 a 303.

Europa en el lapso de estada de Robinson allí (1801 a 1823)- fueron, en parte, utópicas: "Se limitan a delinear la imagen de un mundo perfecto, sin determinar con precisión los procedimientos que, en la práctica, habrán de materializarlo. Se deposita una fe excesiva e ingenua en el simple deseo de progreso y renovación del hombre"[44]. El socialismo francés, que es el conocido directamente por Robinson, tiene una estructura humanista y racionalista. Tanto Saint-Simon como Fourier se ocupan con todos los hombres y no únicamente con los obreros.

¿Tomó Robinson poco o mucho de ese socialismo? Quizás de Fourier la fundamentación de la economía en la agricultura, y de Owen la tesis de la educación universal (que ya aparece, aunque diseñada en otra forma, en Rousseau). Pero el maestro caraqueño no absorbió ortodoxamente "ismo" alguno; no entró adscribiéndose a ninguna de las corrientes socialistas del primer cuarto del diecinueve europeo. No era hombre de agrupación, y la palabra socialismo la tomó en el sentido de ideas sociales, educación social, escuela social, interés social, de servicio a la comunidad, de conducta social. Porque buscaba instrucción para todos, propiedad para todos -su gran proyecto de colonización con los nativos-; por atacar a los Congresos y hacer una desmenuzante crítica de la sociedad, llamáronle socialista. Iba solo, por la ruta, sin otra compañía que su pensamiento y su empeño, sin arrebañarse. ¡Un socialista, pero según su personalísimo criterio!

El año 1803, el maestro fue empadronado en el Registro de Españoles en París: "Samuel Robinson, hombre de letras, nacido en Filadelfia, de treinta y un años". Residía en la Rue de la Harpe, número 148. Aparecía intelectual, extranjero, norteamericano por la ciudad de nacimiento aunque de raza española. Los norteamericanos, por libres ya, tienen otro significado ante los europeos.

Entre tanto, en el ir de Bolívar se han presentado cambios sustanciales. Viudo en Caracas a los ocho meses de casado, volvióse a Europa. Hallábase en Madrid, cuando el rey expidió un decreto según el cual los naturales de colonias españolas tenían que abandonar la capital del reino, por haberse presentado peligro de hambre. Bolívar había viajado especialmente a Madrid para entregarle a su suegro los recuerdos de María Teresa Rodríguez del Toro, la juvenil esposa muerta. Abandonó a España amargado, con odio a la monarquía, incapaz de prevenir una hambruna y, sobre todo, autora de

[44] JOSÉ VICTORIANO LASTARRIA: *Recuerdos Literarios*. Santiago, Segunda edición, 1885. Págs. 44 a 49.

una segregación contra los hijos de las colonias, a quienes se les ha tratado como a extraños expulsables. Exiliado, se dirige a París, en compañía de su condiscípulo Fernando Toro. En la capital francesa halla numerosos amigos, con quienes entrará en camaradería: especialmente Mariano Montilla, Vicente Rocafuerte, Carlos Montúfar. Se le invita a vivir en casa del conde Berthelem Regis Dervieux du Villars, casado con Fanny, una bella mujer aristócrata con quien entra Bolívar en relación íntima; la llama "mi querida prima"[45]. Conoce así el joven caraqueño la aristocracia francesa; posee dinero, imaginación, voluntad de placeres, necesidad de ilustrarse.

Sin embargo, la temprana soledad de Simón Bolívar no se diluye ni en relaciones ni en frivolidad elegante. Su espíritu requiere una medida mayor y busca a su maestro Rodríguez, a quien logra localizar en Viena.

El consejo de Rodríguez podía servir de cura, pero no de destino. Y era el destino de Bolívar lo que el maestro quería hacer nacer. Por lo cual Rodríguez le siguió a París, donde presenciarían juntos la apoteosis napoleónica. (Bolívar ha ingresado en Cádiz a la francmasonería, al paso por ahí a Madrid; más tarde, en París, recibirá los grados segundo y tercero[46]. Los masones defendían -y defienden- el sistema republicano. ¿Robinson, llegó a hacerse francmasón? No existe documento conocido que haga presumirlo).

Gracias a este segundo nexo de maestro y discípulo, al cabo de una separación de siete años, empiezan a llegar a manos de Bolívar los libros que el joven no había leído y que tenía que conocer, estudiar, asimilar; el consejero, el presionante, era su antiguo conductor: ¿qué otro podía orientarle? "Rodríguez pensaba hacer nacer en mí pasiones intelectuales...".[47]

Es posible rastrear en los conocimientos que de autores tenía Robinson por las citas suyas más frecuentes en los libros y folletos: Homero, Rousseau, Montesquieu, Voltaire: Sócrates, Destut de Tracy, Enfantin, Nebrija, Olindo Rodríguez, Pedro Leroux, Tomás Moro, Cervantes, Bufón, el abate Sieyés, Maquiavelo,. Mignet, Plutarco, Smith, el abate Gérard, Locke, Shakespeare, Bacon. Discurre también sobre las culturas romana, griega y asiria; copia pensamientos de Bolívar y Napoleón. Poco valdría recordar estas citas

[45] El alegado parentesco entre Fanny y Simón Bolívar provenía de que el padre de Fanny, barón Denis Throbriand, se había casado -viudo ya- con Ana Massa Leuda y Aristeguieta.

[46] MANUEL PÉREZ VILA. *La formación*...., pág. 79 (texto y Nota).

[47] Carta de Bolívar a Santander, desde Arequipa, el 20 de mayo de 1825.

hechas por él, muchas de ellas en latín y en griego, si no se advirtiese en lo vital del pensamiento robinsoniano una magnífica arquitectura intelectual.

El 2 de diciembre de aquel 1804, Napoleón se coronó Emperador de Francia en la basílica de Notre Dame, con asistencia del Papa Pío VII. Fue un acto teatral, entre grandioso y ridículo. El nuevo monarca se puso a sí mismo la corona y luego colocó la de la Emperatriz en la cabeza de su esposa Josefina, en doble acto de desprecio al Papa. En Notre Dame, años antes, había sido llevada al altar la Diosa Razón.

Robinson y Bolívar alejáronse de la multitud que deliraba en aclamaciones; encerráronse en la habitación del primero y hasta cerraron las ventanas por no escuchar el bullicio masivo que discurría por las calles. Toda protesta silente, no espectacular, es más profunda. Comentará Robinson: "Sorpresa, no admiración, fue el efecto que produjo en sus compañeros de armas el disfraz del Emperador"; dirá Bolívar: "Se hizo emperador, y desde aquel día lo miré como un tirano hipócrita". Ambos, discípulo y maestro, ampliaron posteriormente sus apreciaciones sobre Bonaparte. Robinson en sus diferentes trabajos, refiérese a Napoleón una y otra vez, sobre todo con el ánimo de situarlo frente a Bolívar.

En ese París de gestos napoleónicos y expectativas, de la venta por el Corso del inmenso territorio de la Luisiana a los Estados Unidos y del abandono oficial de los planes de invasión a Gran Bretaña, Robinson y el grupo de los amigos de Bolívar se saturan de política, de información cultural última. El maestro se lo recordará al discípulo, en Chuquisaca (1826): "No sé si usted se acuerde que estando en París, siempre tenía yo la culpa de cuanto sucedía a Toro, a Montúfar, a usted y a todos sus amigos". Vale decir que ellos vivían en cierta manera pendientes del mayor de ellos, Robinson, que los regía.

****

Maestro y discípulo están preparando su porvenir, con esa preocupación certera de los individuos que saben a dónde se dirigen. Bolívar no ha mejorado del todo de su dolencia psíquica, y Robinson le propone un paseo de restauración entera, viajando a pie hasta Italia. Y parten. "Era el mes de marzo de 1805. Acompañado de Rodríguez salió de París Bolívar con la salud quebrantada, efecto de la vida que había llevado en los diez

[48] Cf. DANIEL FLORENCIO O'LEARY: *Memorias,* T. .I.

meses anteriores. Descansó algunos días en Lyon; siguieron luego los dos viajeros a pie, haciendo cortas jornadas por consejo de Rodríguez y como único medio, decía él, de que su discípulo recobrara la salud perdida".[48]

Este es un viaje de estudio y orientación, y no meramente curativo. Robinson sigue timoneando el espíritu de su discípulo, de su Emilio. A pie se conversa, se porta tal cual libro, se dialoga y discute, se comenta acerca de los lugares por donde se pasa. El gran poder del educador está en la palabra. Toda esa tierra, de tanto historia y de tan vario paisaje -la teoría rousseauniana de retomo a la naturaleza- ilustra y abre iniciativas. En los viajes a pie -movimiento- se instala más la vida que en el reposo; en el peripato se generó la filosofía aristotélica.

Por segunda vez se corona Bonaparte: en Milán, como rey de Italia. ¡Ya es también rey! Robinson lo recordará jocosamente: "Los italianos le obligaron a Napoleón a velar durante la noche, en la iglesia, una Corona que dicen ser la de Constantino, con el mismo clavo de la pasión que le hizo poner santa Helena y que por rareza guardan en la ciudad de Mons para coronar a sus reyes. ¡Napoleón velando las armas como Don Quijote! ¡Un general republicano, que pasó el puente de Arcola atravesando una lluvia de balas, para ganar un puesto a los soldados del rey, ¡arrodillándose ante las insignias reales! Qué ejemplo tan grande de la pequeñez del hombre. ¡Y Bolívar lo presenció!".[49]

Arriban a Venecia -el nombre Venezuela significa pequeña Venecia- y muy poco les gusta la ciudad. Continúan por Ferrara, Padua y Bolonia, hasta Florencia, donde se quedan semanas, para "ver lo suficiente, que es el estado de naturaleza", según Pascal, es decir ver hasta satisfacerse. Aquí los dos caraqueños leen juntos *El Príncipe* de Maquiavelo -Bolívar dirá que se formó de la obra "un concepto vulgar"-, y La *Nueva Eloísa* de Rousseau. Florencia es el renacentismo inmóvil ya en su pleamar clásica.

Las palabras se anillan y se sueltan en la Roma que estremece siempre. Pero ambos turistas no pueden hablar ahora todo cuanto quisieran, desde que Bolívar tomó nexo con la embajada de España[50]. Este contacto significa vida social para el futuro Libertador, quien hasta es recibido en audiencia especial por el Papa Pío VII -el despreciado por Bonaparte-; pero en ella, el embajador Antonio Vargas Llaguno sufre, de pronto, la grave contrariedad

[49] SIMÓN RODRÍGUEZ: *El Libertador del Mediodía...*, pág. 114.

[50] Daniel Florencio O'Leary dice que los viajeros se alojaron a un costado de la Plaza España.

-que lo deja en muy ambigua situación- de que Bolívar se niega a besar la sandalia del Pontífice. En esta escena adviértese la presencia de la mente de Robinson, que ha entrado ya en el criterio racionalista europeo, contrario al predominio religioso.

¿Fue creyente Simón Rodríguez? Mientras estuvo en Caracas de maestro de la escuela oficial, escribió en su proyecto de Reforma varios puntos que tocaban con la enseñanza de la doctrina católica. Al conspirar con Picornell ya su criterio debió ser diferente, en acuerdo con los fundamentos doctrinarios de carácter racionalista de aquella fracasada revolución. Después, careció de preocupaciones religiosas por completo; nada se halla en su obras que muestre algún interés suyo por dogmas o ritos; sólo aparece tal cual mordacidad. También las recomendaciones, normas y fijaciones de Rodríguez sobre educación, señaladas sobre todo en sus dos trabajos últimos -cuando el escritor arribaba a los ochenta años- *Extracto de la educación republicana* y *Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga*, traen algo acerca de la problemática religiosa, pero sin darle mayor acentuación al tema.

No se opone Rodríguez a la docencia religiosa, pero opina que esa función es específica del clero y no del Estado. En *Consejos de amigo* relata un caso inquisitorial, para mostrar las alegaciones de tolerancia y otras razones que caben en esta laya de realidades.

Asimismo se refirió Rodríguez a cuestiones del catolicismo, cuando publicó la primera edición de *Luces y Virtudes Sociales,* en Concepción (1834). Ahí, en Prólogo Galeato -que suprimió en la edición segunda- hay algún ataque a los jesuitas: expresa que los gobiernos deben proporcionar los medios de que todos adquieran los conocimientos sociales, y pensar mucho en los «modos" de dar estos medios. Recomienda, burlonamente, varios, entre ellos: "el fortalecimiento de las escuelas lancasterianas" y "continuar o restablecer a toda costa donde se haya perdido, los Colegios Jesuíticos, con todas sus mamarrachadas y mojigangas".

El Simón Narciso Rodríguez que en sus "Reflexiones" dirigidas al Cabildo de Caracas expresaba que "Es del cargo del maestro de la primera escuela sobre todo el fundamentar a sus discípulos en la religión", y que establecía que "todos los días de precepto en el año deberá el maestro asistir con sus pasantes y discípulos a la misa del párroco y que se confesarán y comulgarán los que sean capaces una vez al mes" -estas "Reflexiones", en su conjunto, no fueron aceptadas por el Cabildo-; ese Rodríguez, forzado a

mostrar aquello mismo en que tal vez ya no creía, había sido abandonado en Caracas para siempre.

Roma es la capital del catolicismo; pero, además, fue el centro del Derecho. Un Cicerón, ahí, defendió con penetrante elocuencia las libertades ciudadanas, a pesar de los Césares. Roma atenacea, entusiasma, excita al espíritu para las grandes concepciones. Y con ese germen creador dentro, un día de agosto -el 15, de 1805- Robinson y Bolívar ascienden en paseo a una de las siete colinas de la urbe. Suben al Monte Sacro, dialogan, discuten, recuerdan; se abren, de pronto, hacia el porvenir, como rasgando las nubes del tiempo; examinan la situación de la América esclavizada; advierten la posibilidad de rescatarla, destrozando la vasta red opresora; ven en lo profundo la fuerza que se requeriría para el reto y la acción. Y, con conciencia de cíclopes ese momento, hacen un extraordinario juramento. Cuenta Rodríguez: "Y luego Bolívar, volviéndose hacia mí, húmedos los ojos, me dijo: Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español"[51]. Narra Bolívar: "Abrazándonos, juramos libertar a nuestra patria o morir en la demanda". No juró únicamente Bolívar; fueron ambos los de la trascendente determinación que hoy lleva página muy especial en la historia. El propio Bolívar lo aclaró en una carta a su maestro: "¿Se acuerda usted cuando fuimos juntos al Monte Sacro a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros"[52]. Los dos cumplirán lo que juraron: esa la grandeza de aquel acto, sin más testigos que Roma y el Espacio. Bolívar operará con la guerra; Robinson, con su hacer educativo y sus libros. ¡También la palabra liberta! Hacen revolución las armas y la cultura.

Poco después del juramento, Bolívar fue invitado por Humboldt para una visita de pocos días a la ciudad de Nápoles. Al regresar a Roma Bolívar, él y su maestro volviéronse a París; allí se quedarán un año casi completo, dados sin fatiga a la sobreabundancia de la lectura.

Por ese tiempo, en París, la amistad mayor de Bolívar es el matrimonio del coronel peruano Mariano Tristán y Teresa Laisney, a quienes conoció años antes en Bilbao. Tiene el matrimonio una hija, Flora Tristán, entonces

[51] Conversación de Rodríguez con Uribe Angel, en Quito, en 1850.

[52] Carta desde Pativilca, el 19 de enero de 1824.

de un año de edad. Esta mujer se volverá una de las lideresas del socialismo utópico; escribirá varios libros; rescatará la correspondencia de Bolívar con su madre. En una página de Flora se anota: "La metamorfosis de Bolívar era completa. Su espíritu, su corazón, sus gustos, su carácter, todo había cambiado. Su incredulidad llegaba hasta el ateísmo"[53]. Es el impacto de Robinson, de las lecturas, del estudio. Caracas no hubiese podido darle al futuro Libertador ni esa mentalidad ni esa conciencia. El año 1806 significa para los dos un gran ordenamiento de saberes. Quizás lo de mayor significación sea el arraigo de las doctrinas liberales, que ya rigen en Francia en pleno y que se expanden por Europa entera, en la bandera de las guerras napoleónicas, a pesar de algunas fórmulas despóticas del Corso. Se introduce el derecho moderno; se crean Estados con administración centralizada, en perfeccionamiento del sistema republicano, y se postula, sin aplicarla, la obligatoriedad de la enseñanza por parte del gobierno. Las estructuras anteriores, feudales en parte, se derrumban. El Código Civil ("Código Napoleónico") estatuye la libertad individual -que Bonaparte no respeta-, la igualdad ante la ley, la propiedad privada, el matrimonio civil y el divorcio. Con el Código se dan leyes de procedimiento civil y criminal, y hasta una Reglamentación del comercio. De este lapso emanan los conocimientos de derecho que tan sapientemente aplicará el Libertador como gobernante; y provienen también las páginas que luego escribirá Robinson sobre el Estado, sus deberes y los de los ciudadanos, en varios de sus trabajos, pero especialmente en su libro *Sociedades Americanas*.

La prensa de París publica y comenta el doble fracaso del caraqueño Francisco de Miranda al intentar desembarco en tierra venezolana; había querido dar apertura, así, a la lucha por la independencia, en Ocumare de la Costa en abril y en Vela de Coro en agosto. Los tres lustros de prédica mirandina, orientada tenazmente a crear clima revolucionario contra España, no han sembrado suficiente rebeldía y ánimo de guerra; el Precursor vése dedepcionado.

Importa mucho señalar que los tres: el Precursor, el maestro Robinson y el Libertador fueron personas excepcionalmente cultas; que el planeamiento, ejecución y desenvolvimiento inicial de la independencia fundados estuvieron en ideas, en intelectualidad, en concepciones mentales. El principio de Danton de que las revoluciones empiezan en los grandes

[53] Cf. Marcos Falcón Briceño: Teresa la confidente...

cerebros se aplicó entonces en expresión precisa y decisiva. Pudo llamarse aquello una obra -en la parte que a lo individual atañe- de mentes ricamente preparadas. Junto a ellas entrarán a actuar las otras presencias orgánicas de las diversas estructuras.

Hay síntomas de búsqueda de independización por parte de los americanos; pero todo aparece todavía dentro de agarrotada niebla. Y la inquietante pregunta que se hacen los dos viajeros los escuece profundamente: ¿qué decidir?

Bolívar ha decidido el retorno a Venezuela: "París no es el lugar...". Su amigo Dehollain-Arnoux, entonces en Cambrai, le proporciona dinero en préstamo. Ha esbozado el viajero planeamientos de significación. Obviamente, el mejor informado de los propósitos de su discípulo fue su maestro:

> *Quiso Bolívar llevarse a Robinson a Venezuela y hacerle copartícipe desde el principio en todo cuanto se proponía realizar. Se negó al viaje el maestro con energía y terquedad. Narra O'Leary: Su antiguo y leal amigo no quiso acompañarlo a Caracas, a donde Bolívar se proponía regresar; fue inútil instarle a que volviese a Venezuela, porque todavía temía la persecución española; y Bolívar, comprendiendo que sus temores no eran infundados, desistió de su empeño, manifestándole que se aproximaba el tiempo en que el motivo de su voluntaria expatriación no sería visto como traición a América.*

Este pasaje de O'Leary revela que Bolívar hallábase enterado del ayer conflictivo de su maestro, conspirador con Picornell; admitió que la decisión de Robinson tenía fundamento.

Se despidieron el uno del otro, y no volverán a encontrarse sino diecisiete años más tarde, en el Perú. El destino atrae y aleja a estos dos personajes arbitrariamente; una vez más mediante el despotismo tiranizador de las circunstancias, imponiéndose en acción de viento que aparta, ya a un lado, ya al otro.

Robinson se queda en París, probablemente con algo de dinero que le dejó Bolívar. ¿Y después?

> *Cuando se separó de su discípulo en Francia, permaneció allí por algún tiempo, consagrado al estudio. La falta de recursos le hizo dejar una ocupación tan agradable como poco productiva; entonces trató de sacar partido de sus luces para ganar la vida, dedicándose al profesorado. Viajó por Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia, deteniéndose en las grandes ciudades lo suficiente para reunir, ejerciendo su*

[54] DANIEL FLORENCIO O'LEARY: *Memorias*. Según Fanny, la despedida fue en noviembre. Bolívar pasó por Bélgica y Holanda a Hamburgo, donde se embarcó rumbo a los Estados Unidos. (De este país tomó alto concepto: al diplomático norteamericano Beaufort J. Watts le dijo: "Durante mi corta visita a los Estados Unidos, por vez primera vi en mi vida la libertad

Profesión, con qué hacer los gastos de viaje. Visitó a Inglaterra.[54]

Un ir de sacrificio, abstenciones, austeridad, tan enérgico como invencible! ¿Cuánto podía ganar un maestro entonces? ¿Cómo ahorrar, tomando de esos miserables ingresos?

Solitario pero irreductible, Robinson entra en una suerte de vagabundeo, que ya se había iniciado cuando se trasladó de París a Viena, donde le encontró Bolívar. Pasará de un país a otro, pobre siempre; impregnado de conocimientos y estudios, será el tripulante de sí mismo y no se derrotará nunca porque su gran tesoro inagotable es su inteligencia, reciamente sustentada sobre la plancha granítica del carácter. Autodespojado a tiempo de lo vano y superficial, se acera, se diamantiza. Se autodefine:

Hay muy pocos hombres que nacieron para educar, y estos empiezan por sí mismos: el mundo es su colegio, su curiosidad les da libros y su discernimiento les sirve de maestro.

La ruta seguida luego la condensa el propio Robinson:

Permanecí en Europa por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial, en donde aprendí algunas cosas; concurrí a juntas secretas de carácter socialista; vi de cerca al padre Enfantin, a Olindo Rodríguez, a Pedro Leroux y a otros muchos que funcionaban como apóstoles de la secta[55]*. Estudié un poco de literatura; aprendí lenguas y regenté una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia. En eso de primeras letras ya me había ejercitado un poco durante mi juventud, dando lecciones a ese hombre [Bolívar] a quien se admira tanto, cuando él era un despabilado rapazuelo. Por eso seguramente se dice que fui su ayo; pero más que maestro, aseguro que fui su discípulo, pues por adivinación él sabía más que yo por meditación y estudio.*[56]

Probablemente la ruta de Samuel Robinson, en un largo peregrinar de

55 En páginas anteriores quedó ya definido el socialismo de Rodríguez. Debe anotarse que la asistencia suya a las juntas socialistas pudo ser tanto en los días de permanencia suya en París con fray Servando, como en los de compañía con Bolívar, o más bien más tarde (1820-1821), a su regreso de Rusia y antes del viaje a Londres.

56 SIMÓN RODRÍGUEZ. *Escritos sobre...* , pág. 187. DANIEL FLORENCIO O'LEARY: *Memorias.* Según Fanny, la despedida fue en noviembre. Bolívar pasó por Bélgica y Holanda a Hamburgo, donde se embarcó rumbo a los Estados Unidos. (De este país tomó alto concepto: al diplomático norteamericano Beaufort J. Watts le dijo: "Durante mi corta visita a los Estados Unidos, por vez primera vi en mi vida la libertad nacional").

[57] Esas regiones europeas se denominaban entonces: Imperio Francés, Reino de Italia (la parte norte), Confederación del Rin, Reino de Prusia, Gran Ducado de Varsovia, Imperio Ruso, e Inglaterra. Se supone que Robinson visitó a Portugal, pues hablaba bien portugués, pero no existen datos que confirmen ese viaje.

diecisiete años (1807-1823), se desarrolló en este orden: Francia (en Bayona, y luego en París con fray Servando), Austria, Francia e Italia (con Bolívar); luego, Alemania, Prusia, Polonia, Rusia; retorno, por Alemania, a Francia; por último, Inglaterra[57]. De Londres partirá de regreso a Suramérica, en 1823, cuando ya se había alcanzado la independencia de Colombia la grande, pero no la del Perú. No estuvo nunca en España, ni de paso; esa era para él la región prohibida; poderosa aún la Península, podía cercarle. Y si Ayacucho no se produjo sino un año después de su regreso a la América, bien temía con razón represalias de una Monarquía todavía presente en el Nuevo Mundo, en ese lapso de su estada en países europeos; lo que no implica que no dejara de intuir el triunfo final americano.

Dados sus métodos personales y costumbres, es presumible que no se haya quedado Rodríguez en cada una de las poblaciones visitadas más de dos o tres años, ocupado en docencia o en actividad científica. Pero no hay impronta de ese transitar modesto suyo por tantas regiones ¿Qué podía marcar con marca recia un sencillo maestro de escuela primaria, o un trabajador de laboratorios, con apariencia más de aventurero trotamundos, un tanto exótico, que de estudioso e investigador? Sólo de su estada en Londres se conoce algo, por propio relato que, al recuerdo reactivo, reconstruye en sus libros aparecidos muy posteriormente.

Mientras deambulaba Robinson por el Viejo Mundo, el Nuevo desenvuelve, tripulando audacia, sacrificios y heroísmo, su guerra magna de Independencia, desde México hasta Buenos Aires. América Hispana ha alzado su inmenso fuego vehemente contra la España monárquica y colonizadora, aprovechándose inteligentemente del debilitamiento peninsular por la invasión napoleónica a esos territorios. De 1810 en adelante, se expanden por suelos americanos inmensas llamaradas que van apagándose paulatinamente, al libertarse unas regiones tras otras. La prensa europea registra esos acontecimientos, que Robinson sigue muy en detalle. El mayor encarnizamiento se produce en el centro: Venezuela y Nueva Granada. Los venezolanos sufren una gigantesca mortandad heroica: la de la tercera parte de la población, hasta que se alcanza la victoria definitiva. Y el hombre que todo lo rige -con excepcionales colaboradores-, y todo lo sacrifica personalmente y todo lo alcanza, en vastísima zona, es Simón Bolívar. El maestro viaja, estudiando, y el discípulo combate; el uno palpa civilizaciones ya plasmadas y bien constituidas en su arquitectónica entidad; el otro dinamiza sus grandes energías para derruir una mole político-

económica y social de trescientos años y erigir, en lugar suyo, lo nuevo, lo libre, lo justo, lo republicano.

Haití se ha independizado de Francia; la Nueva Granada ha quedado libre en la batalla de Boyacá dirigida por Bolívar, y Venezuela en la de Carabobo, asimismo comandada por el Libertador. Sucre ha conquistado la liberación del Ecuador en Pichincha. Al sur de América, las provincias del Río de la Plata y Chile, han sido también convertidas en Repúblicas autónomas. La propia España, por su parte, ha expulsado, con la ayuda de los ingleses, a las tropas napoleónicas y ha redactado una Constitución Liberal -Cortes de Cádiz, 1812-, en que han intervenido delegados americanos; pero esta novedad se presenta demasiado tarde y no logra detener la lucha por la independencia del Nuevo Mundo hispano.

Por esos años, hay aspectos estrictamente negativos: algunos grandes han sido sacrificados: Francisco de Miranda muere en Cádiz, prisionero de los españoles (era mayor que Robinson con veinte años); en México han perecido, ajusticiados por la monarquía hispana, los clérigos libertadores Miguel Hidalgo y José María Morelos. Cuba no ha encontrado vía para su liberación.

Robinson es testigo de la expansión del pensamiento político liberal en Europa. Pero, cerrado el ciclo napoleónico en Waterloo (1815), esa doctrina empieza a tambalear. Metternich encarna la reacción. Empiezan las rebeliones en Nápoles, Rusia, Francia, Portugal, Alemania, Grecia. Se hace, así, un contraste, se plasma la dicotomía: mientras en el Viejo Mundo aparece y se ensancha la crisis, con mengua del liberalismo, en América hispana este credo avanza y se fortalece, en tanto que se multiplican los éxitos bélicos contra España. Tal vez esta captación determinó el retorno de Robinson a Suramérica. Sería decisión que, desde luego, afloraría en él sólo como punta de proceso; su obra en la Nueva Granada y Bolivia tendrá ese sentido, pero llenándola de matices socialistas y afirmándola reciamente en las originalidades de su idearium personal.

En este período de congestión europea, Robinson retornó de Rusia, por Alemania, a París. Y no se quedó, sino que partió para Londres. El arribo a esa capital significa para Robinson un reencuentro con Andrés Bello, residente ahí desde 1810. Los dos diéronle lecciones a Simón Bolívar niño, en Caracas. (Bello era diez años menor que Rodríguez).

Durante su misión en Londres, donde permaneció algún tiempo [escribe Amunátegui, que lo supo por Andrés Bello], adquirió cierta

reputación por su manera fácil y expedita de enseñar la escritura, las matemáticas, la teneduría de libros y el francés.

Quiere Robinson signos escriturales excelentes, como él mismo los trazaba; aspira a una expresión estética de parte de cada niño. Además, muestra tenaz lógica aplicada a los más pequeños detalles y un sentido práctico de docencia, que parece extraño en una vida como la suya, que no tuvo nunca expresión pragmática.

Entre sus observaciones londinenses, aparece la relativa al "Negocio de Monarcas para América". Muchos americanos, por ese tiempo, y dentro mismo de América y no fuera de ella, consideraban que no podían avanzar el Nuevo Mundo sino regido por reyes o emperadores. Eran los muchos que no lograron despojarse de costumbres y moldes. Eran los hombres antirrevolucionarios.

El reencuentro de Simón Rodríguez y Andrés Bello en Londres, a los veinticuatro años, debió de ser desfile de paisajes de vida, más algunos recuerdos; quizás también desprendimiento de tristezas y paradojas. Dialogan dos desterrados, que hace tiempo alcanzaron la madurez y el dolor de toda maduración; Rodríguez de cincuenta y Bello de cuarenta, simplemente conversan, porque nada tienen que ofrecerse. Ambos van por una etapa de pobreza y de estudio -larguísima etapa, casi sin término-; son maestros; su destino es enseñar. ¿Cuál de los dos tiene menos? Bello se queja a Revenga: "Carezco de los medios necesarios aun para dar una educación decente a mis hijos: mi constitución, por otra parte, se debilita, me lleno de arrugas y canas, y veo delate de mí, no digo la pobreza que ni a mí ni a mi familia nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad".

Los dos comparten ocupaciones. Dan clases, para subsistir. Aprenden, para enseñar; estudian y crean, a fin de trasmitir conocimientos y volverlos cada vez más eficaces. A uno y otro les respetará la muerte por largo lapso: Robinson vivirá hasta los ochenta y tres años; Bello, hasta los ochenta y cuatro. Ninguno de los dos, una vez salidos de Venezuela, volverá a ella nunca.

¿Se entendieron plenamente? En punto a cultura, sin duda que sí. Pero no en política. Robinson iba muy lejos ya en sus convicciones liberales; hasta había asistido, por ánimo de ensanche ideológico, -como ya se señaló- a sesiones del naciente socialismo en París. Bello, en contraste, creía en los métodos de lenta transición. Fue revolucionario sólo en literatura: la

"Alocución a la poesía", poema que publicará en 1823 -muy poco antes había partido ya Robinson- fue, en el decir de Pedro Henríquez Ureña, "el primero en que se hace explícito el deseo de independencia intelectual de Hispanoamérica". Había servido Bello en la Secretaría de la Legación de Colombia en Londres; pero, hacia 1821, entró en dificultades.

Dentro de las clasificaciones políticas de la época, Robinson era liberal y Bello conservador. Tal la distancia entre ambos. Pero eran amigos, y Bello le presentó a la sociedad de emigrados españoles y a refugiados o enviados políticos hispanoamericanos.

Los dos educadores venezolanos se despidieron a fines de diciembre de 1822. Robinson toma decisiones con energía, al margen de la inestabilidad del titubeo. La suya, es una base granítica. Resuelve retornar a tierras americanas, en busca de su discípulo Bolívar.

La estada en Londres fuéle económicamente difícil; pero no es sólo la angustia económica la que lo impulsa lejos. Había que darle a su actividad un asentamiento nuevo, de Nuevo Mundo, afín con las irrupciones creadoras de su inteligencia. El británico William Walton, entusiasta divulgador de la causa americana, hubo de prestarle cincuenta libras[58]. Muchas veces, de aquí en adelante, el maestro habrá de vivir de préstamos, y su pobreza no le permitirá cumplir siempre con los acreedores. Este fue uno de los fatalismos de este varón sin dobleces ni trampa.

[58] MERCEDES ALVAREZ FREITES: *Simón Rodríguez tal cual fue*. Cromotip, Caracas, 1966, págs. 145 y 325. Walton le escribió a Bolívar el 1 de agosto de 1827: "Como el último servicio que puede hacer a un amigo de V. E., presté 50 libras al señor Rodríguez, y ni siquiera éstas han vuelto a entrar en mi poder".

TERCERA PARTE

Una Gran Esperanza y un Fracaso

Desembarca en Cartagena, a principios de 1823, del invierno de Londres pasa a la cálida gestación del trópico. Rousseau había escrito en el Emilio: "Un hombre no es un árbol plantado en un país, para no moverse de él". Pero a Robinson no le ha impulsado ahora el ánimo de viajar, que es sumirse en lo inmediato. Su regreso tiene un inmenso para qué; se lo confía al Libertador, su discípulo: "Mis últimos años, que han de ser ya pocos, los quiero emplear en servir a la causa de la Libertad; para eso tengo escrito ya mucho, pero ha de ser con el apoyo de usted".

Debe advertirse que Robinson, al decidir su retorno para compartir con el Libertador la obra de la independencia, aportando lo suyo, personal e inconfundible, traía la convicción de que la gran guerra americana podía considerarse ya ganada por los patriotas republicanos. Un sentido premonitorio exacto dábala por cumplida triunfalmente; y no se habían producido todavía ni Junín, ni Ayacucho. La visión -la adivinación- del futuro fue una de las fuerzas que unió más al maestro y su discípulo; los dos sabían anticiparse. Si Bolívar anunció sucesos con cien años de antelación, Robinson, advirtió no poco con idéntica pre-visión.

Deja en el buque, al pisar la rada de Cartagena, olvidándolo para siempre, su nombre de Samuel Robinson. En adelante, y por decisión definitiva, será Simón Rodríguez. Se le esfumó un mito y murió un equívoco. Empieza, pues, esta nueva etapa vital, por una determinación firme: el retorno a la autenticidad.

Rodríguez empieza a edificar certeramente su madurez, destinándola a germinación, como atravesado el espíritu por un gran rayo creador. Ha desembarcado con ánimo de titán. Toda su pasión se echará, en caudal, a los propósitos intelectuales que trae. Sus correrías serán, ahora, para

realizar experimentos docentes de muy recio garfio revolucionario; para trasladarse, con las obras que ha escrito -vuelto ya con ellas un solo ser-, en busca de editores en una ciudad, en otra, en otra más; para, uniéndose con Bolívar, proceder en grande, sólo en grande. Peregrinará, mostrándose a veces duro, inflexible, o dúctil por excepción, quizás por táctica. Nadie lo manejó nunca, ni hombre ni mujer, ni siquiera el Libertador. En los altorrelieves de la historia, pocos se encuentran de personalidad tan reciamente integrada, de tantas energías, tan segura de sí, a pesar de la pobreza y los fracasos. Orgulloso, escribe a los sesenta años: "Yo no dejaré que me lleven a cuestas sino después de muerto". Pobreza y fracasos, son en Rodríguez basamentos para un empinamiento mayor.

Hace tiempo terminó arquitectónicamente, brillantemente, uno de sus empeños vitales y trascendentes: educar y enrumbar a su discípulo Simón Bolívar, que se le volvió un Emilio ciclópeo tan colosal, que América, Europa, hablan de él en términos de magna admiración. Hubiese podido ya morir Simón Rodríguez por este tiempo, y habríale bastado aquel título de "Maestro del Libertador" para que su nombre, en la historia, apareciera profunda e indisolublemente unido al de su discípulo. Sin embargo, de esta bien conquistada grandeza, no se detiene en su ir. Quiere penetrar resueltamente en la plasmación de una segunda vocación suya, para añadirla a la ya cumplida y poniéndola concomitante con ella en riqueza germinal.

Al viejo amigo suyo, el general Otero, hácele la confidencia:

> *Yo dejé la Europa para venir a encontrarme con Bolívar; no para que me protegiese, sino para que hiciese valer mis ideas a favor de la causa. Estas ideas eran y serán siempre emprender una educación popular, para dar ser a la República imaginaria que rueda en libros y en los Congresos.*[59]

Mirando hacia atrás y simultáneamente hacia delante, llega a trazar y a describir su propia parábola:

> *La suerte de mis compatriotas me llevó al patriotismo [el conspirador, cuando Picomell]; el patriotismo, a Napoleón [o sea a Europa]; Napoleón, a Bolívar [para compararlos y verlos al uno vencido y al otro triunfante]; Bolívar, a Venezuela [a pensar en la patria, partiendo del texto del Juramento en el*

[59] Carta de Simón Rodríguez al general Francisco de Paula Otero, desde Lima, el 10 de marzo de 1832.

[60] SIMÓN RODRÍGUEZ: *Sociedades* ... pág. 16.

Monte Sacro]; de allí volví a ver la América, y en la América hallo las Repúblicas, que son las que me atormentan.[60]

A Rodríguez interesábale llegar a la capital de la Colombia creada por su discípulo; ahí estaba la sede del Gobierno, y él va a trabajar con el gobierno. Ya que Bolívar no se encuentra en Colombia sino en el Perú, cabía tomar entendimiento y nexo con los amigos del Libertador, a fin de iniciar sin demora los trabajos educativos que necesita realizar. Se traslada, así, a Bogotá inmediatamente.[61]

Allá llega Simón Rodríguez con el predominio de sus conocimientos y el propósito de realizar sus proyectos en esa misma proporción ingente. Hay algo en contra: no es un militar, ni eclesiástico, ni abogado o un burócrata, que son los únicos que alcanzan validez y atención inmediata de parte de los poderes públicos. Pero trae el título de Maestro de Bolívar, y se le abren las puertas oficiales. No con entusiasmo, viene a pedir, todos piden, todos esperan; no hay qué darle, y menos en la educación pública que apenas si puede ser atendida parcialmente con el escasísimo dinero disponible. Santander, sagaz, quiere cooperar en los empeños del venezolano. "Empecé mi establecimiento de educación en un Hospicio, bajo la protección de Santander" le informará Rodríguez más tarde, al general Otero. Actúa el maestro fundándose en la seguridad de que su discípulo retornará pronto del Perú; espera que la guerra de independencia, iniciada trece años atrás, tenga allí su desenlace con celeridad.

Ya Rodríguez tiene en Bogotá unos diez meses. Santander debió de haberle confirmado a Bolívar enseguida la presencia del educador en la capital colombiana. Sin aguardar más, el Libertador, que se halla enfermo en Pativilca, agobiado por el comienzo de la tuberculosis -que lo aniquilará siete años después, en San Pedro Alejandrino-, llama ahincadamente a su maestro. Intuye, con nítida certeza, que los afanes educativos de éste no alcanzarán éxito en la capital neogranadina, en extremo tradicionalista. Sede del Virreinato hasta sólo cuatro años antes, y libertada por el propio Bolívar en la batalla de Boyacá el 7 de agosto de 1819, no puede ser todavía

[61] ¿Viajaba Rodríguez con dinero? En la obra *Simón Rodríguez - Escritos sobre su vida y su obra,* pág. 187, se informa: "Refiriéndose a esos tiempos decía don Simón: Yo he sido el único americano del Sur que haya ido a Europa no con el fin de derrochar fortuna, sino con el de adquirirla. A mi regreso registré en Cartagena, como de mi legítima propiedad, 64.000 duros. Trabajé, observé y creo saber alguna cosa". Este dato o aserto no está respaldado con la indicación, necesaria, de la fuente del documento. Hay, entre esto, supuestamente dicho por Rodríguez, y el préstamo de 50 libras de William Walton al viajero, una evidente contradicción.

centro propicio para innovaciones revolucionarias. "El romper costumbres es a par de muerte", escribió Berceo.

Aquel llamamiento del Libertador a su maestro no fue sólo una carta. Escrita en Pativilca el 19 de enero de 1824, constitúyese en uno de los documentos más importantes de la vida íntegra del educador caraqueño. Ahí se fija, para la historia, el hecho de que Simón Rodríguez, por confesión expresa y elocuente de su discípulo, fue maestro de Bolívar desde el comienzo; que lo "enderezó tierno", lo formó y orientó; que hizo de él un hombre de increíble envergadura, porque había el fundamento de un espíritu extraordinario sobre el cual trabajar. Bolívar lo reconoce explícitamente, lo subraya y lo pone en relieve con los más elocuentes elogios. Ese pliego es el registro público de la obra de un hacedor, por parte de quien se benefició con lo hecho. Después de esa carta, toda alegación contra Rodríguez queda inválida, estéril, muerta; el testimonio posee la autoridad de quien, ya convertido en figura eximia, quiere dar fe de lo mucho que le debe a su maestro, y de que su voluntad es la de que lo conozca y lo reconozca la historia. Bolívar, como todo hombre noble, sabe agradecer y su palabra de gratitud la pone por escrito, para un lapidario: "Lo que escribí escrito queda".

Se conserva el sobre que dice: "Al Sr. Simón Rodríguez, Bogotá. Del General Bolívar". Al reverso, escribió Rodríguez:

> *No conservo esta carta por el honor que me hace, sino por el que hace a Bolívar. Confesar que me debía unas ideas que lo distinguían tanto, era probar que nada perdía en que lo supieran, porque su orgullo era el amor a la justicia.*[62]

El maestro, en esta anotación puesta en el sobre con su letra, reconoce y acepta lo afirmado por su discípulo en la carta. El Libertador había expresado una exacta verdad, "¡y nada perdía en que lo supieran!". Y hasta quiso que el primero en informarse fuera el Vicepresidente Santander para ,en cierta manera, oficializar el texto.

Muy difícil hallar en los vastos periplos de la historia un prohombre que con tan explícito énfasis haya reconocido en su maestro el fundamento principal de su grandeza. E igualmente raro encontrar casos en que, exceptuado el de Aristóteles respecto de Alejandro, el maestro haya poseído de por sí una magnitud equiparable a la del discípulo en el ordenamiento de lo fundamental. Cuando se profundiza en Rodríguez y en Bolívar, se

[62] Archivo de Bolívar en Caracas.

advierte cómo se unifican, sobre todo en la altura de las miras o metas, en la decisión apasionada por lo americano, en la voluntad de construir la magna pirámide de la libertad con materiales de justicia. Asimismo, en la suma de estudios y en las concepciones de carácter universal. Los dos saben penetrar en el porvenir; si Bolívar, en su Carta de Jamaica en 1815, señala con un siglo de anticipación la suerte de los pueblos de América, casi uno a uno; si invita al Congreso panameño de 1826 antes de que se diese la batalla final de Ayacucho; si, vencido en Casacoima, habla de sus próximas campañas muy lejos, en el Perú; Rodríguez, también, avizora sistemas educativos que décadas más tarde serán adoptados e implantados en América y fuera de ella: la juntura de la docencia con el aprendizaje simultáneo de oficios; el concepto de Escuela Social; el anuncio reiterado de cómo será el hombre americano del porvenir; la iniciativa de enseñar la doctrina democrática republicana; la coeducación.

Lee el Vicepresidente Santander la carta de Bolívar a Rodríguez, y se dirige enseguida a su Jefe, el Presidente, para decirle (en mayo): "A don Simón Rodríguez le he manifestado el aprecio de usted y sus recomendaciones". El Libertador habíale escrito reiterativamente a Santander:

> *A don Simón Rodríguez dele usted dinero de mi parte, que yo lo pago todo, para que me venga a ver. Yo amo a ese hombre con locura. Fue mi maestro, mi compañero de viajes, y es un genio, un portento de gracia y talento, para el que lo sabe descubrir y apreciar. Todo lo que diga yo de Rodríguez no es nada en comparación con lo que me queda. Yo sería feliz si lo tuviera a mi lado, porque cada uno tiene su flaco. Empéñese usted en que se venga, en lo que me hará usted un gran servicio; porque este hombre es muy agradable y, al mismo tiempo, puede serme útil. Con él podría yo escribir las memorias de mi vida. El es un maestro que enseña divirtiendo, y es amanuense que da preceptos a su dictamen. El es todo para mí. Cuando yo lo conocí valía infinito*[63]*. Mucho debe haber cambiado para que yo me engañe. Gire usted contra mí el dinero que le dé y mándelo.*

Nuevos elogios, insistente encumbramiento, grabación de muy altas calificaciones. ¿Hace falta insistir en que el hombre que así habla de su maestro es ya el más valioso, el más hazañoso fijador, el creador más auténtico que produjo América en el siglo diecinueve; que su autoridad vuelve perdurables todas y cada una de sus palabras? El juicio se acrisola con las ponderaciones y calidades de quien lo emite, en la correlación

[63] Este "valía infinito", dicho por Bolívar, se refiere al Simón Rodríguez de veinte años, hay que subrayarlo.

innegable de calificador y calificado.

Entre el llegar de Rodríguez a Bogotá y el recibir éste la carta de Bolívar, invitándole a trasladarse al Perú, pasó un año íntegro. ¿Qué hizo el maestro en aquel lapso? Plasmar, por vez primera, la novedad pedagógica que ha conformado en su mente a trazo firme. Es una originalidad por entero innovadora y vigorosamente revolucionaria. "Casa de Industria Pública" se denomina la entidad que logra estructurar y este nombre es una definición: allí el niño, el adolescente, el joven, se preparan a la vez estudiando y a la vez aprendiendo un oficio manual, con un sentido integralista esencialmente práctico. No acepta alumnos, hijos de la clase aristocrática, que no se dedicarían en ningún caso a un oficio mecánico. La tradición española había estatuido que el trabajo físico degradaba y que esa actividad había que dejarla al pueblo, a los judíos, a los de sangre impura y carentes de títulos de nobleza. No trata Rodríguez de resquebrajar esos niveles que corresponden sólo a minorías. Se ocupa directamente con los proletarios, que habrán de requerir alguna profesión lucrativa para su defensa económica. En uno de sus más brillantes libros: *Sociedades Americanas en 1828,* señala su mundo:

> *Dénseme los muchachos pobres, o dénseme los que los hacendados declaran libres al nacer, o que no pueden enseñar, o que abandonan por rudos. Dénseme los que la Inclusa bota porque ya están grandes, o porque no puede mantenerlos, o porque son hijos ilegítimos.*[64]

Los niños pobres, a los que se suman los huérfanos, ilegítimos y menguados, hacen la gigantesca mayoría en América. Ese volumen ingente, ese tropel de desposeídos le interesa para trabajar con él. Porque no lo ve como masa, sino como serie de individualidades dignas de la talla y cincel. Varón de visión orbital, aspira a repartir su don con eficacia, por saberse preparado y por aquello, mayor, de destinarlo a lo realmente requerido de siembra. Sus personales capacidades se describen en otro de sus libros: *Luces y virtudes sociales:*

> *Tiene más derecho para ser oído con atención discurriendo sobre su materia el que, por profesión y con gusto, piensa continuamente en ella, que el que se pone a pensar cuando la cuestión le sorprende; el que ha pensado tanto que para cada caso tiene una solución preparada, que el que remite todo a*

[64] SIMÓN RODRÍGUEZ: *Sociedades Americanas* .... pág. 17.

[65] SIMÓN RODRÍGUEZ: *Luces y virtudes sociales*. Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1840. Pág. 46.

respuestas ajenas; el que tiene tanto que decir, que apenas puede impedir que sus ideas se le atropellen en la boca, que el que titubea esperando que le ocurran las que no ha formado.[65]

Con esta convicción de sabiduría propia, efecto de profunda meditación y búsqueda, se presenta Rodríguez a producir una originalidad auténtica, que muchos años más tarde adoptará el italiano Juan Bosco (1815 1888) para la fundación de sus Escuelas-taller salesianas, y que el siglo veinte tiene en práctica en la mayoría de los países cultos. A Simón Rodríguez le corresponde la prioridad en la historia. La recomendación del trabajo manual proviene de Rousseau, "porque es el que más le acerca al hombre al estado de naturaleza", decía[66]. El maestro venezolano supo fundir ese aprendizaje con el trabajo intelectual, haciéndolos actuar simultáneamente. Tiene el creador del método una doctrina perfectamente aclarada y especificada; la dará a conocer más tarde en Chuquisaca, donde hará un experimento de la laya del de Bogotá, pero más amplio: "La intención no era llenar el país de artesanos rivales o miserables, sino instruir y acostumbrar al trabajo, para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento; era colonizar el país con sus propios habitantes. Se daba instrucción a las mujeres, para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar la subsistencia. Los alumnos gozaban de libertad -ni los niños eran frailes, ni los viejos presidiarios-; el día lo pasaban ocupados y en la noche se retiraban a sus casas, excepto los que querían quedarse"[67]. Define el arte de educar como el cumplimiento de cuatro formas especiales: "Instrucción social, para hacer una nación prudente; corporal, para hacerla fuerte; técnica, para hacerla experta; y científica, para hacerla pensadora". Lo religioso no entra en la enumeración. Marco Terencio Varron, en el siglo primero antes de Cristo, ya había señalado tres rumbos para el niño: educación, institución e instrucción[68]; en cuanto conjunto, fueron olvidados durante siglos, y no se dejó vigente sino la instrucción. Rodríguez retoma la antiquísima norma, la complementa y la perfecciona

66 JEAN JACQUES ROUSSEAU: Emilio, T. I, pág. 238.

67 SIMÓN RODRÍGUEZ: *El Libertador del Mediodía* .... nota final. Aquello de las "mujeres prostituídas por necesidad" o llegadas al matrimonio "para asegurar su subsistencia", temas serán, en el siglo veinte, de "El Segundo Sexo" de Simone de Beauvoir.

68 Marco Terencio Varron decía: "Educar nutrix, instituit poedagogus, docet magíster": educa la nodriza, instruye el ayo o pedagogo, enseña el maestro.

inmensamente, modificándola. Y mira a la mujer con criterio distinto, considerándola como un ser existencial requerido de realización.

Era un clarividente el maestro caraqueño; "Sólo usted sabe -decíale a Bolívar-, porque lo ve como yo, que para hacer República es menester gente nueva, y que de la que se llama decente lo más que se puede conseguir es el que no ofenda..."[69]. Duda de que las gentes de costra ya formada puedan cambiar; las halla impermeables en mucho: la tradición monárquica colonial durará todavía largo tiempo en las conciencias. En alteración de esto, forjar lo nuevo en la inteligencia de los niños, dará por resultado la República que se busca. "El fundamento del sistema republicano -advierte- está en la opinión del pueblo, y esta no se forma sino instruyéndolo. Nadie hace bien lo que no sabe; por consiguiente, nunca se hará República con gente ignorante".[70]

Los establecimientos mixtos ideados por Rodríguez, por su conjunción de actividad intelectual y aprendizaje manual, han generado en el mundo, después del maestro, la estructuración de una sociedad distinta. Dejó él señalados los lineamientos en "Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga" -uno de sus trabajos más importantes sobre educación-, especificándolos con precisión:

> *El Colegio de Latacunga se distinguirá poniendo: una cátedra de castellano, otra de quichua, una de física, otra de química, otra de historia natural -¡recomendación de ciencias, como en el siglo veinte!, en lugar de teología, derecho y medicina, que se enseñan en Quito. Estableciendo dos fábricas: una de loza y otra de vidrio, y creando una maestranza de albañilería, de carpintería y de herrería. Enseñando a hablar la lengua de los bárbaros y haciendo platos, botella, tapias, silletas y clavos. ¡Más cuenta nos tiene entender a un indio que a Ovidio!*[71]

Es el propósito lograr una América culturalmente pragmática, realizadora, que pueda plasmar la difícil labra de una post-revolución constructiva. Y es, sobre todo, en Rodríguez, la decisión de inquirir en lo propio, de adentrarse en una realidad de origen no ya solo hispánico, sino también indígena, a fin de que la captación y conciencia del mestizaje nuestro entreguen una integridad. Aparece, así, el maestro caraqueño como

---

69 Desde Oruro, el 30 de septiembre de 1827.

70 SIMÓN RODRÍGUEZ: *El Libertador del Mediodía* .... pág. 141.

71 SIMÓN RODRÍGUEZ: "Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga", en *Escritos de* ..., T. III, pág. 33.

un adelantado de los futuros estudios sobre la etnia americana, sobre el indigenismo. Viene a constituir una simiente para un Mariátegui! Es la voz de alerta, que escucharán después, en la centuria presente, todos los sociólogos americanos de entidad.

Tradicionalmente, el mundo hispánico en América habíase atenido a la norma de aprender obligatoriamente el latín, aún con postergación del castellano. Rodríguez defiende lo que podría llamarse "idiomas de América". Como escribió en zonas donde los indígenas hablaban quichua, estatuye enfáticamente:

> *Castellano y quichua: el primero es de obligación y el segundo de conveniencia. El latín no se usa sino en la iglesia; apréndalo el que quiera ordenarse. En el Foro y en Medicina se usaba; ya no se usa. Dicen que no se puede hablar bien castellano sin entender latín: es falso; esta sentencia viene desde el tiempo de Nebrija hasta el nuestro, porque los dómines han ido transmitiéndosela. Nada tiene que ver la hija con la madre. La lengua inglesa se compone de diecinueve lenguas y nadie las estudia para hablar bien inglés. El latín murió con los romances; por más que hagan los latinistas, no lo resucitan. ¿Es posible que vivamos con los indios, sin entenderlos? Ellos hablan bien su lengua, y nosotros ni la de ellos ni la nuestra.*

Lo mismo que del quichua o quechua, pudo decir de los otros idiomas precolombinos en América, que son numerosos: uno, para cada región.

Su línea de partida está en la distancia radical que advierte entre los procederes tradicionales monárquicos y el brote diferenciador de la República: "En la monarquía las costumbres reposan sobre la austeridad; en la república reposan sobre las costumbres". Los hombres, según el maestro, no se hallan en sociedad para decirse que tienen necesidades, ni para aconsejarse que busquen cómo remediarlas, ni para exhortarse a tener paciencia; sino para consultarse sobre los medios de satisfacer sus deseos, porque no satisfacerlos es padecer. El objeto de la instrucción es la sociabilidad, y el de la sociabilidad es hacer menos penosa la vida: así piensa en "Consejos de amigo". Y encuentra esta estupenda conclusión: "Para todo hay escuelas en Europa; en ninguna parte se oye hablar de Escuela Social". ¡Brillante defensa de su originalidad!. Se atribuye, con justicia entera, una creación que no se encuentra ni en Europa. En la Escuela Social ya no se le toma a la docencia solamente en el sentido de instruir y enseñar, otorgar conocimientos, aprendizaje de un oficio, apertura de las rutas intelectuales y las iniciativas en punto a habilidades. Importa ir más lejos; Rodríguez no se detiene ni se detendrá nunca. Quiere hacer del hombre un ente social

a conciencia, desde el comienzo, a partir de la niñez. Hay que impedir la presencia de la persona solitaria, hosca, en apartamiento infecundo; requiérese orientar por ese cauce de mutuo entrabamiento al individualismo que forjó la Revolución Francesa, y dar vigencia de cada cual en el medio, integrándolo a él. Con este criterio, desconocido en América por aquellos tiempos, el maestro se adelanta a las lecciones de filosofía positiva y de sociología de Augusto Comte, publicadas en Francia entre 1830 y 1842; el texto del venezolano figura en el libro *Sociedades Americanas en 1828*. Hacia 1828 expresaba:

> *Saber sus obligaciones sociales es el primer deber de un republicano. Nada importa tanto como tener pueblo: formarlo debe ser la única ocupación de los que se apersonan por la causa social.*

De esta tesis extrae una consecuencia sabia, muy audaz para la América de entonces:

> *En el sistema republicano, las costumbres que forma una Escuela Social producen una autoridad pública y no una autoridad personal; una autoridad sostenida por la voluntad de todos, no la voluntad de uno solo convertida en autoridad.*[72]

La Escuela Social viene a constituir una complementación, una consecuencia, un perfeccionamiento interno de los Institutos-taller; una suerte de médula nutricia, para que no haya díscolos, ni arbitrarios, ni anárquicos. Si hoy se entiende lo social en un radio de acción diferenciado, de efectividad en los órdenes político-económicos, no se descarte por ello esta captación de Rodríguez que, si nutrida aún en la doctrina liberal y no todavía dentro de un real socialismo -estamos en 1828-, apela a una estructuración de entendimiento de unos con otros, a un sistema de articulaciones en maridaje. Su valía radica, así, en la innovación que se introduce en el concepto escuela, antes que, en este caso, en la valoración de la problemática general en lo social.

Esta originalidad de Rodríguez: la escuela mixta, con su consecuencia: "la educación social", se volverá, después de él, norma universal. Los centros salesianos, las Escuelas de Artes y Oficios, las Universidades Populares y otras entidades de la laya, en los siglos diecinueve y veinte, constituyen aplicación de las formulaciones creadoras del caraqueño. En cada una de estas instituciones debería

[72] SIMÓN RODRÍGUEZ: *Sociedades Americanas*...., pág. 88.

recordársela a Simón Rodríguez, en la misma medida en que se le ve presente a su discípulo Simón Bolívar. En nexo íntimo caminan los dos en la Historia, cada cual con su personalidad.

El venezolano doctor Miguel Peña, Ministro de Justicia en Bogotá le hizo saber al Libertador las actividades de Rodríguez:

> *Ahora me mueve a escribirle otro asunto de importancia, y es la Casa de Industria Pública que se ha propuesto levantar en esta ciudad el señor Simón Rodríguez Carreño. Nada digo a usted sobre su persona, carácter o constancia y conocimiento para el caso, porque usted lo conoce bajo todos estos aspectos mejor que yo. De lo que usted tal vez no está informado es que una Casa con ese fin, donde se da educación a los jóvenes y se les hace aprender un oficio mecánico, fuera de los primeros indispensables conocimientos para vivir en sociedad, como escribir, contar, la gramática de su lengua, etc., es todo el objeto de sus más ardientes deseos. Mucho ha trabajado desde que llegó aquí para establecerla, y sólo a su infatigable constancia se debe el que le hayan concedido el edificio público comúnmente llamado Hospicio, donde ha hecho algunos reparos y tiene algunos muchachos; pero le faltan fondos para montar su proyecto como quisiera, y según tengo entendido, éstos no excederán de dos o tres mil pesos; él suspira constantemente por usted, persuadido de que si estuviera aquí, él llenaría su objeto. Tal vez sería una obra digna de usted el que tomase el establecimiento de esta Casa bajo su protección.*[73]

Esta carta la recibió el Libertador cuando ya le había invitado a su maestro a trasladarse al Perú, y cuando el maestro había decidido ya viajar a Lima. Hubiese podido esperar, quizás; pero la incomprensión en Bogotá le forzó a abandonar su empresa. "Santander y Umaña me comprometieron con la gente de mostrador y ruana, y porque lo evité me dijeron que yo lo había echado todo a perder", se quejó Rodríguez ante el Libertador.

Le informa Santander a Bolívar: "Don Simón se fue a buscar a usted... Le di a don Simón Rodríguez, cuando se fue, doscientos pesos por las recomendaciones de usted". Un amigo del maestro, el edecán Diego Ibarra, pide que se le nombre Comisario de Guerra de un contingente de mil setecientos hombres que parte para el Perú; Ibarra acaba de llegar a Bogotá y debió traer el especial encargo de preocuparse del viaje del educador.

---

73 Carta del 21 de marzo de 1824.

Retorna, así, el maestro a Cartagena y sigue a Panamá con las tropas. Los diecisiete buques de vela no arriban a Guayaquil sino al cabo de cuatro meses. Todo hombre, en aquellos tiempos y desde todos los siglos atrás, está forzado a vivir lentamente, a desenvolverse con paciencia en la impaciencia. Aún ahora, siglo de lo vertiginoso para tanto, pero no para lo mucho requerido de aceleración.

Muy pronto Rodríguez se arrepentirá tanto de su ensayo en la capital neogranadina, como de su empleo para poder viajar: "*Mea culpa* el haberme encargado del Hospicio de Bogotá; *mea culpa* el haber sido Comisario bizcochero"[74]. Al desembarcar en Guayaquil le recibe con entusiasmo otro alumno suyo: el general Juan Paz del Castillo, Intendente de esa ciudad.

En Guayaquil recibió Rodríguez la noticia de los triunfos de Junín y Ayacucho. La gran guerra había finalizado victoriosamente para los que buscaron la libertad, derechos reales y justicia. Era el momento de planear más certeramente. Ha comenzado 1825 con espléndido alborozo en América; Buenos Aires está todavía festejando el glorioso desenlace (había ordenado fiestas por un mes). Al llegar la paz, ésta, si condigna de la lucha inmensa, no puede ser sino creadora.

Antes de abrir ruta hacia Lima, el maestro se dirige al Libertador:

> *Amigo: Yo no he venido a la América porque nací en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora de una cosa que me agrada, y me agrada porque es buena, porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos, y porque es usted quien ha suscitado y sostiene la idea. Oigo decir -a muchos suspirando y a algunos haciendo que suspiran- que usted se va luego que concluya no sé qué asuntos. Si es, me digo, el asunto de la Independencia, me tranquilizo, porque falta mucho para darlo por concluido.*

Esto es lo céntrico: falta mucho para dar por terminada la Independencia; Rodríguez lo advierte y lo señala enfáticamente; Bolívar lo sabe. Prosigue la carta:

> *¡No sé qué otros asuntos tenga Bolívar en el mundo! Trate usted de desvanecer la idea de viaje y de abandono, porque puede hacer mucho mal. El pueblo es tonto en todas partes; sólo usted quiere que no lo sea en América, y tiene razón. No olvide usted que para el hombre vulgar todo lo*

[74] *Escritos de Simón Rodríguez...*, T. II., pág. 359.

[75] Carta desde Guayaquil, el 7 de enero de 1825.

que no esté en práctica es paradoja.[75]

Trizar en dos la obra libertaria, como se pensaba podía hacer Bolívar, y tomar así una posición de escape, es cuestión que no admite Rodríguez, quien no se engaña respecto del futuro de América, que corresponde a obra que hay que plasmar. Rodríguez es hombre agónico: espera más del porvenir que del presente; y esta relación de lo actual con lo del mañana lo vuelve un Tántalo, condenado a no alcanzar el fruto que su intuición divisa. Un hombre de ese tiempo, Goethe, ya lo advirtió: "Que no puedas llegar es lo que te hace grande".

CUARTA PARTE

El Maestro Junto al Discípulo

El edecán del Libertador, Daniel Florencio O'Leary, le conoció a Rodríguez el día en que éste llegó a Lima:

> *Yo vi al humilde pedagogo desmontarse a las puertas del Palacio [de la Magdalena, en la capital peruana], y en vez del brusco rechazo que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el debido respeto a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de un corazón que la prosperidad no había logrado corromper. Rodríguez era hombre de carácter excéntrico, no solamente instruido sino sabio; tenía el conocimiento perfecto del mundo, que sólo se adquiere con el constante trato de los hombres.*[76]

Su apariencia externa es quizás de "humilde pedagogo"; fue la primera impresión del edecán. Pero el maestro nunca fue humilde, sino modesto; su orgullo no declinó jamás.

Se vivía entonces la edad del romanticismo en el mundo occidental. Encumbradora de los héroes espectaculares y deslumbradores, hubiese hallado en Rodríguez un anti-héroe: ni presume, ni reta; ignora, por ser palanca fácil y de menguados, el exhibicionismo. En los planos no románticos, es un auténtico héroe de la voluntad, un asceta. Vive en austeridad, y sabe exactamente qué es lo que quiere, y por ello lucha con tenacidad tan paciente como irreductible. Se ve gigante en el empeño, fecundo en su poder germinativo y poseedor de una fuerza nítidamente calculada y planeada. Nada aventura, ni entra en riesgos, ni asume lo descomunal audaz; labora, ejecuta, hace avanzar sin término sus decisiones, manipula y martillea. Valientemente, aguarda su triunfo a muy largo plazo, quizás más allá de su personal muerte física. Sábese contemporáneo de siglos, no de años, en el ámbito de América, al igual de su discípulo.

En Lima encuentra el maestro una novedad educativa que quizás no

---

[76] DANIEL FLORENCIO O'LEARY: *Memorias,* T. II.

esperaba: el sistema lancasteriano. Ya no es lo colonial, que regía en Caracas y en Bogotá, sino algo diferente, implantado por la República, y que no coincide en absoluto con las programaciones y proyectos de Rodríguez. Desde tiempo atrás Bolívar había acogido ese método; había conocido personalmente en casa de Miranda en Londres a José Lancaster, educador inglés creador del sistema, y hasta oyó de labios de él una explicación sobre los beneficios de la fórmula por él ideada. Basándose en aquel antecedente, Lancaster se dirigió a Bolívar el9 de julio de 1824 (fecha en que iba a partir Rodríguez hacia Cartagena y Panamá), proponiéndole la introducción en Colombia de su modo de instruir, "perfeccionado y reformado"[77]. Aprobado el proyecto, Lancaster hállase ya en Caracas (1825) y desea quedarse, a pesar de la poca atención y hasta oposición del Ayuntamiento, manifestada en los inicios de la labor del inglés. Ha recibido veinte mil pesos enviados por Bolívar, tomándolos éste del millón que le obsequió el Perú al finalizar la guerra de independencia. Lancaster despliega entusiasmo, y logra que Bolívar, muy pocos días antes de la llegada de Rodríguez, decrete que en cada Departamento del Perú se establezca una Escuela Normal, según el método lancasteriano.[78]

¿Constituyó esto un verdadero problema para Rodríguez? ¿Se preocupó poco o mucho de la cuestión? Quizás ni la discutió siquiera con el Libertador. El maestro venezolano no podía parangonarse con el inglés ni en conocimientos, ni en originalidad. No tomó en cuenta el asunto, esperaba crear su propio edificio, que anularía automáticamente al otro, por presión de calidad.

Lancaster, con buena voluntad pero miopemente, no había descubierto la inmensa distancia que va de instruir a educar. Rodríguez planteaba esa diferencia como sustancial: "Instruir no es educar; ni la instrucción puede ser equivalente de la educación, aunque instruyendo se eduque"[79]. Instrucción significa entrega de conocimientos; educación, formación de criterio, enrumbamiento, conciencia. Al instruir se educa, pero sólo en pequeña parte: la relativa estrictamente a conocimientos intelectuales. "Con acumular conocimientos extraños al arte de vivir -dirá el maestro caraqueño- nada

77 J. L. SALCEDO BASTARDO: El *Primer* Deber, pág. 310.

78 Decreto del 31 de enero de 1825.

79 SIMÓN RODRÍGUEZ: *Luces y Virtudes* .... Introducción.

se ha hecho para formar la conducta social".

El hombre convencido y creador, desaloja aquello que se le parece en alguna manera; busca ir solo. La presencia de Lancaster y sus fórmulas significan para Rodríguez una minusvalencia, que deja de lado despreciándola. Y no hablará de eso hasta el final de su vida, con el ánimo de dejar aclarada una cuestión. Ya casi octogenario escribió:

> *La enseñanza mutua es un disparate. Lancaster la inventó para hacer aprender la Biblia de memoria*[80]*. Los discípulos van a la escuela a aprender, no a enseñar, ni a ayudar a enseñar. Dar gritos y hacer ringorrangos no es aprender a leer ni a escribir. Mandar recitar de memoria lo que no se entiende, es hacer papagayos, para que por vida sean charlatanes. Hacer letras en la arena, con palito, y borrar con la mano, grabarlas en pizarras y limpiarlas con saliva, ponerles pantorrillas apretando la pluma al bajar, y cabelleras aflojándola al subir, no es escribir sino garabatear. Escritura ilegible no es caligrafía sino criptografía: no es bella escritura sino oculta escritura. No se ha de permitir a los maestros de escuela lancasteriana que alteren, con adornos de capricho, los signos de convención de que se sirven millones de personas.*[81]

Esta caricatura de una docencia elemental se refiere a los «maestros lancasterianos», es decir, a los estudiantes que enseñan a sus compañeros: no saben hacerlo, no entienden el significado de tal misión, operan como autómatas -forzar la memoria- y hasta como primitivos al borrar con la mano y con saliva lo que escriben. Rodríguez tuvo siempre un signo de distinción en sus procedimientos; no se aplebeyó nunca, ni nunca cayó en vulgaridad. Su propia doctrina asume expresiones de universalismo:

> *En la primera escuela se enseña a pintar la palabra, a pensar, a hablar, a raciocinar. Piénsese en las funciones del maestro, en la Primera Escuela, y se verá que sigue virtualmente enseñando a aprender en las otras edades. El buen éxito de todas las carreras depende, casi siempre, de los primeros pasos que se dan en ellas. Estos pasos se enseñan a dar en la Primera Escuela; allí empieza la vida de las relaciones con las cosas y con las personas; luego, la Primera Escuela es la escuela por antonomasia: las demás son aplicaciones de sus principios, para hacerlos trascendentales.*

---

80 Alusión a uno de los métodos del protestantismo, al que tal vez perteneció Lancaster.

81 SIMÓN RODRÍGUEZ: *Consejos de amigo* ... pág. 24.

82 Willen van der Eyken, en su último libro *Los años preescolares* (Monte Avila, Caracas, 1974), expresa: «Las investigaciones muestran claramente que los primeros cuatro o cinco años de la vida de un niño son el período de más rápido crecimiento en características físicas y mentales y de mayor susceptibilidad a las influencias ambientales» (pág. 192). Propicia la creación de «nursery schools», para niños mayores de dos años y menores de cinco: «su asistencia a estos establecimientos es necesaria para un desarrollo saludable tanto físico como mental».

Esta valoración se ha ensanchado ahora aún hacia atrás: hacia la Preparatoria, anterior a la Primera o Primaria.[82]

Estas fundamentaciones no pudieron asumir vigencia, entonces.

****

A los dos meses de haber residido en la Quinta de La Magdalena -muy cerca de Lima-, partieron en abril el Libertador, su Maestro, el Secretario y el Estado Mayor, rumbo al sur del país: visitarán esa zona y además la parte altoperuana. Rodríguez deberá ocuparse en una inspección directa y minuciosa de la realidad educativa de esos sectores, pues habrá de regirla y modificarla muy pronto. En la conciencia del educador hay la motivación permanente de muchos planes; empieza a vigilar directamente el futuro y procede con optimismo; para él -y para quienquiera, creador- el pesimismo que podían producir los bajísimos niveles de la educación pública, o su carencia absoluta, en esos lugares, significa reacción falsa; en los pesimistas no hay porvenir. El punto de fundamentación del maestro hállase en la concepción griega de inteligencia: la interrogación, su viaje significará una serie de preguntas, a las que tendrá que responder con sentido de fecundidad. ¿Quién más optimista que Rodríguez, en la historia americana de su tiempo? Lo fue aún más que Bolívar. No cae en graves depresiones; su palabra en presencia de los reveses, es esta: "¡continúo!".

A la ciudad de Arequipa retornará Simón Rodríguez tres años más tarde, cuando su vida comience a penetrar en otros rumbos. En esta primera visita se abrió a la amistad de muchos, en quienes se apoyará, al regreso, para sus primeras publicaciones. Arequipa dióle al maestro una acogida de comprensión y generosidad, que la historia ha señalado con especial marca. Y es que las ciudades, como los hombres, en tal o cual momento pueden carecer o no de honor; son una conciencia colectiva que actúa en uno u otro sentido como ser único.

En el Cuzco, esa sede de dos culturas, la inca y la hispana amestizada, firmó el Libertador los primeros decretos revolucionarios sobre educación, bajo la influencia de Rodríguez, que era quien iba a responsabilizarse de todas las transformaciones, de todos los golpes profundos.

Ordénase la fundación de un Colegio que se denominará "Educación del Cuzco" para niñas "de cualquier clase, tanto de la ciudad como del departamento". Se manda abrir otro de estudios de Ciencias y Arte, con

el nombre de "Colegio Cuzco", aprovechando "la casa de los extinguidos jesuitas, incluso la iglesia"; ahí quedarán, fusionados en uno, los antiguos establecimientos de San Bernardo y del Sol.

Y los bienes de eclesiásticos empiezan a utilizarse para el servicio social. El dinero para las fundaciones, según lo ordenan los decretos, provendrá de los fondos de los religiosos Betlemitas, en su totalidad; a los frailes se les ordena trasladarse a su convento central en Lima. Han de sumarse a esas rentas cuantiosas, las que tenían los colegios fusionados, más la Caja de Censos y Temporalidades (frutos que percibían los eclesiásticos de cargos con renta).

Estas disposiciones sobre los bienes de eclesiásticos y la movilización de conventos serán elemento que, meses más tarde, cuando sean repetidas por el Libertador en Bolivia, se volverán contra Simón Rodríguez, a quien se le acusará de hereje, ateo, impiadoso y francmasón, para destruirlo. El maestro va tomándole el pulso al problema, desde entonces, pero su vigor laico no se amengua.

Al continuar la olímpica gira en que van -han pasado por los pueblos de Tinta y Lampa- , y al llegar a Puno, escríbele el maestro al coronel Diego Ibarra, para pedirle que le traiga los libros y efectos personales que dejó encargados en Bogotá al doctor Miguel Peña. En ese pliego se graban tanto la energía siempre segura, siempre en su centro, como la riqueza sardónica del educador: "Haga usted encajonar todo, sin ahorrar gastos; haga usted cerrar, clavar, forrar, sellar, ligar, hembrear etc., y con todo, pagar cinco misas al padre Margallo para el buen éxito".

En la ruta hacia La Paz, el Libertador escucha el saludo de Choquehuanca, que el maestro caraqueño debió de aplaudir con fervor alborozado:

> *Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina.*

El abogado peruano, mestizo, culto, aplicóle a Bolívar con acierto el verso de Virgilio: "Majoresque cadunt altis de montibus umbrae".

A orillas del lago Titicaca, en Zepita, esperóle Sucre a Bolívar y sus acompañantes; juntos atravesaron el Desaguadero y el 18 de agosto hallábanse ya en La Paz. Esta ciudad no constituía entonces ni punto focal, ni centro de significación; todos los mecanismos políticos, religiosos, administrativos y culturales de importancia hallábanse en la antigua

Chuquisaca.

Para el educador quizás lo de interés preponderante fue observar, analizar, querer comprender a Sucre, con quien habrá de operar en Bolivia -ya se hablaba de que el cumanés iba a ser el Presidente de la Nueva República-; actitud parecida hubo sin duda de parte del Gran Mariscal respecto del maestro.

Sólo dos días se quedan en Oruro -población que tomará significado especial para Rodríguez más tarde: un significado triste-, y arriban a Potosí. Se ha clausurado la Asamblea de Chuquisaca; Sucre será el Presidente de la República, en ausencia de Bolívar. Hay suma de festejos, homenajes y agasajos. Bolívar y Sucre, además de libertadores, eran Jefes de Estado. Y para ellos, y otros muchos, muchísimos, los asambleístas habían firmado esta disposición legal de alta nobleza: "Todo hombre que hubiese combatido por la libertad en Junín o Ayacucho se reputará natural y ciudadano de la República de Bolívar".[83]

En Potosí, ciudad y montaña alta, pueblo y cerro de viejo conocimiento en América y España por su producción de plata, se han cruzado las líneas a largo trazo de la historia y van a fijar culminaciones. Llega a la ciudad una delegación oficial enviada por el Gobierno del Río de la Plata e integrada por el general Carlos Alvear y el doctor José Miguel Díaz Vélez. Son recibidos con grandes deferencias. Vienen a pedir a Bolívar que emplee sus ejércitos libertadores, hoy en reposo, contra el imperio del Brasil, que ha invadido la Provincia rioplatense del Uruguay.

Interrumpiendo las conversaciones, la mañana del 26 de octubre ascienden a la cumbre del montículo Potosí el Libertador, el Gran Mariscal Sucre, Simón Rodríguez, el general Miller, el Estado Mayor de Bolívar, los dos emisarios argentinos y varios invitados. Es un cortejo que alcanzará epopéyica culminación. En la cima se realizará un acto romántico, propio del poeta que es Bolívar, quien necesita aquella escena espectacular para la plenitud simbólica de lo que ha sido su vida: ascender, buscar cumbres, subir sin cesar hasta que las cimas queden holladas. Potosí, es la historia de la independencia americana, significa la apoteosis, sobre una giba andina de entraña de plata, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

El Juramento en el Monte Sacro de Roma ha quedado cumplido; la atestiguación es en otro monte, el Potosí, donde ahora están juntos de nuevo

[83] ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ. *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Edime, Madrid, 1973. Cuarta edición, pág. 151.

los dos que juraron: Simón Bolívar y Simón Rodríguez. Para empeñar una palabra de honor ante la historia y para mostrar luego, a distancia de veinte años, que se ha llegado al brillante término de lo prometido, se requiere grandeza de espíritu tan abismal como invencible. ¡Maestro y discípulo se abrazaron ese momento con intensidad de siglos! Iban los dos ahora a comenzar la segunda parte de la titánica hazaña; abríase la región secreta de la nueva manera de lucha, ya sin armas, más fluyente, por lo mismo, en esencias amargas.

Dos meses íntegros dedicarán los visitantes a la ciudad de Chuquisaca -ahora denominada Sucre-, a fin de plasmar en esa capital las creaciones de mayor entidad. A los huéspedes se les demuestra la admiración, la gratitud y el fervor, en festejos y pleitesías: es la capacidad de exultación de los pueblos, más de textura exterior que de profundidades. Los dos Presidentes, con Rodríguez, O'Leary -que más tarde irá en misión especial a Bogotá y Caracas- y otros, operan con suma actividad.

En medio de muchos proyectos, que empiezan a plasmarse, el Libertador se ocupa, muy preferentemente, de la educación. Rodríguez ha preparado ya el Plan correspondiente, que es sometido al estudio de la Diputación Permanente boliviana. Bolívar, antes de nombrarle a su maestro Director de la Enseñanza en todo el país, exige de los Diputados una apreciación clara, pues Rodríguez habrá de aplicar lo que se adopte, y lo hará en forma integral, provisto de poderes especiales, a partir del momento en que Bolívar retorne a Lima. Simón Rodríguez es designado "Director de Enseñanza Pública, de Ciencias Físicas, Matemáticas y Artes; y Director General de Minas, Agricultura y Caminos Públicos de la República Boliviana, con la dotación de seis mil pesos anuales pagaderos de los fondos públicos".[84]

Era un otorgamiento de vastísimos poderes que, de no haber un entendimiento completo posterior entre el Presidente Sucre y este Director de tanto y tanto, y de no hacerse una coordinación completa en las decisiones, habría de llevar -lo llevó, por desgracia- a un enfrentamiento primero, y luego al desplazamiento del menos fuerte en la mecánica administrativa: Rodríguez.

Más amplio, más general y mejor poblado de renuevos y hallazgos, es el Plan Educativo preparado por Rodríguez para Bolivia, si se lo compara

[84] Chuquisaca, 12 de noviembre de 1825. (Archivo de la Casa Natal del Libertador, Sección Juan Francisco Martín, T. XLI, Caracas).

con el que puso en ejecución en Bogotá. Había habido perfeccionamiento, por lo mismo crecimiento. Se mantiene, desde luego, lo sustancial: la obligatoria simultaneidad de instrucción y de aprendizaje de oficios. Para una más hacedera ejecución del mismo, el Libertador ha señalado, en Decreto especial, las facultades propias del Director; se le da, así, un respaldo jurídico a un funcionario cuya labor habrá de respetar el Poder Ejecutivo. El primer Considerando estampa esta afirmación, que tiene raíz en Rodríguez -lo dice y repite el maestro en casi todos sus trabajos-: "El primer deber del Gobierno es dar educación al pueblo", de preferencia a otras actividades político administrativas.[85]

Se busca emprender en grande; utilizar los cuantiosos bienes de eclesiásticos, volviéndolos productivos para la comunidad social. Y toda la resistencia, que provendrá de estas expropiaciones, será fardo ingente echado sobre los hombros de Rodríguez. Ese cuerpo -y ese espíritu- soportarán la hostilidad de los afectados, que continúan con inmenso poder sobre las masas. Los actos oficiales de "despojo" caerán sobre una víctima propiciatoria, que será Rodríguez. ¿Acaso no se va siempre, por norma, en busca de culpables? A mayor abundamiento, hay que considerar que los métodos educativos del Plan nuevo contrarían cuanto venía ejecutando la colonia. El adoctrinamiento católico, obligatorio antes y de carácter preeminente, ha quedado suprimido en la práctica en los establecimientos oficiales. Se ha eliminado el asunto de las diferencias de clases, pues se instruirá a todos, sin distingos ni requisitos. Al introducir los oficios manuales, se les ha dado a estos el mismo nivel de la instrucción intelectual. De la formación que en suma era confesional, se ha pasado a una de carácter práctico, apta para la solución adecuada de las necesidades ordinarias de la existencia en cada quien. Una mutación así, de tan enérgico y amplio viraje, mucho hubo de sorprender y de doler.

Con el abrirse de 1826, empiezan los adioses en Chuquisaca. El 2 de enero se alejaron hacia Buenos Aires los diplomáticos rioplatenses que, a pesar de su insistencia, no consiguieron que el Libertador entrase en nuevos conflictos bélicos. Y el día 7 se despidieron Rodríguez y Bolívar. ¿Intuyó alguno de los dos que no volverían a encontrarse nunca? Esta vez la capacidad de lectura en el futuro no operó en ninguno de ellos. La vida ata y también

[85] En desarrollo de esta frase, escribió J. L. Salcedo Bastardo una obra fundamental, titulada *El Primer Deber* (1973, Caracas).

desata; une y parte, junta y separa: en esto es cruel. Y lo es con todos, aún con aquellos que momentánea o circunstancialmente pueden considerarse dichosos. "Todos los paraísos llegan a convertirse en paraísos perdidos". Este adiós entre maestro y discípulo fue atenuado por la esperanza de que volvería el Libertador para la instalación del Congreso boliviano que había convocado; como esperanza que era, se diluyó. También las esperanzas mueren. Mucho sucedió en Chuquisaca, en los meses subsiguientes; hubo de tolva; hubo de tolvanera, de actos generosos, vacíos, creaciones, capas de arena asfixiantes. El destino de los hombres trabaja así. A los seis meses de la partida del Libertador, ya Rodríguez muéstrase arrepentido de haberse quedado. En tan corto lapso se le ha desplomado su castillo de papel; ha fracasado. No le agobió el hecho, sino las circunstancias.

Pronto, demasiado pronto, se produjo el choque previsible entre el Presidente de Bolivia y el educador. Y fue, en algún momento, en términos de altisonancia. El pueblo de Chuquisaca le calificaba a Sucre de "hombre de carácter vidrioso"; al maestro, muchos le apodaban: "el loco". "¡El loco Rodríguez!", se oía por las calles. El pueblo y los otros estratos sociales confundían en Rodríguez la originalidad y la locura, los tornaban sinónimos. Fijadas en garra estas estructuras al nivel del suelo mismo, no toleran a los grandes talentos, porque desde tierra no alcanzan a ver a qué altura vuelan. Oféndeles el desacato, la disociación, el cisma.

Los que pensaban que Rodríguez había sido el maestro de Bolívar, respetábanle, admirándolo; quienes veían en él únicamente al hombre de apariencia física diferente de aquella que mostraban los antiguos "nobles", subestimábanlo. Por esto y otras razones o circunstancias, su vida volvióse, en pocos meses, de creciente intensidad dramática. El se entrega a obrar y obrar, con acelerada y potente dinamia: construye, emprende, logra abrir una Escuela Modelo, perfora su cantera y se multiplica por la pasión de crear. Sin fuego, no hay creación. Cierra el pasado, las tumbas; enciende nacimientos. Se le ve eufórico; es un remador en alta mar. Pero inútil todo, no sólo no le comprenden o hacen de miopes y lerdos, sino que le combaten escondiéndose, hipócritamente. El Prefecto de la ciudad, aprovechándose de la ausencia del maestro, que se halla en Cochabamba fundando nuevas escuelas, es decir, dando despliegue y raíz a su obra, cierra autoritariamente la Escuela Modelo de Chuquisaca. Le hieren por la espalda, haciéndole víctima a él por haber destinado el Libertador a la educación las rentas de los religiosos y condenándolo, sin darle ocasión a la defensa,

y por romper en mucho con las costumbres educativas coloniales. Nadie quiere ver, examinar, estudiar, para un juzgamiento limpio, sereno; todos critican y condenan, adulterando y falseando. Al encontrar Rodríguez clausurada su Escuela Modelo y desarticulado el plan en desenvolvimiento, se indigna; presenta la dimisión y pide el pasaporte. A los treinta años, el maestro repite la actitud erguida que tuvo en Caracas, cuando el Cabildo no le aceptó su proyecto de reformas a la educación. Allá renunció; aquí, ahora, renuncia. Sabe hacerse valer. En toda renuncia voluntaria hay, por otra parte, un acto de fortaleza.

Rodríguez se presentó en Bolivia con ideas que, ante un "único alfabeto común" y una "única gramática de pensamiento", parecieron en extremo audaces; tanto, que no serán admitidas, muchas de ellas, sino cien años más tarde; se anticipó demasiado, revolvió en extremo; y todo gran innovador se convierte en víctima: sus coetáneos lo acosan y martirizan, cuando no lo estrangulan.

Todo luchador comprende, mejor que los otros, la situación en que se ve; los demás, son solamente peleadores, si es que pelean. En Rodríguez hubo un varón de agudísimo sentido de lucha; por lo mismo, entendió lo que pasaba, y lo dijo con valeroso desplante, que parecía voz de siglos: "Hay ideas que no son del tiempo presente, aunque sean modernas; ni de moda, aunque sean nuevas. Por querer enseñar más de lo que todos saben, pocos me han entendido, muchos me han despreciado y algunos se han tomado el trabajo de ofenderme".

Bolívar es informado, de tiempo en tiempo, de cuanto acaece en Chuquisaca en relación con Rodríguez[86]. Lo hace Sucre parsimoniosamente; se queja de que en seis meses ha invertido el maestro más de tres mil pesos en raciones alimenticias, carpinteros, profesores auxiliares y empleados: "A no ser que don Simón es tan honrado y que no tiene un peso, padecería su reputación; casi todos lo tienen por hombre de bien a toda prueba; pero sí sin orden ni método para sus establecimientos"[87]. En eso va el problema: en que parece que no hay disciplina, la disciplina en que Sucre fue siempre tan exigente y enérgico, y de la que dio ejemplo a todos. Pero, ¿puede ser

[86] Estos informes de Sucre no llegaron tal vez nunca a manos del Libertador, que ya había partido hacia la Nueva Granada y Venezuela.

[87] Carta desde Chuquisaca, el 4 de Septiembre de 1826. Como el Libertador dejó el Perú un día antes, el 3, esta carta debió de recibirla en Bogotá, si es que se la enviaron.

metódico algo que nace; puede eso ser sometido a planeamientos exactos, nítidamente regulados? No se estaba continuando, manteniendo un status, sino forjando una novedad integral. Por lo que hace a gastos, no parecen exagerados esos tres mil pesos en seis meses, si el Decreto de Bolívar le asignó al Director precisamente esa suma: quinientos pesos por mes (seis mil por año), que Rodríguez los gastó íntegros en aquello que plasmaba, sin retener nada para sí, a pesar de que ese era justamente su sueldo. Ninguno de los dos cedió, en el lapso de discusiones y cruzamiento de palabras: Sucre exigió mucho; Rodríguez no pudo abarcarlo todo porque no era hombre para esa laya de actividades complejas, él era un educador, un pensador, un ideólogo, nunca un administrador u organizador estatal.

Lo que Sucre calificaba de capricho, Rodríguez lo tomaba por firmeza. Las acciones y las actitudes, cuando se sitúan en puntos extremos, cierran toda posible solución. Los puntos extremos no son el Sí y el No, sino la interpretación de un mismo hecho en dos sentidos contrapuestos: la insolubilidad proviene no del actuar sino del entender. La herida corrosiva y de hueco profundo en el maestro muéstrase en estas palabras suyas, en una carta a Bolívar desde Oruro el 30 de septiembre de 1827:

> *Porque soy incapaz de perdonar una injuria, no quiero saber que me han ofendido; es cuanta generosidad puede esperar de mi una amante o un amigo.*

Cuando habla de Sucre, varias veces, en su obra *El Libertador del Mediodía de América*, publicada cuatro años más tarde en Arequipa, le trata al Mariscal siempre con dignidad, con altura y hasta con elogio; prefiere no saber que le ha ofendido, porque en algún momento lo consideró amigo. Pero en el instante mismo de la ruptura y deslinde, Sucre tuvo en Rodríguez su Fiscal. Porque no hay ser que de la presencia de tal Fiscal pueda evadirse, si la vida es presencia de fuerzas que, aprueban o condenan. Lamentablemente Sucre, presionado por sectores políticos, sociales y religiosos, no avizoró los reales alcances, ni la dimensión revolucionaria del Rodríguez educador.

****

Tal vez no se hubiera conocido nunca el Plan Educativo que preparó para Bolivia Simón Rodríguez, si el propio autor no lo hubiese publicado como Nota final de su obra "El Libertador del Mediodía de América", aparecido en Arequipa en 1830. Interesa sin duda el Plan en sí; pero mucho más importa advertir que en ese texto, subtitulado "Sobre el Proyecto de Educación Popular" hállase la médula esencial del pensamiento del

maestro, hasta ese año. Más tarde, según vayan apareciendo sus varios libros, esas ideas crecerán, ensanchándose y modificándose, insertadas al fin en la política y en los destinos de América. Se desarrollará una espiral de vigoroso desenvolvimiento que llegará a tomar en su impulso el continente latinoamericano entero, con las doctrinas que asiente, aunque no con los hechos, que tardarán mucho en plasmarse. Continúa Rodríguez, sistemáticamente, pensando en la fusión de instrucción y manualidades; es su gran hallazgo, dado a conocer primitivamente en Bogotá. Pero añade el factor nuevo del niño pobre de uno y otro sexos. En toda nación latinoamericana los pobres son los más, y a ese sector inmenso quiere otorgarle decidida preferencia. La colonia educó a los hijos de aristócratas y de adinerados, principalmente y, en algunos casos, de manera exclusiva.

Y junto con eso, algo más, muy importante, muy nuevo, estrictamente creativo:

> *Se daba ocupación a los padres de los niños, si tenían fuerzas para trabajar; y si eran inválidos se les socorría por cuenta de sus hijos que, al salir del aprendizaje, reconocían su deuda al fondo y pagaban cinco por ciento hasta amortizarlo. Tanto los alumnos como sus padres gozaban de libertad; el día lo pasaban ocupados y por la noche se retiraban a sus casas, excepto los que querían quedarse.*

¿El objetivo sustancial? "La intención no era, como se pensó, llenar el país de artesanos rivales o miserables, sino hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento; era colonizar el país con sus propios hijos".[88]

Esta era su Escuela Social; una Escuela socio-económica. El niño desposeído, mediante adecuada preparación en conocimientos, oficio y moral -tres potencias fundamentales- llega, con sus padres, a propietario de tierras y colonizan lo suyo, lo de su propio país. Superabundan los terrenos baldíos en las repúblicas latinoamericanas, tan poco pobladas entonces y hasta ahora. ¿Utópico el proyecto? Al contrario, muy realizable, pero mediante una vasta y celular organización que no podía depender de un solo hombre, de Rodríguez; requeríanse muchos elementos auxiliares, dinero suficiente y una eficacísima cooperación del Estado. Nadie captó en profundo y en esencia ni el fondo ni la forma de este soberbio proyecto de transformación; no lo comprendieron. A su creador le calificaron

[88] El Proyecto de Ley de Colonización lo publicó Rodríguez al final de su libro *Sociedades Americanas en 1828.*

torpemente de loco.

Le subestimaron, despreciaron y hasta odiaron con refinada malevolencia. De ese ánimo pérfido debieron de proceder los malos chistes que circularon por ese tiempo -y después- acerca de su persona y actos. Que tuvo hijos, a los cuales puso nombres de hortalizas: Lechuga, Zanahoria, Rábano. Que enseñaba anatomía desnudándose.

¿Qué hizo el Libertador para solucionar la mala situación de Rodríguez? La primera queja del maestro fue del 15 de julio de ese año; Bolívar abandonó el Perú el día 3 de septiembre. O sea que hubo más de un mes entero de por medio, en que el Libertador pudo opinar, tomar alguna determinación, ocuparse en suma de la crisis que había surgido en Chuquisaca. Revisadas las comunicaciones de Bolívar a Sucre, una a una, desde el comienzo de ese año 26 en que el Libertador se dirigió al Mariscal desde Oruro el 22 de enero, de paso para Lima, hasta el 15 de agosto de 1827, en que Bolívar está ya de regreso de su visita a Caracas y le escribió a Sucre desde Mompox, no hay la más mínima referencia a Rodríguez[89]. Surgen entonces las preguntas: ¿recibió el Libertador las cartas en que Sucre le trataba el problema?; ¿llegó a sus manos la carta de Rodríguez?; si quedó informado de la cuestión de alguna manera -no por el general Salom, a quien háblale por escrito Rodríguez cuando ya Bolívar había partido a Guayaquil- ¿por qué calló y no asumió decisiones en auxilio de su maestro?; ¿por qué no preguntó alguna vez por el hombre a quien había confiado la Dirección de la Educación de la sociedad boliviana?

Queda en pie un solo hecho: culpable o no Bolívar de haberse olvidado de su maestro por falta de información[90], por haber sido sustraída la correspondencia o por las graves presiones políticas del momento que le impidieron ocuparse en cuestiones menos amplias; culpable o no Sucre de desacierto, falta de tino y ausencia de visión, Rodríguez cae de pronto en soledad total, abandono de todos; es un náufrago y casi un desaparecido.

Ocho días antes de embarcarse, el Libertador envió a Bolivia con su edecán Fergusson el texto de la Constitución que había redactado. Tanto Bolivia como el Perú la adoptaron, sin objeciones y con celeridad. En ese

89 Pueden consultarse las Obras Completas de Bolívar, Editorial Lex, La Habana, 1950. Vol. II, de la pág. 296 a la 667.

90 Las cartas de Sucre a Bolívar sobre Rodríguez no pudieron llegar a tiempo a Lima: son de agosto y septiembre.

documento hay un capítulo, el IV, que crea la Cámara de los Censores, a la que corresponde específicamente, entre otras obligaciones y atribuciones, dictar:

> *Todas las leyes de imprenta, economía, plan de estudios y método de enseñanza pública; y proponer reglamentos para el fomento de las artes y las ciencias [Artículo 59].*

Era una anticipación a una indispensable política nacional de cultura. Se advierte ahí una acción fecundadora directa de Simón Rodríguez; tanto más evidente cuanto que el borrador se terminó de redactar en Chuquisaca, en aquellos finales de 1825. El consultado fue el maestro, el único humanista de entidad capaz de captar y justipreciar las ideas creadoras de su discípulo. En el texto constitucional se le enaltece a la educación hasta el término más encumbrado: no se la lleva a un simple Ministerio, sino que se la encomienda a una Cámara, es decir, a una entidad de carácter legislativo, cuyas disposiciones habrá de acatar y cumplir el gobierno.

Hacia fines de 1826, con los doscientos pesos que le prestó un abogado, deja el maestro a Chuquisaca, silente, casi enigmático. ¿Qué hará allí el gran desterrado? ¡Nunca en su vida sufrió derrota mayor! En el *Diario de un poeta* escribió Alfredo de Vigny: "El hombre fuerte crea los acontecimientos; el débil soporta lo que el destino le impone". ¡Rodríguez se supo fuerte siempre! Para cada día nuevo tuvo una nueva cabeza que quisiera y pudiera retar.

QUINTA PARTE

El Escritor

Cuando a Rodríguez la vida le quita una posibilidad, él descubre diez para reemplazar lo perdido. Lo mismo que su discípulo, él integra el escasísimo número de los indestructibles. No decae, no cede. Avanza, incluso sin Bolívar.

Al ver talados sus mejores árboles, piensa en sus ideas -tantas y tantas, sobre cien cuestiones- y decide publicarlas. Esta será su magna tarea: producirlas, tratar de lanzarlas en libros, folletos, prensa; en ese guerrear se empeñará durante todo el cuarto de siglo que le queda de vida. Podrá decir con Gorgias: crear es mi deleite! Empieza a extinguirse en él, aunque no del todo, pues lo será hasta el fin, el educador que hace docencia directa, con o sin fundaciones. Abrirá nuevas escuelas, en uno u otro punto, o dará clases: lo necesita para subsistir. A cambio de este semiabandono o autodespojo de una trayectoria que consideró fundamental el maestro, emerge el escritor, el escritor hercúleo, el de las más recias originalidades en fondo y forma vueltas unidad estructural única, en la América de su tiempo. De prosperar los empeños en Chuquisaca, tal vez se hubiese perdido, al menos en parte, el cúmulo de trabajos que irá desprendiendo en esta última parte de su existencia. Se produjo, así, por obra de factores no controlables, una inmensa ganancia para la historia de un hombre.

Rodríguez comenzó sus anotaciones primeras, para lo que escribiría después, durante su correría larga por el Viejo Mundo. "Mis borradores sobre la Instrucción Pública tuvieron principio a fines del siglo pasado, en Europa, donde viví enseñando por espacio de muchos años", expresa en la presentación de su libro *Luces y Virtudes Sociales*. Lo que redacta ahora comenzó a escribirlo en Chuquisaca, en los cuatro meses posteriores a la renuncia que hizo de Director de Educación; va a continuar el empeño durante su estadía en Oruro. El silencio de Bolívar, el distanciamiento con Sucre, ninguna esperanza de reemprender en gigantes empresas educativas,

la hostilidad reticente y activa de muchas gentes y luego el éxodo por autodestierro, fueron trocándose poco a poco en páginas magníficas. Como si del laberinto fuese saliendo un hombre renovado; como si el dolor volviera a ser vencido por la acción.

Concretamente, prepara dos obras: *Sociedades Americanas en 1828* y una defensa de Bolívar que titulará: *El Libertador del Mediodía (del Sur) de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social.* De este segundo trabajo dirá, en la nota de presentación: "Esta defensa se escribió en Bolivia, durante el año 28".

Oruro, en consecuencia, es ciudad para escribir, se quedará allí desde fines de 1826 hasta la segunda mitad de 1828. Lapso largo, de meses alargados, de creación y padecimientos; de desafiantes decisiones y de miseria que llega al hambre. Cuando ya han pasado los primeros diez meses, no puede el maestro callar más y se dirige a Bolívar -a un Bolívar de quien no sabe ni dónde se encuentra- en una carta larga, que se quedará en medio camino, olvidada, sin que caiga nunca bajo los ojos del destinatario.

Este varón inmenso, que no se deja despellejar ni desollar por las adversidades, que camina errante pero creando, interpretando su destino, en una acción de antigua y persistente sabiduría, recibe de pronto una llamada rescatadora:

> *En medio de estos conflictos -dícele a Bolívar- recibo carta del coronel Althaus llamándome a Arequipa y ofreciéndome el empleo que quiera en servicio de la República. Ya antes me había llamado Gamarra al Cuzco, y para el viaje me había enviado 500 pesos; a ambos he respondido que no quiero servir a ningún gobierno, y que aunque desearía pasar al Perú para ocuparme en algún ramo de industria y subsistir mientras pueda irme a Colombia, no me atrevo a entrar en un país donde estoy seguro de tener disgustos y de acarrearme probablemente extorsiones, si no me incorporo en el gremio de los enemigos de usted [Bolívar]. Yo llevo por sistema el nunca desmentir mi carácter: cualesquiera que sean las circunstancias en que me halle, he de obrar según mis principios: evitaré el comprometerme y sobre todo el sacrificarme inútilmente; pero hacer yo o decir algo contra mis sentimientos por complacer, no lo haré nunca. Tal vez por salvar mi persona me contradiría; no quiero exponerme a tal deshonra".*

Habla el hombre auténtico, sobre la línea exacta de su rectitud, de su nobleza. Ni se engaña, ni se vende. Para él, la amistad es un honor, es lealtad.

Sigue la carta, al Libertador:

> *Me han propuesto llevarme a Méjico. ¿Qué voy a hacer en América sin*

usted? Mi viaje desde Londres fue por ver a usted y por ayudarlo, si podía; mis últimos años los quiero emplear en servir la causa de la libertad; para esto tengo escrito ya mucho; pero ha de ser con el apoyo de usted; si no, me volveré a Europa, donde sé vivir y donde nada temo.

Abandona a Oruro, a Bolivia, y viaja a Arequipa, a pesar de que sospecha disgustos y hasta extorsiones allá. Probablemente ya está casado con la boliviana Manuela Gómez. Esto nos lleva a dudar sobre la fecha exacta de la muerte de su esposa de Caracas.[91]

En la población de Azángaro, en la ruta de Oruro a Arequipa, Rodríguez hace alto; necesita ganar algún dinero para proseguir; quizás se quedó por varios meses. Allí fue visitado por un viajero francés, Paul Marcoy, quien dejó en su obra *La Tierra y sus habitantes* (T. II, pág. 391) un relato revelador sobre el encuentro. ¡Qué inmenso estoicismo de vida, y cuánta pobreza! ¡Qué adensamiento, a la vez, de la íntima sustancia interior! En esa tienda de venta de velas debió seguir preparando Rodríguez las páginas que luego publicará en Arequipa.

****

Simón Rodríguez nace para el mundo como escritor, en Arequipa, a donde llega cargado de sus cajones con manuscritos y libros. En treinta y cuatro años no había dado a conocer nada de sus escritos, desde que presentó al Ayuntamiento de Caracas en 1794 sus *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras*. Aquellas veinte páginas de juventud, medulares y rebeldes, sólo fueron seguidas más tarde por anotaciones aisladas en que detallaba sus planes educativos, en Bogotá y en Chuquisaca. Todo iba redactándose en silencio y con el placer de Proust de hacer de cada página y de cada frase un lugar privilegiado. Y bien pudo empezar el autor, como Maquiavelo *El Príncipe,* con una declaración diáfana:

Con mi libro podéis comprender en pocas horas lo que yo no he conocido

91 En una carta de Rodríguez a Bernardino Segundo Pradel, desde Trilaleubu, el 19 de agosto de 1836, se lee: "Empéñese usted con el señor Jarpa o con su coadjutor tenga ya una recomendación, que es tener mujer moza y un muchachito que poner a cuidar la puerta mientras yo esté en la torre del campanario". Más tarde escribirá: "Mi familia se compone de 2, una mujer y un niño". En la partida de defunción del maestro se establece que tuvo dos matrimonios; que la segunda esposa se llamaba Manuela Gómez, natural de Bolivia, y que dejaba un hijo: José Rodríguez. Manuela murió antes que su marido, y el hijo les sobrevivió a los dos. No dejó huella.

ni comprendido más que en muchos años y con suma fatiga [...] Y no he llenado esta obra de aquellas prolijas glosas con que se hace ostentación de ciencia, ni la he adornado con frases pomposas, hinchadas expresiones y todos los demás atractivos ajenos a la materia con que muchos autores tienen la costumbre de engalanar lo que tienen que decir.

El maestro caraqueño es un humanista y, además, es un enciclopedista de la corriente de Montesquieu, para quien la razón "es lo más perfecto, lo más noble y lo más exquisito de todos los sentidos"; no la musculatura imaginativa, no el torrente sentimental. Pertenece el maestro al siglo diecinueve, para el cual la razón significa algo más allá de mucho, más allá de todo. Su manera de escribir se aproxima no al hacer literario -hállase muy distante de esteticismos y alquimias-, sino al meditar filosófico. Opera, anticipándose a la fórmula nietzscheana, por sentencias, condensando al máximum, presentando contrastes, paradojas, contraponiendo tesis. Austero, original, profundo, medular, tiende permanentemente a crear y, por vivir amargura intensa, remoza sus textos con una ráfaga irónica. El origen de esta expresividad está en un fecundo tráfago vital intelectualizado, en muchas lecturas, inmensa meditación y poderoso vigor intuitivo. En su tiempo, es diferente a todos en América, porque él es también un hombre distinto de todos. La verdad de su palabra se presenta como la integridad de un hombre.

Muy modestamente, y en forma trunca, empiezan las publicaciones de Simón Rodríguez. De sólo veintiocho páginas se compone el primer folleto, editado en Arequipa en 1828; corresponde al Prólogo, únicamente el Prólogo de la obra *Sociedades Americanas en 1828*, que no aparecerá sino catorce años más tarde. Las palabras iniciales -Pródromo las llama el autor- ¿pueden dar alguna dimensión del escritor? De ordinario, únicamente anuncian el contenido del libro entero; hasta señalan su plan o su estructura.

En este Pródromo hállase ya en pleno la personalidad de Rodríguez: esas páginas denotan tanto al escritor como al pensador en exacta madurez. Al leerlo se piensa en un autor de muchísima experiencia anterior; ¡todo llega ya tan completo! Estampa, ante todo, su fe política, que viene a ser su presentación: "El autor es republicano, y tanto que no piensa en ninguna especie de rey ni de jefe que se le parezca". Habla de la República según la Revolución Francesa, con los tres poderes y el sistema representativo.

Estatuye, luego, este principio:

En la América del Sur las repúblicas están establecidas, pero no fundadas. Es deber de todo ciudadano instruido contribuir con sus luces a fundar el Estado, como con su persona y bienes a sostenerlo.

Se fijan luego unas cuantas precisiones que permitirán alcanzar el verdadero modo republicano, en lo personal y en lo social. Hay que partir de que los integrantes de una sociedad en resurrección como la procedente de una revolución, necesitan adquirir por lo menos costumbres de otra especie que las tradicionales, a fin de que puedan vivir bajo un gobierno diferente del que tuvieron sus padres, y no sólo costumbres, sino pensamiento y criterio distintos. Se requiere el hombre nuevo.

Superabundan en el texto las definiciones, los asertos estatuarios, las paradojas; a tal punto que es difícil encontrar un autor de tantas ideas, iniciativas y originalidades.

En este Pródromo, el maestro preconiza unos cuantos cambios en la ortografía castellana. Fueron el pensamiento y hasta la acción de numerosos escritores americanos del diecinueve: Bello, García del Río, Montalvo, por ejemplo. La Academia española de la Lengua se mostró inflexible, y ninguna alteración fue admitida ni entonces ni después. Rodríguez explica: "Tan exótica debe parecer esta obra, como extraña la ortografía en que va escrita". Sitúa primordialmente esta sentencia: "La Lengua y el Gobierno de los españoles están en el mismo estado: necesitando reforma".

Las innovaciones sobre ortografía, propuestas y practicadas por Andrés Bello, fueron divulgadas en Londres en 1823 en un artículo titulado "Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América", que se publicó en la *Biblioteca Americana* -revista editada en la capital británica por Bello-; lo firmaban el venezolano y el colombiano Juan García del Río. En suma, pedían algo mucho más amplio que lo establecido por Rodríguez, quien ya se hallaba en América cuando apareció el trabajo Bello-García.

Rodríguez se atuvo a lo suyo y, con prescindencia de Academias, escribió sus trabajos según su personal ortografía. Y las *Obras Completas* de Andrés Bello, que se editaron en Chile después de su muerte, respetaron la "nueva ortografía" del humanista y poeta venezolano.

El "Pródromo" anuncia y da detalles del libro *Sociedades Americanas en 1828*, para el cual fue escrito. "Pródromo es un escrito precursor que

anuncia el principal, y en calidad de tal debe presentar el cuadro completo de la idea", aclara Rodríguez. Pero estas páginas de punto de partida, poseen en sí suficiente consistencia como para que sean consideradas producción libre, autónoma. Tal vez por esto, cuando se dio a publicidad en Lima, catorce años después, la primera parte de la obra *Sociedades Americanas en 1828* -proyectada para varios tomos-, no se incluyó el Pródromo; se lo dejó aislado, consintiendo así su autor en que se le tomase en lo sucesivo en calidad de trabajo independizado. En este ser de pieza entera, y no de mero preludio, cabe valorarla, así sea someramente.[92]

Empieza a hacerse conocer Simón Rodríguez, desde esta primera publicación suya, constituido ya en escritor, como ciudadano preocupado con la política, los problemas de América, las libertades. En cierta manera el pensamiento educador ha dejado un poco en segundos términos al hacer docente, para entenderse con cuestiones mucho más amplias. No se salva, sin embargo, de su yo tradicional: diga cuanto diga y enseñe lo que quiera dentro de esta otra temática, opera siempre y siempre el que expone, juzga, demuestra y prueba sus asertos; el que enrumba sistemáticamente y trata de fijar conceptos que considera definitivos. O sea que actúa quien no dejará jamás de ser maestro; el "magíster" de los romanos era aquel que había llegado a lo magno en una especialización o conjunto de conocimientos, y hablaba con esa autoridad especialmente a los discípulos; se desempeñaba "magistralmente" y a veces producía alguna obra "maestra". A los cincuenta y siete años de edad, en aquel 1828, tiene ya el signo entero de la plenitud; el lapso de aprendizaje personal ha quedado muy atrás. Esta la razón para que el conjunto de sus libros y folletos, y hasta de sus cartas conocidas -todas posteriores a su regreso de Europa- asuman una suerte de igualdad estilística y alcancen un punto fijo muy alto. La presencia de la madurez se trascendentaliza. Marcoy en Azángaro lo encontró de "robusta contextura"; esta misma es la expresión de toda su producción. Ni inseguridad, ni superficialidad.

América, el hombre americano, es su mira fija, inamovible. "La Revolución de América ha sido fecunda -escribe-, y puede gloriarse de la buena índole de sus hijos. Pero se ha obtenido, no la Independencia, sino un armisticio de la guerra que ha de decidirla. El estado de América no es

92 Este Pródromo fue la única producción en que Rodríguez no quiso emplear la nueva ortografía, que la destinó al resto de la obra. "Por la comparación -dice- verán los jóvenes, y los viejos, cuán poco tienen que alterar para pintar correctamente su lengua" (pág. 25).

el de la Independencia, sino el de una suspensión de armas". Algo falta, muchísimo falta. El Nuevo Mundo todavía muy hispánico no quiere expulsar de sí el pasado: "Vergüenza da el decir que en el siglo diecinueve los hombres que se creen más distantes de los errores antiguos, sean los que están más imbuidos de ellos". Acaba de experimentarlo el maestro, en su derrota de Bolivia. El panorama general, por lo mismo, es oscuro. Su palabra terminante, para finalizar el Pródromo, se presenta enfática: "En lugar de pensar en medos, persas, en egipcios, ¡pensemos en los indios!".

Este largo trazo de pensamiento republicano, en veintiocho páginas muy densas que retan con ideas y originalidad, también con un mañana convocado en ese ahora, fue un acto de presencia inicial magnífico del escritor-educador. Su palabra comenzó a penetrar, para el gran tatuaje de doctrina que se requería en la América de entonces y de después.

Arequipa fue ciudad benévola para el gran educador, forzado a operar lejos de la égida de Bolívar. Hace el poblado contraposición con Chuquisaca. Los arequipeños, al menos en parte, entendiéronle al maestro y le ayudaron, haciendo real alianza con él para que efectuase sus publicaciones. Inicialmente, el Pródromo, trabajo de pensamiento en profundidad y desconcertante para muchos por la novedad en el texto y en la forma de redacción, no fue entendido por la mayoría. Cinco años más tarde, dirá el autor: "El Pródromo anduvo por las tiendas, envolviendo especias... Ahora, en Lima, lo buscan; se aprecia hoy lo que se despreció ayer". Se lo comprendió después, cuando la marea hubo de cambiar. Y esta realidad, de avance lento, respecto de todos los escritos de Rodríguez, rigió por muy largo lapso: hoy, a más de cien años de su muerte, se advierte al fin su grandeza. Y su ciudad nativa, mirando la fortaleza, se enorgullece en él, dándole su nombre a una Universidad.

Casi enseguida -los enseguidas de entonces corresponden siempre a plazo alargado, propio de vida lenta- entra en prensa en Arequipa un libro de gran marca: la defensa de Bolívar, se titula: *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social.* Son 160 páginas, terminadas de imprimirse en enero de 1830.

A esta obra hay que calificarla de escrito noble, de escrito valiente. Es el maestro que respalda integralmente a su discípulo, ofendido y calumniado en el Perú. Rodríguez se empina hasta el desafío; los atacantes tienen inmenso poder destructivo: Bolívar, en ese momento, es ya calificado en el Perú de "enemigo número uno del país". Acaba de finalizar la guerra

colomboperuana; la había declarado el propio Libertador, en defensa de Bolivia invadida por tropas peruanas. La batalla de Tarqui (27 de febrero de 1829), dirigida por Sucre, terminó la con derrota del Perú, cuyas tropas comandó el general Agustín Gamarra, agresor de Bolivia y luego Presidente del Perú aquel 1830. Antes, habían aparecido libelos infamantes, destinados a destruir el nombre y el carisma de Bolívar. Rodríguez, al leerlos -no había salido de Bolivia todavía, irguióse rebelde y empezó a escribir, contra el marqués de Riva Agüero, contra Vidaurre, contra todos los atacantes y vilipendiadores. También en su ánimo había una conciencia de héroe.

Las divinidades infernales de la ingratitud, el rencor y el odio contra Bolívar se alzaron en el Perú muy pronto, a raíz de su partida en 1826. Se habla mal, quizás desde antes, de los militares colombianos; del Libertador por haber acosado a la nobleza de Lima, fustigándola en las personas de los marqueses de la Riva Agüero, Torre Tagle y Berindoaga (fusilado éste por traidor); se recuerda con inquina la constitución de Bolivia con dos provincias del Alto Perú. Recalcan intencionadamente sobre la entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil, que terminó con el retiro del juego político y de la actividad militar del general argentino; se le dan al Libertador los calificativos de tirano, ambicioso, hombre lleno de maniobras. Rodríguez toma su lanza, a lo Don Quijote, para afrontar la pelea, para situar a salvo a su discípulo y su obra. Construye por escrito una inmensa pirámide indestructible y vigila la edición del libro en la Imprenta Pública de Arequipa, al mismo tiempo da clases en una escuela primaria por él abierta y que atiende a una modestísima tienda de venta de velas. Este contraste entre un vivir muy en pobreza y un escribir páginas de altura ingente, dan la medida del hombre. Dos peldaños que denuncian la increíble síntesis espiritual y una antítesis material.

La Defensa de Bolívar viene concebida como un inmenso alegato jurídico, escrito en muy severa lógica. No se hace la apología del héroe, que habría sido tarea menor, adecuada al lenguaje romántico de la época, que no penetró en el espíritu de Rodríguez, ni en su estadía en Europa ni en la subsiguiente en América. Se presentan razones en superabundancia, pruebas, demostraciones que llevan a un categórico convencimiento. No hay ánimo de reverenciar, sino definiciones, análisis, atestiguaciones, hechos y principios. Parte el autor de este aserto: "La causa del general Bolívar es la causa de los pueblos americanos. No es Bolívar el defendido (en el libro), porque no lo necesita; se defiende la causa de los pueblos, justificando las

intenciones y la conducta de sus jefes". Se va entonces a mensurar la órbita que, generada en el hombre Bolívar, crece y se ensancha en la obra.

El "cuerpo del delito" queda determinado en tres puntos generales: "Atacan su carácter, llamándole tirano. Delatan su conducta: actos de arbitrariedad, violencia, venganza, despotismo, crueldad, injusticias. Denuncian sus intenciones: esclavizar a los pueblos y coronarse". Toma enseguida las acusaciones una a una, sin esquivar nada; y las refuta, las destroza, las pulveriza con pruebas y argumentos irrebatibles.

Esta Defensa de Bolívar, más el Pródromo, crearon el nombre de un gran escritor, para la historia y para lo vivencial humano, fijándolo en su enorme originalidad. Los libros y folletos posteriores, confirmarán ese valer preeminente. En Rodríguez, en ninguna de sus producciones hubo señal de decadencia; tomó la cima y se quedó en ella.

La historia otorga siempre excepcional honor a quien haya sido el primero en algo importante para el avance del hombre. Simón Rodríguez, en esta Defensa, fue el primero en hablar de la Independencia Económica que requería la América libertada por Bolívar: "La América española -lo dice en 1830- pedía dos revoluciones a un tiempo: la Pública (o Política) y la Económica. Las dificultades que presentaba la primera eran grandes: el general Bolívar las ha vencido, ha enseñado o excitado a otros a vencerlas. Las dificultades que oponen las preocupaciones a la segunda, son enormes; el general Bolívar emprende removerlas, y algunos sujetos, a nombre de los pueblos, le hacen resistencia en lugar de ayudarlo". Deja fijado que "la revolución económica" fue iniciada por el propio Libertador, quien, en efecto, determinó los cambios iniciales en ese rumbo, ya con las leyes agrarias, ya con las regulaciones sobre indígenas principalmente; aparte de que al menos las rentas de los cuantiosos bienes eclesiásticos en Bolivia y el Perú quedaron destinadas a la educación pública. ¡Al héroe magno faltáronle al menos treinta años más de vida!

Para complementar su aserto de poderosa captación futurista, el maestro escribió esta frase de consistencia capital: "¡La guerra de Independencia no ha tocado a su fin!". No ha tocado a su fin ni entonces, ni hoy.

En otro de sus trabajos -*El Extracto de la Educación Republicana*- Rodríguez insiste, posteriormente, en la Independencia Económica:

> *Si los americanos quieren que la Revolución Política, que el peso de las cosas ha hecho y que las circunstancias han protegido, les traiga verdaderos bienes,*

> *hagan una Revolución Económica, y empiecen por los campos: de ellos pasará a los talleres, y diariamente notarán mejoras que nunca conseguirán empezando por las ciudades. Venzan la repugnancia a asociarse para emprender y el temor de aconsejarse para proceder. Formen sociedades económicas que establezcan escuelas de agricultura y maestranzas en las capitales de provincia, y las extiendan, cuando convenga, a los lugares más poblados de cada una. ¡Más vale errar que dormir!*

Debe anotarse que el libro valentísimo y desafiante de Simón Rodríguez, para situar a salvo el prestigio y la personalidad de su discípulo, no produjo ninguna hostilidad oficial contra el autor. El gobierno de Gamarra, en aquel comienzo de 1830, sabía bien que el Libertador iba ya rumbo a las dos muertes, apresurada y fatalmente: la política, con la anunciada renuncia de la Presidencia de Colombia, y la física, por la tuberculosis.

A Rodríguez, hombre de amplia garra en la cultura humanística; al Rodríguez que acababa de publicar en Arequipa estas dos obras, se le llamó loco, con malévola frecuencia. No aparece en él, sin embargo, nada que pudiera justificar de algún modo ese calificativo en que le encasillaron, en su tiempo y aún después, los cuerdos, los del sentido común, los de corta vista incapacitados para diferenciaciones válidas. No hay locura alguna en vivir de manera diferente o en actuar de modo distinto del de la generalidad de las gentes. Hay en ello únicamente la expresión externa de un pensador original. Diógenes en la antigüedad y Ghandi en el siglo veinte no fueron locos. Rodríguez se burló del término:

> *La novedad de estas observaciones -las de su libro Luces y Virtudes Sociales-, como la originalidad de pretender que no debe haber populacho en las Repúblicas, hacen pasar al autor de este tratado por loco. Déjesele transmitir sus locuras a los padres que están por nacer; ellos las leerán y juzgarán lo que quieran, sin preguntar quién las escribió. Los padres actuales, que tengan ya su plan, instruyan a sus hijos en él, y escríbanlo para que no se les olvide ponerlo en práctica; hagan más: búrlense de los destinos del loco, para que sus descendientes los desprecien. Ellos harán lo que les parezca; para ellos, tal vez, será cuerdo el loco, o ni de locos ni de cuerdos harán caso y harán, como nosotros estamos haciendo, lo que les dé su muy sobrada gana. (Página 58).*

Este loco Rodríguez razona muy por encima de tantos y tantos cuerdos, discurre como pensador que perfora, asocia y disocia, empleando la lógica estricta de los filósofos y los científicos; su argumentar severo y aprovechador de cien recursos -hasta de los ejemplos, que de por sí son poca razón- se gobierna preferentemente por los cánones aristotélicos de

fijar premisa, penetrar y extraer la conclusión. Con frecuencia, sin embargo, avanza con deducciones en serie, según el método socrático -Bolívar le llamó "el Sócrates de Caracas"-; y las más de las veces, volterianamente y con especialísima delectación, decora sus exposiciones con sutilísimos puntazos o burlas no poco corrosivos. Este hacer, de entre serio y broma, aplicado a lo escrito y aún a lo vivido, desconcertaba a los ingenuos, a los serios y a los suspicaces; también a los malintencionados. Había que romper -el maestro lo hizo con abierto desenvolvimiento- las marcas, los recuadros y los cercos en que se encajonan y tapian gentes e ideas.

****

La inteligencia polifacética de Simón Rodríguez hízose presente en Arequipa con una publicación de carácter científico. Necesitaba no asfixiarse en pobrezas; los libros no otorgan dinero a los autores sino por excepción, y no siempre a los mejores o a los nuevos; en tiempos de escasa cultura para América, como los del primer tercio de la centuria pasada, el maestro no alcanzó tal vez nada de beneficio con sus publicaciones; no habían nacido aún ni la publicidad ni las relaciones públicas, ejercicios de intención y desmesura actualmente muy proclives al endiosamiento de mediocridades.

En ese trabajo científico, el educador caraqueño estudia larga y meticulosamente, en páginas que le han encomendado los organismos oficiales arequipeños, el proyecto de desviar las aguas de un río. Son sesenta páginas que se editan en la Imprenta del Gobierno, tituladas: *Observaciones sobre el terreno de Vincocaya con respecto a la empresa de desviar el curso natural de sus aguas y conducirlas por el río Zumbai al de Arequipa.*[93]

Las que llama observaciones son objeciones de carácter técnico a un proyecto presentado por dos empresarios. El gobierno quería la opinión de un experto como era Rodríguez. Se hacen análisis científicos que el autor llama, sucesivamente: *Observaciones Fisionómicas, Observaciones Fisiográficas, Observaciones Fisiológicas y Observaciones Económicas*. Calcula, discute, plantea problemas, señala peligros a fin de prevenir desaciertos; demuestra que conoce válidamente, científicamente, la geología, la física y el cálculo matemático complejo; y como está en desacuerdo con el documento que se le ha entregado para evaluarlo, presenta su propio plan de trabajos.

Con estas tres publicaciones, el maestro ha abierto ruta nueva en

[93] *Escritos de Simón Rodríguez* . . . , T. II, págs. 9 a 68.

su ir. Podría elaborarse ilusiones para el porvenir. El destino se opone, navegando contra corriente. Empiezan a golpear las grandes despedidas, una a una. Sucre, que a pesar de todo podía haber sido algún bastión para Rodríguez, ha caído asesinado en las montañas neogranadinas de Berruecos; sus enemigos políticos hicieron que se disparase certera y arteramente sobre su corazón, matándolo así en un instante, cuando apenas iba por los treinta y cinco años (4 de junio de 1830). Después, muy poco después -el 17 de diciembre-, el propio Bolívar, su discípulo, su obra, se desploma para siempre en las márgenes amargas de la tuberculosis y de las ingratitudes de los hombres. Es haber ensanchado de golpe la soledad, apagada ya la única lámpara que tenía llameante, el agobiado educador. ¿Para quién escribió su Defensa de Bolívar, si el defendido no la leyó, no pudo leerla camino del silente desenlace? Las barajas de la vida han jugado suciamente y el azar movedizo trae hoy faz hostil.

Por añadidura, en el ámbito político, la Colombia creada por el Libertador en Angostura también ha perecido, partida en tres: Páez ha tomado para sí Venezuela, Santander la Nueva Granada, el porteño Flores el Ecuador; no alcanzó a vivir aquella unidad político-territorial plasmada por un gran visionario, sino once años y la libertad misma titubea, se desmoraliza: la Argentina ha caído en la tiranía de Juan Manuel Rosas; el Paraguay continúa bajo el despótico puño de Gaspar Rodríguez de Francia. El tremendo traqueteo de ese año sacude, con poder de acción infernal, la estructura de la Independencia.

Ha cumplido sesenta años el maestro, y encuentra que la agonía de su discípulo en San Pedro Alejandrino ha sellado con lacre hirviente e inviolable las últimas páginas de su esperanza. El futuro -todo humano es un ser en futuro- se le presenta sin dimensiones y con una inmensa acumulación de tristezas. Si alguna vez lloró este varón ascético, tuvo que ser la hora en que supo que ya nadie suficientemente válido le quedaba en la existencia. Todo llanto de hombre verdadero no es de dolor solamente sino también de protesta.

Pasados doce años, cuando Venezuela trasladó a Caracas los restos del Libertador, Rodríguez escribió patéticamente en su libro *Sociedades Americanas* que estaba en prensa en Lima:

> *Hemos juzgado de los vivos, juzguemos también de los muertos. Si la lengua de Bolívar se conservara, seca se movería para regraciar a Venezuela por el alto honor que se digna hacer a sus pobres huesos. "Aquí están bien, les diría. Con el tiempo desaparecerán de estos cuatro palmos de tierra, como desaparecieron de la memoria de mis compatriotas mis servicios, y un amor de que les di tántas pruebas: tuve el dolor de verlos desaparecer, antes de desaparecer yo: me vi olvidado antes*

[94] SIMÓN RODRÍGUEZ. *Sociedades Americanas en 1828*, págs. 15 y 16.

de morir. Pocos hombres habrá habido que hayan merecido menos el desprecio que yo, ni que hayan sentido más la ingratitud. Quédense mis huesos en paz; no falta quien los riegue de cuando en cuando con sus lágrimas; mis amigos saben dónde están, aquí les envían sus suspiros, y esos no sufren comparación con los insípidos aplausos de la vanidad".[94]

Rodríguez escribió en esto un epitafio para su discípulo, y tal vez lloró de nuevo. En una carta a Bolívar en 1824, habló de lágrimas, aunque de alegría, entonces: "Dígame lo que he de hacer para llegar cuanto antes, darle un abrazo y llorar de gozo".

Deja Arequipa y continúa el peregrinaje por el mundo, ya con una única obsesión germinal: seguir publicando lo mucho que lleva escrito o planeado. Los fuertes truecan el dolor en nutrición; retan la amargura con la acción; con el padecimiento emergen más poderosamente. Y llega a la ciudad de Lima, despojado del boato oficial en que se movió seis años antes, en La Magdalena. Como modesto maestro, abre una escuela.

Aparentemente, la caída de Rodríguez ha sido de lo muy alto - Director General de Educación para toda una República- a lo simplemente practicado en muchos años pretéritos: la docencia en una escuela primaria; es decir, lo modesto, lo pobre, lo casi impalpable. Quien quiera se hubiese desarticulado, sumiéndose en vencimiento. No sólo hubo el grave descenso; apareció, además, la hostilidad.

En el que gana o pierde de una existencia en crisis, Rodríguez se echa decididamente a ganar. Frente al vacío, los ataques, el tajante recorte por la desaparición de su discípulo, el malentendido y el desencuentro con todos, asume una única actitud: la de construir. Trabaja, encerrado en el albergue de su soledad, que es cubo sin escapatoria, su libro *Luces y Virtudes Sociales* que editará en Chile. Este trabajo le tomó unos tres años. E iba en él cuando recibió una invitación para trasladarse a Concepción, donde había un colegio provincial muy requerido de profesores. El Intendente, José Antonio Alemparte, llamó a Rodríguez y le ofreció el Rectorado. Viajó el maestro, pero no aceptó el Rectorado sino apenas la dirección de una escuela, con una asignación de mil pesos que no le alcanzaban ni para vivir pobremente. El persistente acorde de esta existencia es la pobreza. Ya en actividades, contó con cooperadores; uno de ellos, Pedro S. Cruzat, dejó descrito el establecimiento en que laboraban y hasta el método del

pedagogo venezolano:

> *Don Simón arregló su escuela rodeando un salón de escritorios cómodos para niños, con tableros y útiles en que se ejercitaban en contar, escribir y leer. Como el temblor del 20 de febrero de 1835 acabó con todo, esos niños no alcanzaron a aprovechar sino muy poco; pero a jóvenes que, como el que esto escribe, concurrían a su casa, les alcanzó a dar a conocer su plan algo más que a ellos. Daba sus lecciones demostrándoles con cuadros sinópticos, siendo cuatro los principales aplicables a cualquier estudio: el primer cuadro Fisionómico, que da nociones; el segundo Fisiográfico, que da conocimientos; el tercero Fisiológico, que da ciencia; y el cuarto Económico, que da filosofía. Encuadren ustedes sus ideas, nos decía, para fijarlas y retenerlas en la memoria. Al recordarlas parece que se ven los cuadros pintados en la pared o en los objetos a que se dirige la vista, comprendiéndose en ello lo principal y lo accesorio a la vez.*
>
> *Prohibía don Simón a los principiantes el uso de textos y los ejercitaba en demostraciones prácticas, introduciendo en ellas sus cuadros sinópticos, con explicaciones al alcance del alumno. Nos decía: procuren ustedes almacenar ideas, y si les preguntan qué están haciendo, digan: aprendemos todo y nada. En estos ejercicios y en presencia de su laboriosidad constante lo acompañamos seis u ocho meses a lo más.*
>
> *Su idea fija era la preparación de las Luces y Virtudes Sociales (el libro que tenía casi listo para editarse). Se le solía oír decir que algunos lo calificaban de loco cuando se proponía desarrollar ideas en ese sentido. Ellos son los locos, respondía, que en sus propósitos proceden contra la razón. Creía imposible entrar en reformas sociales sin "incomunicar" una nueva generación de las sociedades corrompidas y corruptoras [impacto persistente de Rousseau]. Anhelaba por un ensayo con niños de ambos sexos, establecido en alguna isla separada y a cubierto de los vicios ya encarnados en nuestras sociedades. [La coeducación tardó décadas en adaptarse e imponerse en el mundo occidental].*
>
> *Con las conversaciones instructivas, chistosas y entretenidas solíamos trasnochar oyéndolo, sobre todo cuando se contraía a narrar sucesos acaecidos en sus viajes a pie en algunos lugares de Europa. En su trato y conversaciones tomaban igual parte alumnos y familia, en la cual entraba su sirviente, a quien también sentaba a la mesa. Le acompañábamos a tomar café, y a falta de café dio en preparar yerba mate en la misma cafetera.*[95]

****

No sólo regentó una escuela en Concepción. José Antonio Alemparte, que lo había invitado a trasladarse a esa ciudad, también autorizó y costeó, en la Imprenta del Instituto, la edición del libro *Luces y Virtudes Sociales*. En

[95] SIMÓN RODRÍGUEZ. *Escritos sobre*..., pág. 194. La "familia" de que habla pudieron ser su esposa Manuela Gómez y su hijo José.

el prefacio de esta obra hace saber el autor que durante su última estada en Lima quiso publicar su *Sociedades America*nas, cuyo Pródromo había aparecido en Arequipa; no lo logró por falta de dinero.

El móvil profundo de los trabajos escritos del maestro es el progreso del hombre, entendido el paso del ayer al hoy -del pretérito a la presencia, diría García Bacca-, según el principio del caballo de ajedrez: avance en sentidos diferentes, sin producir corte. *Luces y Virtudes Sociales* intenta formar mentalidades distintas, tomándole al niño a tiempo para que llegue a operar en la vida de modo nuevo, a pesar de y superpuesto a lo recibido en herencia tanto de los padres como de la sociedad. Vale decir, adelanto mediante reformas trascendentes. No hay allí concepción de radicalismo que destruya arrasando, para luego crear sobre ruinas; no opera el demagogo, sino el pensador que afirma sólidamente fundado.

De *Luces y Virtudes Sociales* se hicieron dos ediciones. Esta inicial, en Concepción, y una posterior -cuatro años después- en Valparaíso. Trae la primera mayor interés, no intelectual sino vital, de existencia: el autor, en el Prólogo Galeato, o sea polémico, se defiende de ataques, acosa mofándose, hiere, refuta a quienes pusieron reparos, con mayor o menor causticidad, a su Pródromo aparecido en Arequipa. Además, hace fijación de doctrinas. Y da a conocer el Plan General de su producción cardinal *Sociedades Americanas*, que estaba destinada a aparecer probablemente en varios volúmenes.

En punto a estructura, el Galeato procede exactamente de la misma manera que la *Defensa de Bolívar:* responde, una a una, a las seis objeciones que se le han hecho. Defiende lo suyo con un poder de inteligente acometida.

¿Por qué suprimió Rodríguez este Galateo íntegro en la segunda edición de *Luces y Virtudes Sociales?* Tal vez lo consideró muy metido en una controversia que quizás el futuro podía no rescatar y respaldar íntegramente; o lo vio muy personal. Además de esa amputación, cercenó también tres páginas del texto mismo de la obra, y no las incluyó en la segunda entrega. Son ellas un relampagueante desate de ironías. Rodríguez se despeña allí íntegro, ladera abajo, arrasando, con la conciencia de que hay que hablar aún de lo que está en la superficie, para que los problemas se revelen mejor.

En uno de los párrafos eliminados hállase su opinión sobre la Libertad de Imprenta. La define como: "El derecho que cada uno de los interesados en una cosa tiene para hacer observaciones fundadas en el interés común". Por tanto, para la libertad de expresión -la Imprenta corresponde a la

expresión escrita-, no rige aquello que podría denominarse un "me da la gana de pensar así"; no hay libertad en este caso, sino arbitrariedad y, probablemente, estupidez.

El maestro exige que las opiniones se fundamenten en el interés común. El interés particular, de recoveco acantilado, debe guardarse como tal, sin mostrarlo en las publicaciones. El origen de la libertad hállase en la causa social, en cuyo beneficio se la emplea y ejercita.

Escuela **y** talleres gráficos iban laborando rítmicamente. De pronto, el día 20 de febrero de 1835, un terremoto destruye parte de Concepción. Chile es la zona de mayores conmociones terráqueas en la América del Sur. Ante ese sorpresivo moverse de todo, de traquear todo, que hace gritar a las gentes y correr, aullar a los perros, volar despavoridos a los pájaros, el hombre, sin defensa y sin protección, por impávido y fuerte que se sepa, testimonia, sin querer, su fragilidad.

Rodríguez va a saber cómo es un mundo que puede morir. Ante lo agónico, sin embargo, le tocó recorrer toda la zona destruida, para estudiarla e informar; con el fundamento en sus opiniones técnicas, se procedería a reconstruir. ¿Cómo siente un científico un terremoto? Su ciencia aparecerá posterior al hecho grave; antes, operan el terror, el miedo o la serenidad fatalista. Rodríguez y dos más -Ambrosio Lozier y Juan José Arteaga- presentan el Informe redactado por el maestro venezolano.

También en los científicos aparece la bestia acosante. Pero el Informe es un estudio geofísico integral y puede sostenerse por lo mismo. Como ya antes, en el proyecto de desviación del río Vincocaya, en Arequipa, el maestro caraqueño demuestra que posee, muy en amplitud conocimientos de física, planimetría, mecánica, geología, geografía y varios de los ramos de ingeniería.

Con esta producción de carácter técnico se cierra la estadía de Simón Rodríguez en Concepción. En junio de 1836 aparece enfermo en la población chilena de Trilaleubu. En una de sus cartas a Bernardino Segundo Pradel, le dice:

> *Estoy varado: ni puedo irme porque no tengo dónde, -ni puedo quedarme porque no tengo qué. Póngame usted en estado de ganar el sustento, aunque sea de sacristán. Pídales al señor Jarpa o a su coadjutor unas manillas de papel fino y una botellita de tinta extranjera; tengo mucho que escribir, y el papel es malo. La tinta, ya usted la ve: si escribo con ella pensará el señor General que le llega el correo del cielo donde, como usted sabe, se despacha todo en blanco.*

Ni en la pobreza más presionante pierde el maestro su porqué de buen humor. Frente a este amigo Pradel se descubre mucho Rodríguez -y descubrirse signo es de entrabamiento- ya desde Trilaleubu, ya desde Monteblanco y Tucapel, donde se detiene antes de llegar a la capital Santiago.

Ahora el educador ha entrado en aventuras de tipo industrial, con ayuda y dinero de Pradel. Ha montado un aserradero; el proyecto es "componer un molino para trigo; curtir, hacer loza, cola y velas". Para dar éxito a la empresa, renuncia propuestas ventajosas de un señor Pedro Zañartu. Trabaja, multiplicándose en una y otra actividades. Fracasa, nunca Rodríguez triunfó plenamente en ninguna empresa, en su vida íntegra: ni industriales, ni educativas. Su don vital era otro: idear, ahondar, crear, sabiéndose libre y culto; adoctrinar en diferentes derroteros. Quizás el único empeño en que logró victoria absoluta fue en la educación de Bolívar. Sus escuelas terminaban por cerrarse. Los padres no comprendían la originalidad de los nuevos métodos e iban retirando a sus hijos. Las fábricas de velas, apenas si le proporcionaron escasísima subsistencia. No se derrotó nunca, sin embargo. Continuó ideando, aplicando ensayos, escribiendo, produciendo libros hasta el final. El éxito no es la medida del hombre, sino el esfuerzo inteligente.

A los quince años vuelven a encontrarse Simón Rodríguez y Andrés Bello, en la capital chilena Santiago (1837). Desde la estadía de los dos en Londres, a este hoy, efímero y final -luego ya no se verán nunca-, ¡ha sucedido tanto y tanto en el ir de uno y otro caraqueños! Andrés Bello vive en Santiago desde hace seis años; económicamente no pudo sostenerse en la capital británica, a pesar de su empleo de Secretario de la Legación de Colombia.

Se encuentran ahora dos escritores, dos grandes escritores; uno de ellos, poeta. Ambos piensan en un único ideal céntrico: América; en eso coinciden. Las publicaciones periódicas de Bello se titularon, en Londres, *Biblioteca Americana, Repertorio Americano*; la de Chile, *El Araucano.* La obra "clásica" de Rodríguez, que ya comenzó a aparecer en Arequipa, se llama *Sociedades Americanas.* Bolívar discípulo de ambos, fue asimismo América.

También coinciden en el propósito de educar. Bello da clases en el Colegio de Santiago; enseña a adolescentes en su casa; es profesor del Instituto Nacional. El poeta y maestro no ha forjado innovaciones; como el otro; éste, no se ha consagrado a investigaciones en los campos de la poesía medieval (*El Cid),* de la filosofía, la moral.

Los dos han ahondado en los estudios idiomáticos; en el mayor, hay originalidad de fondo y forma, vueltos éstos órgano vital integrado; en el otro, una mixtura elegante de casticismo académico y fervores románticos. Coinciden, además, en la pobreza.

En casa de Andrés Bello conocióle a Rodríguez un chileno que más tarde asumiría significación literaria: José Victoriano Lastarria, de veintitrés años entonces, quien dejó del maestro una excelente noticia:

> *Rodríguez, como los reformadores europeos, tomaba como palanca de su reforma social la educación; y, como institutor experimentado, adoptaba nuevos métodos prácticos para enseñar a leer y escribir, de manera que la escritura representara gráficamente, por el tamaño, forma y colocación de las palabras y frases, la importancia de las ideas, para que la lectura la notara por medio de las inflexiones enfáticas de la voz. Se decía que en su escuela de Concepción y en la que tuvo después en Valparaíso, enseñaba, junto con los rudimentos de instrucción primaria, la fábrica de ladrillos, de adobes, de velas, y otras obras de economía doméstica; pero que la educación que administraba estaba muy lejos de conformarse a las creencias, usos, moralidad y urbanidad de la sociedad en que ejercía su magisterio. Esto esterilizaba los esfuerzos del reformador y la extravagancia de sus formas y de sus hábitos le daba una originalidad que le alejaba las adhesiones, sin embargo de que por su genio y conocimientos se atraía el respeto de los que le trataban. Uno de éstos era el señor Bello.*[96]

Por conocerlo y comprenderlo, Bello respetaba a Rodríguez. Pero, curioso es observarlo, ¡ninguno de los dos escribió nunca nada del otro!

También dejó amplios recaudos de Rodríguez el escritor chileno Miguel Luis de Amunátegui[97], que no tenía sino once años cuando pasó el educador por Santiago. Habló por referencias. Amunátegui, discípulo de Andrés Bello, escribió más extensamente sobre éste que sobre Rodríguez, y dio cabida a leyendas y críticas que han falseado la personalidad del maestro por antonomasia de Bolívar.

Fue corta la estadía del viajero en Santiago; quizás sólo una parte de ese año. Obvio es suponer que los dos caraqueños desovillaron muchos recuerdos de Londres, de Caracas, revisando hitos de historia grande y chica. ¡Cuánto no debieron volcarse sobre la sombra gigante

---

[96] JOSÉ VICTORIANO LASTARRIA. *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, 1878, págs. 51 a 75.

[97] MIGUEL LUIS DE AMUNÁTEGUI: *Ensayos biográficos*, Santiago, 1876.

[98] J. A. COVA: *Don Simón Rodríguez* .... pág. 118.

del Libertador! Viéronle ambos ahora como ya nadie lo veía: niño de diez años, estudiante sin anhelo todavía de navegar sobre el tiempo.

En Valparaíso aparece el trotamundos venezolano, en el acto de abrir una escuela y una fábrica de velas en1838. Se instala en el barrio La Rinconada y hasta cuenta con un socio: Juan Dámaso Aguayo.[98]

En el frontis de la tienda colocó esta leyenda en un tablero:

> *LUCES Y VIRTUDES AMERICANAS*
> *Esto es, velas de sebo, paciencia, jabón,*
> *resignación, cola fuerte, amor al trabajo.*

Texto desconcertante para las sencillas gentes del puerto que debieron pensar en la llegada de un desequilibrado. Dejada aparte la malicia popular, fácil era comprender el sentido del texto del letrero: la luz, es una vela de sebo (la iluminación eléctrica se inventó en el siglo veinte); las virtudes americanas son la paciencia, la resignación y el amor al trabajo; en la tienda se vendían también jabón y cola fuerte para carpinteros. Como todo estaba junto, había que presentarlo revuelto. Las inteligencias diferentes, deben ser comprendidas.

Como Arequipa, como Concepción, Valparaíso se muestra ciudad propicia; se quedará en ella más de tres años. Allí llegará a los setenta de su vida, sin redimiese de pobrezas. A una década de la muerte de su discípulo, ya se empina como un vibrante escritor que adoctrina y enrumba desde la estructura de una poderosa originalidad. Rodríguez es ya el pensador de "matiz caleidoscópico".

Mientras labora la imprenta, en el nuevo libro de Rodríguez, con la pausa inconmovible de entonces, en labor de cajistas que ponen letra por letra en el componedor de líneas, Rodríguez es admitido como colaborador del diario *El Mercurio;* en sus páginas se publican once artículos de tema político preferentemente.[99]

Ese mismo año se publica el nuevo trabajo del venezolano: *Luces y Virtudes Sociales* en la misma imprenta del periódico *El Mercurio*[100]. Ha sido escrito con un fin específico; "El objeto del autor, tratando

[99] Los artículos aparecieron en los días 11, 12, 13, 14, 18, 20, 21, 22, 24, 26 y 28 de febrero de 1840.

[100] Hay que anotar que para esta segunda edición el autor suprimió las 36 páginas del prólogo Galeato, más tres de la Introducción. Pero añadió 52 páginas nuevas. Sumados lo uno y lo otro, el libro completo alcanza las ciento veinte páginas.

de las sociedades americanas, es la educación popular, y por popular entiende general". Sujeto de la obra: el hombre social; no el individual como hubiese preconizado un adoctrinador de liberalismo puro sino el social; hay un gran avance, el propósito de la instrucción? La sociabilidad; y el fin de la sociabilidad, hacer menos penosa la vida. Hay que instruir por métodos y modos nuevos; hay que propagar la educación mediante una alta multiplicación de las escuelas. Sólo con la esperanza de conseguir que se piense en la educación del pueblo -que hasta entonces no se educaba sino en modo muy relativo, a pesar de la vigencia de la República-, se puede abogar por la instrucción general, o sea de todos. "¡Ha llegado el momento de enseñar a las gentes a vivir!", exclama el autor.

En la problemática urgente -entonces y aún hoy- de formar, de preparar, de elevar a las masas, había que insistir en el doble eje: instrucción. Dar instrucción únicamente, significa inyectar en el estudiante conocimientos y saberes. Otorgar educación quiere decir plasmar caracteres y voluntades, aptos para resistir la vida y el conflicto. El hombre completo posee uno y otro ejes.

Para un éxito del orden, el libro viene dividido en cuestiones; cada una fija un concepto céntrico al que aplica su criterio personal y original casi siempre, el autor. Fluyen los asuntos en trama los unos con los otros, como en los "Tratados" sometidos los puntos únicamente al orden preestablecido por el escritor, quien se abstiene de nominar un plan.

Por ahí, como perdido o voluntariamente puesto sin relieve, el escritor habla de sí: "El autor (página 40) tiene el necesario talento para ser cortés y para ser modesto. El haber estudiado exclusivamente, o con preferencia, sea lo que fuere, es un mérito que exige consideración". La cortesía y la modestia son dos características del hombre civilizado e inteligente. Y pide hablar de los pobres, como solicitando un derecho suyo también:

> *Todos huyen de los pobres, los desprecian o los maltratan: ¡alguien ha de pedir la palabra por éllos! Pregúntese a nombre de los pobres, si tienen derecho a saber, si se les enseña y qué, quién los enseña y cómo, quién tiene obligación de enseñarles. Si será de temer que los pobres, instruidos en sus deberes sociales, crean que no deben trabajar para subsistir.*

Entre las otras muchas captaciones, el maestro piensa también en la

muerte, en la inmortalidad. Escribió sobre eso con sentido espiritualista extraordinario -el mismo que después expresará poéticamente Antoine de Saint Exupéry-:

> *No hay quien muera creyendo que lo han de olvidar. La inmortalidad es una sombra indefinida de la vida, que cada uno extiende hasta donde alcanzan sus esperanzas, y hace cuanto puede por prolongarla. Se complace el hombre sensible, figurándose su existencia proyectada en el interminable espacio de los tiempos, como se complace en ver, desde una altura, sucederse los valles, los bosques y los montes más allá de los horizontes sin fin. Ideas, sin duda, y nada más que ideas; pero la vida espiritual se sostiene con éllas; son obra de la imaginación, como lo eran el néctar, la ambrosía y el humo de que se alimentaban los dioses del paganismo.*

De acuerdo con esto, el maestro no fue creyente; aunque en Amotape, próximo a la agonía, se confesó, según atestiguación del cura de ese pueblo peruano. Tampoco Bolívar, su discípulo, acató creencia alguna y se confesó al final con el sacerdote de Mamatoco, Hermenegildo Barranco. Los dos caraqueños se parecieron en vida y en el desenlace final también.

Luces y Virtudes Sociales revela la conciencia que tenía Rodríguez de su obra y de sus doctrinas: la de quien predica para el futuro, en la certeza de que en vida del autor no serán ni acatadas, ni justipreciadas. No se engañaba, y en ello va la prueba mejor de que nunca fue un iluso. "No cree el autor -escribe en la página 42- que la parte influyente de la actual generación adopte sus ideas; pero debe esperar de las Luces que la distinguen el homenaje debido a la Verdad; y si el modo de decirla desagrada, también debe esperar la indulgencia que reclama la buena intención" Qué hablar tan dispuesto a pedir por lo menos respeto, si no acatamiento, ya que a éste no le da corporeidad para el hoy, sino para el mañana. El mañana que ha de valorar a Rodríguez.

La obra no quedó terminada. En la última página se dice: "En el capítulo siguiente da el autor su parecer…", etc. Hasta ahora, ese texto debe considerarse perdido; tal vez se quemó, con el resto de originales de Rodríguez, en el incendio de Guayaquil de 1896.

****

Rodríguez el inmenso, el creador que iba publicando sus obras en medio de graves dificultades, vivía muy pobre en Valparaíso, en uno de los

cerros a cuyo pie se halla lo válido de la ciudad en sentido económico. Hacia arriba, lo desposeído; hacia abajo, con anchura de mar, lo llamado "decente" Allí, en lo alto, fue a conocerlo y visitarlo un viajero que se hallaba en el empeño de dar la vuelta al mundo en la fragata "Oriental". Se llamaba Luis Antonio Vendel-Heyl y había sido profesor durante varios años del colegio "Luis el Grande" de París. En Concepción había leído el "Pródromo" de *Sociedades Americanas en 1828*, publicado en Arequipa. En una de las páginas encontró este principio: "Fin de la sociabilidad: hacer menos penosa la vida", que concordaba con sus personales convicciones, que eran las de la escuela francesa de Saint-Simon. Decidió localizarle a Rodríguez y lo encontró en Valparaíso, el viernes 29 de mayo de 1840; lo cuenta en su Diario[101]:

> *Apenas almorcé bajé a tierra y subí a un ómnibus para hacerme conducir al "Almendral", a casa de don Simón Rodríguez. El ómnibus me dejó en la plaza de Orrego y, tomando una callejuela que conduce a los cerros, me encontré en la casa del hombre a quien buscaba.*
>
> *Hallábase en medio de algunos alumnos a quienes daba una lección de matemáticas. Luego que supo que yo quería hablarle me hizo atravesar de nuevo el patio por donde había entrado, y después de haberme llevado a su cocina, a donde necesitaba llegar para encender un cigarro -Rodríguez fue fumador permanentemente, hasta el fin de su vida-, me introdujo a lo que él llamaba su gabinete. Era este un aposento en el cual no había más muebles que un bufete, una mesa y dos sillas. Encima del bufete se distinguían algunos diarios y algunos pliegos de papel, que estaban atestiguando que el dueño de casa era un escritor, y que trabajaba. Por aquí y por allí había algunos libros, pero no se veía nada que se asemejara a una biblioteca, aunque fuera pequeña.*
>
> *La intimidad se estableció bien pronto entre nosotros. Don Simón Rodríguez principió por leerme la continuación de ese cuaderno titulado Sociedades Americanas, que había despertado mi curiosidad en Concepción.*
>
> *Le hablé entonces de la analogía que había entre sus ideas y las de Fourier y Saint-Simon. No había oído sus nombres sino poco tiempo antes, y no había leído sus obras.*
>
> *Los sabios franceses con quienes más relaciones había tenido durante su permanencia en Francia, habían sido nuestros viejos profesores del Jardín de Plantas, los señores Vauguelin y Faugeas de Saint Fond, en cuya casa recordaba haber visto a Brard.*
>
> *Conversando de estas cosas, me contó que en el curso de sus viajes, que muy joven lo habían conducido a muchas regiones de Europa y América, había descubierto el muriato de hierro nativo, del cual hay depositada una muestra en el Museo de Historia Natural bajo el nombre de Samuel Robinson, en que figuran*

[101] Cf. SIMÓN RODRÍGUEZ: *Escritos sobre* . . . , págs. 14 a 17.

las iniciales de su nombre y apellido.

Con motivo de haber aludido por la circunstancia mencionada al nombre que llevaba, creí deber hacerle el cumplimiento de observarle que en su nombre se encontraban reunidos el de Saint-Simon y Olindo Rodríguez.

Me puse entonces a hablarle de los dogmas religiosos del sansimonismo. Me escuchó sin asombro; pero manifestó que sus creencias a ese respecto eran diversas. Poco importa, le respondí yo, la diversidad de los medios con tal que la moral sea la misma y el objeto idéntico. Lo esencial, como usted dice en su cuaderno, es hacer la vida cuanto más feliz sea posible para sí y para los demás. Sin duda, continuó él; aquellos que piensan de otro modo se asemejan a gentes que, oyendo a un viajero pedirle una buena cama, le contestasen: ¿Qué necesidad tiene de un lecho y de coberturas en nuestra casa, usted que parte mañana? ¡No! Por poco que sea el tiempo que yo deba permanecer en esta posada de la tierra, sea un año o un día, quiero vivir bien, quiero poder comer en buena mesa y acostarme en buena cama. La brevedad del tránsito no es razón para estar incómodo cuando uno podía no estarlo.

Jamás Rodríguez logró estos anhelos; vivió holgadamente bien sólo en los dos lapsos de su ir, cuando moró junto a su discípulo Bolívar -de 1804 a 1806 y durante 1825-, y quizás en alguna ocasión excepcional en Europa. El destino, por espacio de ochenta años, sometiólo a una ataraxia estoica que hubiese frustrado a cualquier existencia débil. Ni la pobreza permanente, ni las hostilidades, incomprensiones y falta de resonancia de su hacer potente en los medios por donde pasaba, le debilitaron, le atajaron o amenguaron el énfasis de sus propósitos. Titánico siempre, heroico, no necesitó ni de la buena mesa, ni la buena cama, ni el pasar bien, para el engendro de su obra. El dolor le agigantaba; el encuentro diario con la adversidad acrecentaba el caudal de su oro creador.

De las ideas generales -continúa el relato de Vendel-Heyl- nuestra conversación descendió a la situación privada de mi interlocutor. Don Simón estaba regentando una Escuela en Valparaíso. Su establecimiento, que no contaba más que año y medio de existencia, había alcanzado a tener en cierta temporada hasta cincuenta alumnos, entre ellos seis costeados por la Municipalidad; pero en aquel momento había decaído hasta el extremo de no ser concurrido sino por dieciocho. La disminución de discípulos había traído la disminución de rentas. Don Simón estaba reducido a la mayor escasez. Después de tantos viajes y estudios que habían consumido su fortuna (?), el pobre hombre se hallaba condenado a no salir de su casa, porque no tenía más que una chaqueta, un pantalón de tela grosera y el viejo sombrero que llevaba cuando le vi. Ni siquiera podía tener el consuelo de publicar el fruto de sus meditaciones, el resultado de esas observaciones a que lo había sacrificado todo. No encontraba ni editor, ni suscriptores para sus obras. Sólo pedía cinco reales por entrega, y aún así no había podido reunir más

que doscientos suscriptores y necesitaba cuatrocientos.

Rodríguez y Vendel-Heyl volvieron a verse. La fragata "Oriental" naufragó cuando iba saliendo del puerto. El maestro venezolano y sus alumnos acudieron presurosos, con el propósito de auxiliar a los náufragos. El viajero le ofreció visita al maestro; ya en su casa, tuvo la generosidad de decirle que deseaba contribuir con su ayuda económica y personal para el resurgimiento de la escuela; hasta le habló de asociarse con el educador para ese propósito. Rodríguez nada de eso aceptó: había resuelto cerrar su establecimiento, por haber recibido noticia de que las autoridades gubernamentales iban a efectuar una visita de inspección, punto que consideró lesivo a su dignidad personal; se disgustó hasta el punto de comunicarle al Gobernador que "desde ese mismo momento había dejado de ser preceptor". Vendel-Heyl le reprochó por no saber adaptarse a las circunstancias y hasta le demostró que había contradicción entre sus ideas y su vida. "Tiene usted razón, contestóle el caraqueño: yo, que desearía hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. Pero, ¿qué quiere usted? ¡La libertad me es más querida que el bienestar! He encontrado, entre tanto, el medio de recobrar la independencia y de continuar alumbrando a la América. Voy a fabricar velas".

Y el orgulloso, el muy digno maestro hizo la diligencia para irse. Llegó a Lima. El Perú entonces padece de anarquía política por la disolución de la Confederación Perú-Bolivia (1839); habrá posibilidades propicias para difundir ideas; en toda crisis hay factores aprovechables.

Aquí, en Lima, al cabo de una ausencia de diez años, logrará al fin publicar su "Obra clásica" *Sociedades Americanas en 1828*, en la Imprenta del Comercio (1842).

****

Puede condensarse *Sociedades Americanas en 1828* -un volumen de ciento cincuenta páginas- en una frase de inmensa autoridad y fecundo contenido: "Quiero que América aprenda a gobernarse". Reza el epígrafe: "Cómo serán las sociedades americanas, y cómo podrán ser en los siglos venideros". E invítale al hombre de América a pensar en esta necesidad de dominio del porvenir, único modo de que los pueblos no se ocupen en pelearse episódica y transitoriamente unos con otros.

Esta obra cimera del maestro caraqueño se quedó en la primera

parte, o sea en el Pródromo aparecido en Arequipa, más el texto que se entrega a circulación ahora en Lima.

Después, nada del resto; los originales tal vez completos ya, se guardaron en un cajón. Cuatro años más tarde, Rodríguez continuará buscando editor para la producción entera: le escribe a su amigo José Ignacio París, en Bogotá, desde la ciudad de Latacunga (6 de enero de 1846):

> *Tengo mi obra clásica sobre las Sociedades Americanas, que no puedo imprimir aquí porque cada letra cuesta un sentido, y después no hay quién lea. En Bogotá hay impresores, y lectores en la Nueva Granada, y puede hacerse distribución a otras partes. Usted puede ser Mecenas, sin perder dinero.*

José Ignacio París no se volvió Mecenas; los originales quedáronse exclaustrados, presos, agónicos. Cuando murió el autor, fueron a dar a Guayaquil, donde presumiblemente se quemaron.

Conócese el Plan General de la obra, que hubiese llegado quizás a los cuatro volúmenes. Lo publicó en la página 6 de *Luces y Virtudes Sociales*. Del Tema, a distribuirse en los varios tomos, hace un argumento lógico: las sociedades americanas han llegado a la pubertad; requieren, en consecuencia, fijar y decidir su rumbo. Este, no puede ser ni monárquico -la Independencia erradicó a los Reyes para siempre, en el Nuevo Mundo-, ni republicano a la manera de los regímenes parlamentarios, ni democrático según la concepción de este término en algunos pueblos de la antigüedad. América ha de encontrar su originalidad.

Para desarrollar esta doctrina, dividió su planteamiento en cuatro grandes partes, nitidamente señaladas: "Primera: el sueldo y sus habitantes; estado económico y moral, civil y político; necesidad de una reforma". La segunda se refiere a la insuficiencia de los medios que se han tentado hasta el momento para lograr el cambio. En la tercera, describe el nuevo plan de alteraciones, novedades, originalidades. Y en la cuarta se señalan "los medios, los métodos y los modos de proceder en los métodos, para la eficiencia de la reforma". Este fue el proyecto, y este sin duda el texto de las tres secciones que se perdieron en el incendio de Guayaquil.

Observa que en Europa hay escuelas para todo, y en América para muchas cosas, pero "en ninguna parte se oye hablar de la Escuela Social", que será una de las innovaciones básicas por él propuestas para la reforma americana. Aquí (pág. 45) introduce una cuestión con la cual se anticipa en más de cien años: postula obligatoriedad de la educación: "La sociedad

debe, no sólo poner a disposición de todos la instrucción, sino dar medios para adquirirla, tiempo para adquirirla y "obligar" a adquirirla".

Importa, en resumen, obtener civilización en tres áreas básicas: la mercantil, la colonizadora y la de las creencias. Ser civilizado significa que los hombres "han aprendido a vivir en buena inteligencia". Para esto es la Escuela Social.

En suma, los americanos, en un territorio poco poblado, aparecen perplejos e imitando sin necesidad lo que hacen los europeos. Cansados ya de República aristocrática o de aristocracia republicana, quieren una República real, donde se atiendan "las cinco necesidades, fundamento del derecho natural: alimentarse, vestirse, alojarse, curarse y distraerse"; y en la cual tengan vigencia "los tres respetos: respeto a la vida, respeto a la propiedad y respeto a la reputación". Se ha dado el código de lo básico para todo ser humano. Por añadidura, el maestro especifica estos principios: "Sociedad significa unión íntima; República quiere decir conveniencia general, conveniencia para todos". La "Sociedad Republicana" viene a ser, entonces, "La que se compone de hombres íntimamente unidos para un común sentir de lo que conviene a todos, viendo cada uno en lo que hace, por conveniencia propia, una parte de la conveniencia general. Su plasmación será alcanzada si se inculca desde la infancia "la educación social". "Lo único que puede hacer la sociedad en favor de los que quieran hacerse aptos, es poner a la disposición de todos la instrucción. No habrá jamás verdadera sociedad sin educación. Enseñar es hacer comprender; es emplear el entendimiento y no la memoria". Y es como si hablara para el tiempo actual, cuando pone en vigor este principio: "No son pudientes los que tienen, sino los que saben más; el respeto se debe a los conocimientos!".

En este libro, desgraciadamente incompleto[102], se dan a conocer dos estupendos proyectos, ambos creación de Rodríguez: un Banco Industrial de Depósito y Descuento, que lo presenta hasta con disposiciones debidamente articuladas. En América hispana, ¿se había pensado en eso, hasta entonces? Y un plan de colonización. No buscaba con el Banco la estructuración de un negocio para beneficio de los accionistas, sino la creación de un organismo capaz de producir la transformación del campo con préstamos a los agricultores para el éxito de sus industrias. Iba mucho más allá del

[102] Constantemente intercala el autor frases que anuncian los tomos futuros de esta obra: "En su lugar se propondrá el medio de conseguir esto"... "Se propondrá en el capítulo que corresponde...", etc.

pensamiento elemental de desenvolvimiento de la agricultura: postulaba la industrialización: concepto que hubiera podido escribirse inicialmente, no en aquella primera mitad del diecinueve, sino en la segunda mitad del veinte.

No sólo la forja de un Banco es subrayable. También importa, y quizá más, su pensamiento hondo: "animar la industria". En sus largos años de estadía en Europa -un cuarto de siglo-, advirtió que la era industrial comenzada en Inglaterra el dieciocho y empezaba a transformar los diferentes rumbos económicos de los países. El mismo, personalmente, aprendió más de una industria y trató de vivir de eso en más de una ciudad americana. De ahí extrajo su gran conclusión: lo que requiere América es la industrialización. Y esto, especialmente en el campo, donde se encuentran los artículos propios para la producción industrial, ya con fundamento en la agricultura y ganadería, ya también con base en las extracciones mineras. En el diecinueve, hablar de estas cuestiones era todavía extraño en varias zonas de Europa, y desconocido, en los países americanos. Rodríguez es una incitación vibrante hacia una América industrializada.

La originalidad del maestro en el segundo proyecto, el de Colonización, convence y entusiasma; sobre todo hoy, tiempo de serios requerimientos de los gobiernos para que el pueblo que ha invadido las ciudades retorne al campo. Propone que se haga la colonización del país "con sus propios habitantes", en aprovechamiento de las tierras baldías que el Estado les adjudique. Se formarían núcleos de adultos "con aquellos a quienes la sociedad, por descuido, ha dejado caer en la miseria" -en lenguaje de hoy: los desocupados-; los que se negaren a ser colonos, pasarían a la milicia. Se preferirán las tierras fronterizas con las agrupaciones indígenas; el tiempo daría vigencia al principio de los vasos comunicantes. Podrán integrar el grupo de asentamientos en el campo los artesanos extranjeros que quieran seguir la condición de los nativos; o sea, nacionalizarse, en palabras actuales.

Cada provincia o departamento establecerá su colonia, y cada una de éstas organizará su milicia urbana para el respeto de los linderos. El poder de creatividad del plan se muestra aún mejor en esta ampliación forjada por el autor:

> *Habrá colonias de niños pobres, y en éllas se admitirán los niños europeos que vengan recomendados por los gobiernos de su país; estos niños serán considerados como americanos; se dará, así, una solución al gravísimo problema de la niñez abandonada en una Europa convulsiva, enzarzada persistentemente*

en guerras.

¿Qué hizo sino esto último América, en el siglo veinte, después de las dos guerras mundiales? Rodríguez logró llevar su barco a hontanares que estaban a ochenta años de distancia.

En presencia de este libro, más que frente a los otros, puede advertirse el suficiente fundamento que había en Simón Rodríguez para haberle dicho a Manuel Uribe Angel en Quito: "Fuera del título de maestro del Libertador, tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad". Fue Maestro de Bolívar y su defensor; y fue y sigue siendo Maestro de América.

La política, tema céntrico de sus preocupaciones por ese tiempo, llévale al educador venezolano a discurrir públicamente sobre el tema, en seis trabajos cortos titulados: *Crítica de las Providencias del Gobierno,* que aparecen en 1843, en la misma Imprenta del Comercio. Sus artículos publicados tres años antes en Valparaíso sobre idéntica materia, hicieron únicamente dilucidación del asunto. Ahora, no hay exposición sino cuestionamiento, crítica. "Criticar es juzgar", fija como premisa. Además adoctrina: obrar según las circunstancias es aceptar el principio regulador de la naturaleza; dentro de ellas, importa conocer ante todo qué significa política. La define, en términos que podrían aplicarse al tiempo presente: "La política es la teoría de la economía; ésta ha de descubrir lo que conviene a todos, o sea que ha de enclavarse en la cuestión social".

Con estas premisas, traza un abigarrado retablo que parte de esta concepción audaz: "Administración de la ciencia del mundo". Esta Administración se divide en dos grandes órdenes: el económico y el público. Hay un orden económico productivo: la didáctica y la moral, y uno aplicativo: industrias y comercio. El "orden público" se fracciona en dispositivo: lo civil y lo político, y en ejecutivo: judicial y militar. En todo esto, sin excepción, rigen tanto lo teórico como lo práctico.

Revisado el ir íntegro de Rodríguez, desde que salió de Caracas en 1797, hállase que en ningún lugar se quedó largo; en sitio alguno llegó a los cuatro años. Regía en él una norma itinerante que le forzaba a cambiar; vida fluyente, hablaba, sembraba, proseguía el interminable viaje. Detenerse era, para él, pérdida de libertad; su ánimo de formar nuevas urdimbres obligábale a buscar nuevas y nuevas motivaciones; la indagación volvíasele insatisfacción. Se cumplía en él la advertencia de Goethe: "Que no puedas llegar es lo que te hace grande".

Y se alejó del Perú aquel 1843, rumbo a Guayaquil.

SEXTA PARTE

El Peregrino Agónico

En la ruta, el buque se detiene en un pequeño puerto peruano: Paita. Desciende a tierra el viajero, para visitar a Manuela Sáenz, a quien Bolívar llamó "La Libertadora del Libertador". La posteridad -siempre habrá una posteridad, se admita o no el vocablo- confirmará y ensanchará el epíteto.

Residía allí desde ocho años atrás. Muerto Bolívar y expulsada de la Nueva Granada por Santander, vivió en Kingston con la venta de las joyas que tenía (herencia); de ahí se dirigió a Guayaquil de paso a su ciudad natal Quito, donde le quedaban propiedades dejadas en sucesión por su madre. Va rotando de un sitio a otro, porque le toca vivir, ya sin Bolívar, la orfandad, que es soledad, malquerencia con muchos, destierro, agravios.

Allí la visitó Rodríguez, que no la había visto desde hacía dieciocho años. Ya Manuela, enferma de reumatismo artrítico, camina con dificultad, y se gana la subsistencia preparando dulces y pastas, tejiendo encajes y haciendo bordados. Ha entrado en la dura actividad de una proletaria, y allí prefiere estabilizarse.

Muy largamente, sin duda, dialogaron los dos, sobre un único tema: Bolívar. "La palabra de Manuela era fácil, concreta y nada presuntuosa,

---

[103] Quien da la noticia de esta visita de Rodríguez a Manuela Sáenz es el escritor peruano Luis Alberto Sánchez, quien conoció en Paita en 1923 a "la Morito", una negra ya nonagenaria que había servido a la quiteña hasta la muerte de ésta. Cf. I. VETANCOURT ARISTEGUIETA: *El maestro del Libertador.* Editorial Universitaria, Lima, 1968, pág. 95.

dominando en ella la ironía", escribe Ricardo Palma que viajó expresamente para verla, hacia finales de esa década: "En el sillón de ruedas, tenía la majestad de una reina. Vestía pobremente pero con aseo, y bien se adivinaba que ese cuerpo había usado en otros tiempos gro, raso y terciopelo. Era una señora ya obesa, ojos negros animadísimos en los que parecía reconcentrado el resto de fuego vital que aún le quedaba, cara redonda y mano aristocrática".[103]

Un solo hombre fue el objetivo vital de los dos: el Libertador. Rodríguez había plasmado, en admirable libro, la defensa de su discípulo. Manuela, que le salvó del asesinato al gran caraqueño en dos ocasiones y que tenía en su poder el Archivo secreto de aquel gigante magno, habíale escrito a Flores desde Kingston en mayo de 1834:

> *Yo amé al Libertador; muerto, lo venero, y por esto estoy desterrada por Santander, quien me da un valor imaginario: dice que soy capaz de todo y se engaña miserablemente. Lo que soy es un formidable carácter, amiga de los amigos y enemiga de mis enemigos, y de nadie con la fuerza que de este ingrato hombre.*

La larga conversación entre estos dos invencibles -dos inmensamente leales- debió estar cargada de tristezas. El maestro se despidió con sólo estas palabras: "Me voy, porque dos soledades no pueden hacerse compañía". Y Paita, con su bahía amarillenta y sus calles de polvo; y Manuela con su convicción de que Bolívar valía más que Napoleón -se lo dijo a Adán Melgar-, se quedaron atrás para siempre. Rodríguez, diez años más tarde, tratará de llegar al pueblecillo peruano y a la casa de Manuela, para morir allí; el destino le atajó en Amotape, a siete leguas de distancia, sin dejarle arribar.

Llega Rodríguez a Guayaquil. Entra de nuevo a las tierras de la Colombia grande, fundada por Bolívar. Tal vez allá encuentre quién edite sus trabajos, aparecidos hasta hoy sólo en parte; eso le obsesiona, pero con tal ahínco que parece en él una sobrenaturaleza. Gobierna al Ecuador el general venezolano Juan José Flores; puede suceder que en él halle Rodríguez al Mecenas oficial que busca; tal vez ese hijo de Puerto Cabello, valioso oficial, y además, compañero de Sucre en la guerra de

[104] Es probable que su otro hijo -Vendel Heyl conoció a dos en Valparaíso - haya muerto ya. A Latacunga llegó sólo con él uno.

Independencia y en la batalla de Tarqui (1829), proceda a la liberación de la obra intelectual del maestro de Bolívar.

A lomo de mula, con su esposa Manuela Gómez y su hijo José[104] más los dos inseparables cajones de papeles y libros, y algún equipaje, toman la ruta hacia Quito: más de quinientos kilómetros, por una vía que sube hasta la cordillera de los Andes -más de 4.000 metros-, desciende a la planicie de la zona interandina y vuelve a subir, para arribar a una capital que se halla a 2.800 metros sobre el nivel del mar. Hay que atravesar, paso a paso, la jungla enloquecedora por el calor, los mosquitos y el mal olor de los detritus por descomposiciones de las hojas y ramas caídas de los árboles. Tal cual pueblo, con su presionante ración de pobreza, da el humilde albergue que puede, y en la posada se cuida más de las bestias que de los humanos, a fin de poder proseguir al otro día. A los dos días empieza el ascenso a la cordillera, pausado, difícil, por caminos estrechos de zig-zags interminables: de un lado las rocas altísimas y del otro el abismo de abierta o encuchillada boca: un mal paso, un resbalón, y el animal y el hombre rodarán mil metros; el río que brama en lo profundo cargará tal vez con los cadáveres. Eran los tiempos en que las personas, antes de viajar, hacían ante notario su testamento. En la cumbre andina el frío y la rarefacción del aire pueden producir soroche.

Ascender, descender, pasar torrentes, volver a subir la dura cuesta; pasar por entre indios herméticos en su tristeza y conversar con los rebaños de ovejas y con los asnos; llegar a un pueblo, pedir comida o lecho, y seguir, seguir por varios días hasta que se asomen las torres de los templos de Quito: eso hicieron los tres viajantes y el arriero que les acompañaba. Rodríguez, vigoroso en sus setenta y tres años, lleva en la faz la impavidez del que reta.

La desilusión empieza a morder pronto. Flores, casado con una aristócrata preséntale a la sociedad distinguida de la capital ecuatoriana; se abre así, a la amistad con Roberto Ascázubi y familia, José Modesto Larrea y familia; el canónigo Pedro Antonio Torres -a quien conoció en Lima- y varios otros que están bien informados de la personalidad del huésped. El Ecuador fue siempre el país más bolivarista de todos. Flores no le ofrece sino un trabajo "científico": el manejo y explotación. de unas minas de sal de su propiedad; anda muy corto en las generosidades el

Presidente. [...]En aquél trabajo resiste el maestro sólo medio año.

Hacia mayo (1843), se ha acogido ya al sentido hospitalario de la ciudad de Latacunga, al sur de Quito. Población pequeña y fría, de muy antigua raíz, parece hechizada en su andar silente; sus moradores, de índole amable y dadivosa, han conservado las austeridades de las gentes de Castilla; resguardan sus tradiciones y van tratando de avanzar mediante la cultura. Su suelo, volcánico en amplios trechos, es parte de la inmensa cauda del Cotopaxi; su naturaleza circundante alterna lugares preciosamente eglógicos con anchas superficies de piedra y salitre, piedra pómez y "cangagua".

Desde Latacunga se dirige a su amigo Torres:

Mayo 11 de 1843.

Ilmo. señor Obispo Electo de carrera, Dr. Pedro Antonio Torres, deán de la catedral de Quito.

Amigo: nuestra entrevista en Quito fue como la de los cimarrones: nos pegamos de pico, y yo salí zumbando.

Seis meses estuve en las Salinas del General, aguantando las impertinencias de sus mayordomos, por ver si conseguía hacer algo en provecho de ambos. Por falta de dinero nada puede hacerse, y me hallo sin saber qué hacerme. Quiero enseñar y quiero aprender de balde; quiero trabajar en muchas de las cosas que entiendo, y no hay quién tenga ganas de gastar medio real. Hace dos meses que estoy viviendo qué sé yo cómo. Un hacendado me ofrece llevarme a su hacienda, y no puedo moverme porque estoy debiendo en las pulperías, bajo la responsabilidad de una pobre mujer que vive en la casa donde estoy.

¿Qué le parece, amigo, la suerte de un hombre que con su pluma, su boca y su dinero ha hecho tanto por sacar a los pueblos de la miseria, y a sus Jefes de la indiferencia?

¡Si Bolívar me viera! Usted que me conoció con él debe figurarse lo que diría: y yo diría, y yo diría a usted cosas muy originales si nos viéramos.

Deje usted a los ciegos sin limosnas, por algunos sábados y déla a un tullido. Así su Divina Majestad me lo dé en gloria.

Respóndame usted bajo cubierta al Rector de este Colegio [el de San Vicente], Dr. Vásquez.

Saludo.

Ha llegado el maestro a la situación de pedir limosna; con dignidad, altura, discreción, pero con una inmensa angustia dentro. Se autocataloga

entre los servidores de la humanidad, cuya suerte ha sido desventura en vida y elogio después de la muerte. En su vencimiento se acuerda del único hombre que no le hubiese dejado derrumbarse: Bolívar. Tal vez pensó en lo que a él quizás le escuchó en alguna ocasión: "La posteridad me hará justicia, y esta esperanza es cuanto poseo para mi felicidad".

Antes de finalizar 1843, algunos vecinos de Latacunga, conocedores ya de la actitud negativa del Presidente Flores para con su compatriota, se reúnen para encontrar una fórmula adecuada a fin de retener al viajero y aprovechar sus conocimientos en la enseñanza[105]. El memorial del caso fue llevado a la Junta del Colegio de San Vicente por el Rector y presbítero bogotano Rafael María Vásquez.

El doctor Vásquez, además de Rector del Colegio, era cura párroco de San Felipe, población aledaña a Latacunga y allá invitóle a Rodríguez a hospedarse. Pero el maestro no pudo soportar el "napoleonismo" de otro huésped del sacerdote, un señor Marquezio, con quien discutía acremente sobre el Corso, y abandonó la casa. El educador caraqueño dio siempre preeminencia a las ideas.

La Junta Administradora del Colegio llegó a este Acuerdo:

> *Considerando Primero: que es posible que el señor Rodríguez se decida a quedarse y hacerse cargo de la Cátedra de Agricultura en la cual se comprende también la Botánica; Segundo: que por medio de la resección [sic] de los vecinos, de lo que ofrece el mismo Rector y de una pequeña cantidad con que contribuye el Colegio, se le puede proporcionar la renta necesaria. En fin, que hay motivo para esperar de la adquisición del señor Rodríguez muchas ventajas para el Colegio. Por tanto, en el Informe pedido por la Dirección sobre la enseñanza de Botánica, se manifestará todo esto; y con el fin de que el señor Rodríguez se quede, el Colegio de sus rentas contribuirá por ahora con la cantidad mensual que no pase de veinte pesos*.

Empiezan las clases el día 1° de febrero de 1844. A los dos meses se cierra esa actividad, porque los vecinos no han cumplido con los términos de la suscripción económica voluntaria. El maestro apresó una ruta y se le desbarató el puente. ¿Qué hacer, de qué vivir? La pobreza estruja y muele persistentemente a este hombre condenado a crear sin tener los medios materiales más indispensables. La pobreza, como el sol, como la noche, aparece y nada más; nada sabe de anhelos profundos, creencias, sentimientos;

105 Pedro Grases, en la colección "Virgilia" de *Investigaciones Bibliográficas* del Ministerio de Educación de Venezuela, publicó en el N° 13 - febrero de 1968- un bien fundamentado estudio (7 páginas) sobre *Las Andanzas de Simón Rodríguez por Latacunga (Ecuador).*

mira con una inmensa impavidez.

Quizás el párroco de San Felipe continuó ayudándole; hasta que el maestro obtuvo un trabajo en una hacienda. Se lo hace saber a su amigo José Ignacio París, de Bogotá: "Ahora estoy en una hacienda, dando algunas lecciones a unos dos jóvenes, sólo por la comida y el tabaco. ¡Sáqueme usted de aquí! Mi familia se compone de dos, una mujer y un niño. A mi llegada a Bogotá tendré con qué pagar lo que se haya gastado en mi viaje. Aquí no hay quién me compre lo que tengo. Suponga usted que gaste 8 reales por legua -12 dan los pueblos a sus representantes-. Cuente usted las leguas que hay de Quito a Bogotá, añádales 20 que hay desde el lugar donde estoy hasta Quito, y añada algunos reales más, por algunos accidentes que puedan retardar la marcha, y vendrán a hacer las partidas la suma de 300 pesos (poco más). Trescientos, y tal vez 300 mil años (según esté el cambio) tendrá usted menos que estar en el purgatorio"[106]. Y en la invencibilidad que le es propia, aún a pesar de que le explotan con infamia, Rodríguez sigue desbrozando caminos. No le incomoda el peregrinaje; impórtale llegar [...].

Saltando, en salto valiente, por encima de hambres y angustias, Rodríguez pega los ojos, el alma íntegra, a sus manuscritos. Enseguida de la caída de Flores y de la expulsión de éste del país, le escribe a Roberto Ascázubi y le urge con detalles muy concretos:

> *Yo no quiero, como he dicho en mi anterior, que me den, sino que me ocupen; ahora le repito: quiero vivir de mi trabajo*[107]*. Súplaseme el costo del viaje, que ascenderá, con mi familia y equipaje, a 40 pesos. Alquíleseme una habitación independiente, en una casa cualquiera, con tal que no sea de gente grande; con la baja yo me entiendo. Déseme un peso diario para mi subsistencia, entre tanto que recojo con qué devolver lo que se me haya prestado, y al instante parto para Quito. Los interesados pagarán la impresión del papel, y la utilidad de la venta será a mi beneficio: con esta pagaré mi deuda y seguiré haciendo mis gastos. Vea usted si solo o con la ayuda de sus amigos, puede darme lo que pido, y sírvase*

106 Carta desde Latacunga, el 6 de enero de 1846.

107 Hay que insistir en esta reiteración de Simón Rodríguez: "Quiero vivir de mi trabajo", porque ella indica ya la prefiguración de un nuevo tipo de intelectual: el que desea - y así lo practica - mantenerse por lo suyo, sin prebendas ni mecenazgos. El que comprende que la forja espiritual no es ni decoración, ni titubeo, ni deliquio, sino trabajo tenaz e integral que debe tener justa remuneración (aunque el maestro no la pida, ni llegue a obtenerla). Simón Rodríguez no busca dádivas - Yo no quiero que me den" -, y si se ve forzado a acudir al préstamo, es para retribuirlo, pero con dinero producto de su exclusiva labra personal. Cuando rechaza empleos, es porque éstos inciden en su libertad creadora y la obstruyen.

108 Carta a Roberto Ascázubi, desde Latacunga, el 28 de julio de 1845. Debe anotarse que la familia Ascázubi era inmensamente adinerada, y tanto social como políticamente muy poderosa. En 1859, Roberto Ascázubi integrará un Gobierno Provisorio.

responderme a vuelta de correo.[108]

Cuarenta pesos para el viaje, y un peso diario para la subsistencia, para vivir en una pieza los tres: no cabía mayor limitación, ni más increíble desprendimiento[...].

Quiere vehementemente trasladarse a Quito, para intentar ediciones; pero exige que tales, como su vida misma, tengan el valor y la dignidad de lo que ha sido ganado por obra y esfuerzo, nunca por don o condescendencia. Ascázubi le consigue a Rodríguez un empleo; el quiteño no sólo no justipreció al caraqueño sino que confunde dinero, espíritu, ocupación, sin discernimiento. El maestro no acepta el cargo, y explica la negativa:

> *En respuesta a su carta del 6 del corriente, debo darle las gracias por la oferta que me hace de una plaza de Ensayador de la Moneda, en Quito. Usted piensa en mi bienestar, y yo en el mal que resultaría de admitir un empleo que otros deben envidiarme. Los 600 pesos de renta me harían 600 enemigos, sobre todo en un tiempo en que se trata de excluir de los empleos lucrativos a todo extranjero. [La revolución contra Flores tuvo matices chauvinistas].*
>
> *Por máxima del buen vivir, nunca he sido empleado, excepto en la enseñanza; porque el que aspire al magisterio que yo ejerza, no puede impedir a los que aprendan, la elección del maestro que más les guste, aunque enseñe menos o enseñe mal; es lo mismo que la niña que quiere a un feo, a pesar de muchos buenos mozos. Agradezco, pues, los buenos deseos que animan a usted en mi favor; puede ser que se me presente ocasión de probarle que soy sensible.*[109]

El maestro no empeña su libertad nunca, y este no empeñarla sobrepasa las simples expresiones: son actos, y actos de inmenso dolor.

Quédase en Latacunga, en consecuencia, erguido en su rectitud, fuerte como nunca ante la adversidad y abierto irrevocablemente a su único propósito: editar. Sabe, o intuye, que nadie ha de velar después por lo suyo; partir muriendo puede significar, asimismo, que la obra se enquiste en algún aprovechador o se destruya. También la obra es cuerpo que requiere un cuerpo que la impulse.

El nobilísimo José Ignacio París, de Bogotá -a quien Bolívar, por agradecimiento y amistad le regaló la Quinta que tenía en la capital neogranadina- no calla ante la carta de Rodríguez, sino que a vuelta de correo le remite los 300 pesos solicitados; con éllos podrá el maestro viajar a Bogotá, como desea. Ahora, todo puede cambiar.

Venezuela, gobernada por el general Carlos Soublette (Presidente

[109] Carta del 12 de agosto de 1845.

de 1843 a 1847), uno de cuyos Ministros es el general Rafael Urdaneta -los dos, figuras capitales de la independencia-, reclama la presencia en Caracas del Maestro del Libertador y lo llama por la vía diplomática; quiere que pase en suelo nativo sus últimos años y con los honores correspondientes a su personalidad. Rodríguez, no sólo se niega a retornar a su patria, sino que hasta teme que se le obligue al regreso. ¿A tanto llegó su resentimiento, por el rechazo que hizo el Ayuntamiento caraqueño de su proyecto de reformas a la escuela; o tanto padeció por su obligada salida del país al exterior en 1797, cuando la revolución de Pícornell? Tal vez no hayan sido sólo esas las razones de su negativa. Quizás pesaron más en su decisión el estado de pobreza en que se veía -orgulloso, no quería que esto fuera testificado por sus compatriotas- y la angustia íntima por no haber publicado sino parte de sus trabajos. Pero, además, debió de influir decisivamente el antecedente del comportamiento de Venezuela con el Libertador. ¿No se le insultó, no se le negó la entrada; no hubo quienes se alegraran con su muerte? No fue toda la nación la comprometida en esas actitudes negativas e injustas; sin embargo, el maestro sintió esos golpes tanto como si hubiesen sido dirigidos a su persona. Callaba Rodríguez, sin olvidar.

Por otra parte -el maestro lo sabía seguramente-, el clima de Venezuela era hirviente y amenazador. La pugnacidad de liberales contra conservadores y la grave crisis económica -los agricultores quemaban públicamente textos de leyes y retratos de personajes-, estaban llevándole a la república a una inminente guerra civil.

Estalló en efecto en Caracas, Barcelona y Carabobo a fines de ese 1846, con carácter de revolución popular capitaneada por Francisco Rangel y Ezequiel Zamora[110]. Desembocará, en proceso lento pero creciente de leudo y hervor, en la Guerra Federal de 1859, casi tan sangrienta como la de Independencia. ¿Ha de ir Rodríguez a ese crepitante conflicto?

Entre tanto, algún amigo del maestro en Quito ha conseguido que el gobierno del Presidente Vicente Ramón Roca le insinúe al Colegio de San Vicente que no deje de aprovechar los conocimientos del educador venezolano; señala el Ministro del Interior que lo importante está en el método creado por Rodríguez, que debe ser conocido y aprendido a fin de divulgarlo. El Colegio le convocó al maestro a la Junta del 19

[110] Sobre Ezequiel Zamora, la revolución popular de 1846 y la Guerra Federal, el magnífico historiador venezolano Federico Brito Figueroa publicó un amplio volumen, ricamente documentado y de muy inteligente enjuiciamiento nuevo: *Tiempo de Ezequiel Zamora.* Ediciones Centauro, 1974. Caracas.

[111] PEDRO GRASES: *Las andanzas de Simón Rodríguez por Latacunga.*

de junio (1846). El Acta correspondiente expresa:

> *Personalmente leyó [el educador] la copia de la nota en la que ofrece al Supremo Gobierno, sin que se le gratifique, la manera de dirigir una escuela primaria, a condición de que se le dé lo necesario para los utensilios, y de que se le contribuya con el mensual de diez pesos para cada uno de los dos jóvenes que elegirá el señor Rodríguez.*[111]

La renuncia a gratificación tiene un sentido oculto: libertad de acción, ausencia de compromiso a plazo determinado. Cuando reciba los 300 pesos, partirá a la Nueva Granada. Está seguro de que allá editará al fin todos sus escritos; gobierna en esa nación el general Tomás Cipriano de Mosquera, uno de los más leales amigos del Libertador. El magnetismo norteño que lo atrae tiene, así, un nombre propio; como antes, con Flores, respecto del Ecuador.

A fines de septiembre (1846) púsose en ruta, acompañado de su esposa y de su hijo[112]. De nuevo siete, ocho días quizás, a lomo de mula, hollando vías, por suerte menos peligrosas que la de Guayaquil a Quito, pero igualmente pesadas, duras, tramontando los Andes, bajando hasta ríos que caminan sobre la raíz misma de las gibas inmensas. No se detuvo ni en Quito ni en Ibarra. Llegó directamente a Túquerres, al sur de Pasto, en la Nueva Granada, desde allí le anunció a José Ignacio París que arribaría a Bogotá a principios de marzo. Sin embargo, más de dos años se quedó Rodríguez en Túquerres! Falaz vuelta de tuerca de la vida que así le desvió el trazo y le impidió culminar su mayor propósito: editar lo mucho suyo.

Quizás, Túquerres fue obligada pausa: o se trataba de alcanzar alguna seguridad económica, o el dinero enviado por París no alcanzó sino hasta allí.

El final de la carta es ubérrimo, erguido y amargo:

> *Ya estoy cansado de verme despreciar por mis paisanos. Abogaré, sí, por la primera enseñanza, como lo he hecho siempre, porque mi patria es el mundo, y todos los hombres mis compañeros de infortunio.*[113]

En lo profundo de estas frases se retuerce el torrente de una inmensa tristeza. ¿Cuáles paisanos le despreciaron? ¿Fue esta una de las causas para no querer volver más a Venezuela?

---

112 De este viaje sorpresivo de Rodríguez se da cuenta en un Acta de la Junta del Colegio San Vicente.

113 Carta del 30 de enero de 1847.

A muy poco de eso, ya Pineda -ausente en Bogotá- recibe el primer Informe:

> *Empecé a preparar a los jóvenes con lecciones generales (usted asistió a algunas, por la noche). Su presencia y sus discursos animaron, tanto a los que querían aprender como a los que asistían por curiosidad. Todos querían continuar, pero la pobreza retrajo a los más: iban a sus casas a traer víveres, porque aquí no tenían recursos, e interrumpían sus lecciones. A tragos han aprendido algo, pero no lo necesario para ser maestros. Ni la sala permite más de 14 asientos, ni los fondos alcanzan para extenderse hasta 60. Recibo a los grandes a turno, mañana y tarde, y a los chicos en las horas de medio día. Han llegado, por los exhortos de usted al gobernador de Barbacoas, 10 jóvenes. Trabajan con gusto y van bien.*[114]

Acicatea el esfuerzo mediante la amenaza de que se trasladará a Barbacoas; para impedirlo, elevan un tanto las pensiones los padres de los estudiantes; promete, entonces, quedarse hasta junio. Los muebles se han trabajado con algunas herramientas que conserva el maestro, y "con la herramienta de San José". El gobernador Pedro Rodríguez, de Barbacoas, insiste en llamarlo. "Acá por ahora soy necesario, exprésale a París; en Santafé no lo soy, ni espero serlo".

Todo el año permanece Rodríguez en Túquerres, con su escuela. Hacia noviembre le informa el maestro a su noble amigo Pineda que se encuentra en Pasto:

> *No escribo a usted largo, porque se me olvidó el día del correo, y la persona que lleva esta a Pasto la está esperando para ponerse en talones. La casualidad ha traído aquí un médico naturista suizo, que anda explorando, y me ha hecho el favor da dar algunos remedios a Manuelita. Pasó para Barbacoas y va al Puracé a analizar las aguas del río Vinagre. Hoy debe estar en el cerro de Cumbal. No hay más noticias del país, y en las de Santafé corre que el general Mosquera es Presidente de la República y que su hermano es arzobispo*[115]*. Flores está en Norte América con un ejército de mil demonios. Roca está haciendo confesión general. Los angloamericanos se han tragado a México como un pastelito.*

En sentido íntimo y personal para Rodríguez, esta carta trae un dato muy significativo; la esposa del maestro, Manuela Gómez -Manuelita- hállase enferma; le ha dado algunos remedios un médico suizo que estaba de paso.

---

114 Carta al coronel Pineda, el 2 de febrero de 1847.

115 El General Tomás Cipriano Mosquera gobernó a Colombia de 1845 a 1849; posteriormente, de 1861 a 1864 y de 1866 a 1867.

¿Pudo mejorar y salvarse la enferma? No se conoce referencia especial al caso; pero puede presumirse que la señora falleció en Túquerres, o en el camino de retorno del educador, poco después, al Ecuador; cuando llega a Latacunga, en 1850, ya no le acompaña sino su hijo José. Esa boliviana Manuela Gómez fue extraordinariamente valerosa: sufrió con intrepidez junto a su esposo la adversidad, la miseria, la desesperada angustia. Batalló con él en acto de sombra que se desdobla y protege; que busca todas las posibles salidas; que compite con él en austeridad y desinterés, situándose así a la altura del hombre noble que la había escogido. No decae, sino que triunfa sobre todo acoso y sobre todas las innumerables presiones negativas.

Túquerres se fija en la historia, en lo relativo a Rodríguez, no por el hacer docente, que fue ocasional, sino por el *Extracto sucinto de mi Obra sobre la Educación Republicana,* que publicó *el Neo-Granadino* de Bogotá en los meses de abril y mayo de 1849 (números 39, 40 y 42).

En este trabajo cumple el maestro con la gratitud -¿acaso no existe un velado mandato ético?-, considerada por él la expresión mayor de la calidad humana. Dedica esas páginas al hombre que le apoyó con entusiasmo: el coronel Anselmo Pineda.

Apenas aparecido el primer artículo, una persona que no dio su nombre, escribióle al periódico una carta (5 de mayo de 1849) que dice entre mucho lo siguiente: "He visto con agrado la publicación que ha empezado usted a hacer del *Extracto sucinto sobre la educación republicana*, por el señor Simón Rodríguez, maestro del Libertador:

> *La viuda o huérfano del más oscuro de nuestros militares tiene una pensión de que subsistir, y el huérfano Maestro del Libertador vive de la miseria en nuestra última capital de provincia! ¡Qué!, ¿merece más la compañera o el hijo de un cualquier militar que el que formó el corazón del Libertador de la América del Sur? El, que tiene una gran parte en la hechura del Libertador, ¿no la tiene también grande en el nacimiento de la libertad?*
>
> *Yo pretendo en este recuerdo tocar la liberalidad de los diputados del pueblo, para que concedan una pensión, que tanto merece, al señor Rodríguez, ya que con menos merecimientos se prodigan muchas; e intereso también a usted, señor editor, para que algo escriba sobre este objeto filantrópico, porque escribiendo usted es imposible que falte un representante humano que introduzca un proyecto con este fin en las Cámaras Legislativas.*
>
> *PELEGRÍN".*

Los legisladores se encogieron de hombros; item, los bolivaristas particulares, adinerados. Este silencio o "este largo grito de usura" era

casi una condena a muerte para el educador, si alguien hubiera podido ser suficientemente fuerte como para domar las energías rebeldes del titán! Congresistas y políticos, ese momento, movíanse en el campo contrario: acababa de llegar a la Presidencia, como sucesor del general Mosquera, el general José Hilario López, del sector más agresivo contra Bolívar y su memoria. A él, terminado el período gubernativo, le seguirá en el poder el general José María Obando: los dos, autores intelectuales del asesinato de Sucre; ambos, aplaudidores de la irrupción peruana, en guerra fratricida, que terminó en la batalla de Tarqui, con grave derrota de los generales Gamarra y La Mar. La Santafé de Bogotá, que buscaba el maestro, entró a significar desde ese año de 1849 hostilidad, sequía y saña contra todo lo bolivariano, y por lo mismo, contra el educador de Bolívar.

Nada podía producirse en beneficio del anciano maestro caraqueño; nadie le auxilió económicamente; se clausuró para él la posible tierra húmeda y fresca de Bogotá! Había caminado en vano de Túquerres a Pasto; en el norte ya no restaba nada para él.

Quedaba un solo recurso, humillante y opaco: la caridad pública, con el nombre de suscripción. El coronel Pineda, vigilante y generoso, obtuvo que el periódico *Neo-Granadino* publicase una circular que decía:

> *Muy señor mío: Un sentimiento de patriotismo y de gratitud nacional me compele a ocupar la atención de usted con el negocio siguiente: El señor Simón Rodríguez, maestro del ilustre Libertador de Colombia, se halla actualmente en Pasto en la situación más penosa. Este hombre de talento y de una vasta ilustración ha consagrado toda su vida y cuanto su infatigable laboriosidad le ha producido, a difundir las luces en los diferentes Estados de la América española. Oprimido bajo el peso de una avanzada edad, se dirigía hacia esta ciudad, en donde esperaba procurarse los recursos necesarios con su trabajo en la enseñanza; detúvose en el sur de la república con la esperanza de ser útil, montando un establecimiento que fuese de escuela normal de instrucción primaria; pero en los preparativos y ensayos agotó sus últimos recursos, y el establecimiento no pudo sostenerse, quedando con esto privado hasta de lo más indispensable para trasladarse a otro lugar en que pudiera sacar algún provecho de sus luces y de la benevolencia de las almas generosas. Si usted no conoce a este hombre distinguido, la carta adjunta del Libertador podrá darle una idea de un mérito, por el aprecio que de él hacía el poderoso genio de nuestra independencia.*
>
> *El tributo de reconocimiento que debemos al gran Bolívar por sus servicios a la causa de América, y el honor de nuestro país, creo que nos imponen el deber de hacer algún sacrificio para que no sucumba en la última indigencia, sin amparo ni protección alguna, el anciano respetable que formó al más ilustre de los americanos. Un patriota benéfico está dispuesto a procurarle en Cartagena*

lo más indispensable para su subsistencia, pero le es imposible aprovecharse de ese beneficio, porque carece de todo recurso para transportarse. Con el fin de proporcionarle lo necesario, se ha abierto en esta ciudad una suscripción, que recauda el presbítero doctor Pedro A. Torres, obispo nombrado de Cartagena; y yo me tomo la libertad de interesar la beneficencia y patriotismo de usted en favor de este venerable anciano.

ANSELMO PINEDA.

Torres y Pineda, ¡tripulantes de la generosidad.

A continuación de estas nobilísimas palabras del gobernador de Túquerres, publicó el periódico la admirable Carta de Bolívar a Simón Rodríguez, enviada desde Pativilca el 19 de enero de 1824:

¡Oh, mi Maestro!, ¡Oh, mi amigo!, ¡Oh, mi Robinson! ... Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló [...]

Esta carta, que consagra a Rodríguez ante la Historia, la conocían sin duda muy pocos. Ahora, lanzada por la prensa bogotana, entraba a la calidad indestructible de documento público.[116]

Con el poco dinero de la colecta pública, retorna Rodríguez al Ecuador, como huyendo de la Nueva Granada y a pesar de los buenos deseos de ayuda del obispo de Cartagena Pedro Antonio Torres; el lar cartagenero es lar neo-granadino.

Por esta conciencia de frustración que trae, apenas si se detiene en Quito. Proseguirá, rumbo a Latacunga; intuye que allí le auxiliarán.

En Quito, de paso, conoce a un distinguido neogranadino, el doctor Manuel Uribe Angel[117], a quien le narra la escena del Juramento en el Monte Sacro. Cuenta Uribe:

Una tarde, paseando juntos y departiendo en mucha intimidad, se detuvo de pronto don Simón y dijo: "Para que sacies tu curiosidad, voy a referirte lo que pasó en Roma. Un día, después de haber comido, y cuando ya el sol declinaba, emprendimos con Bolívar paseo hacia el Monte Sacro. El calor era tan intenso, que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y bañados de sudor. Llegados al malecón, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo. Yo tenía fijos los ojos sobre la fisonomía del adolescente, porque percibía en ella cierto aire de notable preocupación y

116 Cf. SIMÓN RODRÍGUEZ: *Escritos sobre...*, págs. 207 a 209.

117 FABIO LOZANO Y LOZANO: *El maestro del Libertador...*

concentrado pensamiento. Después de descansar un poco, y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad, que no olvidaré jamás, se puso de pie y, como sí estuviera solo, miró a todos los puntos del horizonte, y a través de los amarillentos rayos del sol poniente paseó su mirada escrutadora y fulgurante sobre la tumba de Cecilia Metella, sobre la Vía Apia y la campiña romana. Luego, levantando la voz dijo: "¿Con que este es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna".

"La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus faces, ha hecho ver todos los elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esta misteriosa incógnita, no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo". Y luego, volviéndose hacia mí, húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril, me dijo: "Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la patria que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas con que nos oprimen por voluntad del poder español".

Acude el maestro a su antiguo refugio: Latacunga. ¿Qué busca? Ya tal vez nada, excepto alguna voz amiga. Su ir ha sido, por muchos años, de frustración en frustración, persistentemente, y al desplomarse lo suyo va ayudándole la carcoma de lo económico: nunca ganancia alguna hubo de incitarle al maestro, ni la indispensable para no ser sorprendido por intensas angustias; como tampoco fue empeño suyo manejar con acierto sumas que se le encomendaron (Chuquisaca). No ha conseguido adaptarse, por no perder o sacrificar el sentido de derrotero pulcro que lo gobierna. Quiere perfección, y se le enfrentan lo imperfecto, lo injusto, lo hostil y lo ruin. Los hechos vuélvanse más poderosos que las ideas; el sentido común, que él no posee, se opone a lo original, atajándolo. Caballeroso, recibe con frecuencia bofetadas de los que ni le entienden ni le toleran. Ha sido la suya una vida al margen de la general de las gentes; y quien camina así, a contrapelo, hácese víctima de la multitud en caravana, atropelladora, ciega. Nada ofende más a los normales que la capacidad creadora, porque la normalidad juzga según su propio rasante nivel; así, más de uno le ofreció ayuda a Rodríguez, pero no en lo que buscaba él: la edición de sus obras o la fundación de establecimientos según sus novedosos planteamientos, sino algún empleo: creían que la caridad burocrática había de satisfacerle a ese hombre en pobreza. Pasó por la existencia sin haber entrado sino apenas en la inmensa mole del torrente humano, que es gigantesca piedra que fluye, sólida y líquida a la vez. Quiso penetrar perforando con el

vigor de sus originalidades, en acto de trepidación subterránea. Intentó alterar cauces y rutas, pero no se lo permitieron. Va a morir pronto; la finitud comienza a devorarlo. Cuando ya esté agónico en Amotape, y luego cuando cese de vivir, Gabriel García Moreno no preguntará sino si se ha confesado o no, mirándole sólo desde la atalaya religiosa; lo otro, la ciclópea personalidad que sucumbe, le parece dejable de lado. Latacunga no le excluye, le acoge, siempre a través del Colegio de San Vicente, cuyo Rector es ahora el doctor Rafael Quevedo. En el Acta de la Junta del 4 de octubre de 1850 se dice:

> *El señor Rodríguez se ausentó con el fin de marchar a la Nueva Granada, pero en el día se halla aquí dicho señor y ofrece sus servicios.*

Desea enseñar a dos jóvenes sus métodos, asunto que había quedado sin decidirse cuatro años atrás (julio de 1846). Así era la pausa del hacer y del vivir en aquellos tiempos! La Junta Administradora opera con el "Decíamos ayer" de Fray Luis de León y pide dictamen al Inspector de Estudios, quien expresa:

> *En primer lugar, nada es más importante como el que los niños que deban concurrir a los colegios reciban buena educación primaria, y con un método mejor que el que a la presente se observa, porque la falta de una enseñanza a propósito de primeras letras produce el efecto de que en los últimos estudios no aprovechan debidamente los niños, y que además causa un extraordinario trabajo a sus directores. Que en segundo lugar, ningún sujeto posee mejores ideas que el señor Rodríguez para la educación primaria, y muy especialmente para la pedagogía; debiendo decirse que puede ocuparse con provecho en formar directores de primeras letras, no sólo en América sino en cualquier punto de Europa, por lo que juzga ser de gran utilidad el que se acepte la oferta del señor Rodríguez, advirtiéndosela que ésta es su opinión en cuanto al hecho, y que con respecto al derecho para hacerlo podrá informar sobre esto el Rector.*

En estas palabras del Inspector de Latacunga hay, a más de un presupuesto pedagógico debidamente valorizado, la importancia de un aserto particular de gran sentido justipreciador: Rodríguez bien puede ocuparse con provecho en formar directores de primeras letras no sólo en América sino en cualquier parte de Europa. Este fue un ver más que certero y exacto de muy premonitoria anticipación del modo como se le entiende actualmente a Rodríguez. La entidad del educador caraqueño, que había sido capaz de preparar a un Libertador, y que traía inmensa experiencia tomada en Europa -donde nadie iba más avanzado

que él- y de América, para la forja de doctrinas y métodos originales, evidentemente poseía entidad para enseñar en cualquier parte del Viejo o del Nuevo Mundo.

Acepta la Junta el proyecto de Rodríguez, pero estatuye dos condiciones: que no vuelva a ausentarse del lugar hasta que no quede plenamente explicado y ensayado el nuevo sistema; y que el joven escogido para aprender la reciente pedagogía no vaya a terminar en deserción.

Empieza la labor con el doctor Camilo Gallegos como aprendiz de la original pedagogía; el aspirante, al cabo de unas cuantas clases teóricas y prácticas, renuncia. Es escogido entonces el señor Mariano Armendáriz. No se desarrollan los hechos según lo previsto; en marzo del año siguiente (1851) ya se queja el Rector de incumplimiento del acuerdo.

Se dieron otros plazos al curso; el alumno se quejó "de lo complicado del método y del poco tiempo que había tenido a su disposición". Hasta que el 14 de julio, en sesión de la Junta, el aire se volvió rarificado y el clima tenso; los asistentes emplearon términos de pasión. Rodríguez, presente, expresó enfáticamente "que había enseñado todo lo necesario"; sin ira, puso a salvo su altura mental. El aprendiz, acosado, abandonó el campo, con falso reconocimiento de que "tenía ya la instrucción suficiente, de las lecciones que había recibido": recurso poco digno, encaminado a que se le suspendieran los pagos al maestro. Nunca demostró este alumno que había absorbido al menos algo de cuanto se le había dado.

Sin empleo otra vez, Rodríguez da lecciones de primeras letras a las hijas de una señora Viteri[118]. Y ahorra peso sobre peso, con sui géneris espíritu de avaro, él, que nunca lo fue; ha sido, sin embargo, su sistema para poder viajar. Por ese tiempo su hijo José -el maestro es ya viudo- traba amistad íntima con otro joven de su misma edad, el latacungueño Camilo Gómez. La presencia de éste es una anticipación de acontecimientos -la suerte suele dar, a veces, limitadas ayudas a los humanos-: ese mozo será el testigo exclusivo de la muerte del maestro y, por lo mismo, el auxilio invalorable en esos instantes finales. Ya que la muerte faena soledad, los apoyos son altamente válidos siempre.

Al margen de estos sucesos, grandes y pequeños en sí, Rodríguez y el

118 *Escritos de Simón Rodríguez* ... T. III, pág. 152.

Rector Rafael Quevedo tienen largas conversaciones y tal vez discusiones. Más allá del ensayo docente concertado con el venezolano, está lo fundamental: el espíritu mismo de las estructuras educadoras y el inmenso pensamiento del maestro. Importa alcanzar de él, por escrito, algo medular. Y lo logra el Rector Rodríguez escribe para él -para el Colegio San Vicente, para las generaciones- sesenta páginas de denso contenido, tituladas: *Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga*. La nota de envío dice:

> *Señor doctor don Rafael Quevedo,*
>
> *Rector del Colegio de San Vicente, en Latacunga.*
>
> *Señor: Usted me pide un Reglamento que rija la Primera Escuela. Le daré ideas, para que las combine con las suyas, y lo forme. No haga usted imprimir mi manuscrito, ni lo muestre sino a personas de talento e instrucción. Si los tontos lo ven impreso, tendrán que reír para muchos días, y si usted les da lectura, pensarán que los consulta; los más, dormirán en lugar de oír.*[119]

Las dos producciones finales de Simón Rodríguez: *Extracto sucinto de mi obra sobre la Educación Republicana,* aparecida en el *Neo-Granadino* de Bogotá en 1849, y estos *Consejos de Amigo* de 1851 -dos años de distancia entre uno y otro trabajos-, hacen una sola entidad. Seguramente son parte de la obra grande que el maestro tenía preparada sobre Educación, y que no llegó a editar nunca completa; los originales inéditos -lo hemos señalado más de una vez- se perdieron en el incendio de Guayaquil.

****

En esos dos trabajos -el de 1849 y el de 1851-, en los cuales hay una vibrante correlación de originalidad, empínase el maestro a pensar muy en grande, partiendo de las concepciones estrictamente educadoras, que ya le han llevado más allá de Rousseau. Habla de la República, es decir de todos dentro de una nación republicana. Y complementa arrogantemente sus anteriores plasmaciones con este estupendo señalamiento válido, par de la independencia política ya realizada: "¡La educación ha de volverse republicana!". Vale decir: hay que educar para crear en el niño, en el estudiante en general, una conciencia de República, erradicando la concepción monárquica definitivamente y señalándola como enemiga del pensamiento

119 No se conoció este manuscrito sino en 1954; lo publicó el religioso jesuita Aurelio Espinoza Pólit en el N° 83 del *Boletín de la Academia Nacional de Historia,* de Quito. Se supone que fue escrito por Rodríguez entre 1851 y 1852.

americano. Se hace necesario orientar a los propios gobiernos: "No habrá autoridad razonable, sin costumbres liberales. No habrá jamás verdadera sociedad sin educación social. Las costumbres que forma la educación social producen una autoridad pública, no una autoridad personal".

¿En qué han de pensar, básicamente, los gobiernos? En una fórmula de cultura: "sólo la educación impone obligaciones a la voluntad". Por tanto: "En el sistema republicano, la autoridad se forma en la educación, porque educar es crear voluntades".

Es punto fundamental, para Rodríguez, la comprensión y atención del indígena en esta América en proceso de formación político-social: "Si usted desea -dícele al Rector Quevedo que mi trabajo y los gastos no se pierdan, emprenda una escuela con indios. Bien merecen los dueños del país, los que mantienen el Gobierno y la Iglesia con su dinero, y a los particulares con su trabajo, que enseñen a sus hijos a hablar, a escribir, a llevar cuentas y a tratar con decencia, aunque no sea más, para que sirvan bien a los "amos" que la Divina Providencia les ha dado, con encargo de mostrarles el camino del cielo".

En el ver lejos, muy lejos hacia delante, halla Rodríguez necesaria la Ciencia para América. Aconseja en Latacunga:

> *Si en el Colegio se enseñaran ciencias exactas y de observación, los jóvenes aprenderían a apreciar lo que pisan y se abrirían muchas carreras. Con latín, leyes y teología no ganarán de qué subsistir, o subsistirán entre privaciones y escaceses. Con conocimientos de Historia Natural, apoyados en los de física y química, serían agricultores instruidos y preferirían la vida del campo a los poblados, porque se distraerían con utilidad. Conociendo los minerales, podrían emprender cateos de metales más útiles que el oro y que la plata, como hierro, plomo, estaño, cobre, zinc, platina, manganesa y otros. La plata y el oro halagan la avaricia y al cabo empobrecen al minero, porque las vetas se pierden o se agotan y él sigue buscándolas, como perro hambriento que, después de haber tragado el bocado, se queda olfateando el lugar donde lo halló.*

Hay aquí, en este preconizar la Ciencia y exaltarla, con un sentido pragmático, una prefiguración de la marcha nueva de todos los conocimientos, ya no empíricos, sino avalados por un registro y un hacer positivo, técnico además. Se fijan rumbos nuevos para América, en tiempos en que el Nuevo Mundo no había pensado todavía en penetrar en las investigaciones y prácticas de tal laya. La preocupación por esa actividad no llegó a tomar vigencia sino a fines del diecinueve. Y vale recordar que la iniciativa primera de importar científicos para la América -trajo a varios- la debe el continente

nuevo, nuevo también en eso, a Simón Bolívar, discípulo de Rodríguez.

En *Consejos de amigo* escribió esta autodefensa el autor:

> *El señor Simón no hace lo que ve hacer a todos, porque no es mono para imitar sin crítica, ni veleta para voltearse a todos los vientos; a nadie ofende y hace todo el bien que puede; se desvela solo él, hablando y escribiendo por hacer ver la importancia de la primera escuela.*

Esta absoluta certeza de Rodríguez sobre "la preeminencia de la Escuela Primaria", no ha venido a ser vista y aceptada universalmente sino cien años más tarde. Otra prefiguración de Rodríguez: "escuela para todos los niños", también ha llegado a ser realidad universal al cabo de cien años: Robert H. Beck, en la ya citada *Historia social de la educación* -1965- escribe: "En Europa, la conquista de un sistema escolar único para los niños de todas las clases sociales dio lugar a una batalla clásica, librada por espacio de cuarenta años, a continuación del armisticio de 1918".[120]

Le duele al maestro la situación de su América, a la que alecciona, a la que quiere ver que penetra en una nueva edad, la de la adultez, en ejercicio de libertad consciente. La edad es de conflicto y hasta proclive a retornar a una infancia de dependencia. Hay que superar la compleja situación: "Estos pobres pueblos, con la Independencia han venido a ser menos libres que antes. Antes tenían un Rey Pastor que los cuidaba como cosa propia; los esquilaba sin maltratarlos, y no se los comía sino después de muertos. Ahora se los come vivos el primero que llega, y están expuestos a que, en un apuro, algún defensor de las garantías y de la integridad del territorio los regale o los venda, con tierras y todo, a quien dé un titulejo, o lo descargue de sus deudas".

Las últimas economías del maestro, en Latacunga, son para su viaje final. César Vallejo hablará, mucho después, de un "alquiler del mundo" que se cobra y que hay que pagar. Este postrer recorrido detalló Camilo Gómez, el amigo de José Rodríguez[121]:

"Trabé relaciones de amistad con este joven (José) que era de mi misma edad y con él visitaba la casa de don Simón, el que pronto me consagró especial cariño. Al poco tiempo de conocernos, se dirigió don Simón a Guayaquil con su hijo (a quien llamaba Cocho), y los seguí dos meses

120 ROBERT H. BECK: *Historia social de la educación*. Uthea, México, 1965, pág. 125.

121 Relato de Camilo Gómez para el diario *El Grito del Pueblo,* Guayaquil, el 4 de agosto de 1898. Con el título de "Dos retratos al natural", lo publicó el corresponsal del periódico en aquella fecha.

después". De nuevo Simón Rodríguez a lomo de mula -es decir a columna vertebral y caderas golpeadas-, por varios días, en muy peligroso ascenso y descenso de los Andes, pasando por cerca de las nieves del Chimborazo. El anciano tiene ya ochenta y dos años.

Su resistencia de hombre padece la vejez, pero con lucha. No se dirige al puerto ecuatoriano para encontrar allí descanso; buscará trabajo, a su edad. ¡Qué joven es este gran viejo! "En Guayaquil celebró un contrato con un señor Zegarra, para refinar esperma; empresa que fracasó", dice Gómez. No son las clases sino la ciencia el recurso puesto en ejecución por el viajero, para no sufrir miseria. Pero, ya no hay solución para esta vida valerosa, titánica. "Acosado por las exigencias de Zegarra para que le devolviera el dinero con que lo habilitara, don Simón resolvió dirigirse al departamento de Lambayeque, en el Perú, llamado por un caballero para que implantara no sé qué negocio". El gobierno liberal del general José María Urbina, que bien pudo atender de alguna manera al maestro del Libertador, nada hizo; lo ignoró.[122]

Antes de partir, se dirige el maestro a su viejo amigo el general José Trinidad Morán:

> *¿Cuántos años hace que no nos vemos? Un francés me saca de aquí para llevarme a Lambayeque. Mañana salgo, embarcado como Noé en una balsa. Escíbame a Lambayeque, y si puede mándeme un socorro, porque estoy como las putas en cuaresma, con capital y sin réditos. Preguntando por usted, unos me dicen que está en Lima, y otros en Chile. El dador de ésta es el señor Landarou, persona de mi confianza.*
>
> *¡Adiós, amigo!*
>
> *Deseo a usted como para mí salud para que no sienta que vive distracción para que no piense en lo que es y muerte repentina para que no tenga el dolor de despedirse de lo que ama y de sí mismo para siempre.*[123]

Los tres viajeros tienen prisa de abandonar el puerto; utilizan, por eso, una miserable balsa: hay que evadir los asedios de Zegarra; hay que pensar en soluciones desde otra parte. "Sin esperar embarcación a propósito -atestigua Gómez- nos embarcamos en una balsa de sechuras que se hallaban en la vía". Huyen, como perseguidos, en lo primero que encuentran. "Fuimos

122 ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO: *Historia de la República* ....T. I, pág. 65, dice de Urbina: "Fue un caudillo militar formado en las fila de Juan José Flores, pero con una cierta ideología, que el fundador del Estado (Flores) no poseía, y con algunas dotes de administrador, de las que Flores careció totalmente".

123 Carta del 26 de noviembre de 1853.

arrastrados por corrientes contrarias a causa de un temporal, y sólo mes y medio después pudimos arribar a una caleta de pescadores, que creo se llamaba Cabo Blanco habiendo sufrido hambre y sed, pues se nos acabaron los víveres y el agua". Hasta la naturaleza contra el anciano, en esa inagotable suma de signos menos que implica el ir a morir La presencia de lo agónico parecía correlación necesaria con una vida que había sido permanentemente agónica. Pero ¡qué anillo redondo, cerrado en esa última hora!

El mar, su sol y su viento, sus lunas y celajes pardos; el hambre, la angustia y la sed son montañas encima del viejo caraqueño. "Don Simón se encontraba grave". Falta un detalle para echar más amargura, más sombra, en ese ir final. "José se trasbordó a una chata y sin decirnos nada nos dejó abandonados". Huir es traicionar; hacerlo, ante un enfermo grave, es ofender; desaparecer el hijo cuando el padre está frente a la muerte [...]. Valía más, muchísimo más, el amigo, el extraño Gómez, que ayudó a saltar a tierra al educador vencido.

Unos indígenas pescadores les acogen a los náufragos y les dan albergue en su choza. Permanecen éstos allí tres semanas, sin medicinas, en ambiente de pescado, aguardiente y palabras gruesas, burdas; requeríase lo contrario: silencio, comodidad. Gómez -espíritu del buen samaritano del que hablaba Jesús- le cuida, soporta, quizás consuela y alienta, a un sabedor de que toda esperanza de supervivencia había muerto ya. "Al fin los indios me dijeron que no podían continuar manteniéndonos, y que don Simón tenía una enfermedad que podía contagiarlos". El maestro quejábase de intensos dolores intestinales, que le curaban con aguas de hierbas; no había en ese mal peligro de contagio. La caridad o conmiseración si se prolonga, termina en dureza, hasta en las gentes simples y siempre generosas del pueblo: la dureza del "no más". ¿Qué hacer? "Logré convencerlos de que era hombre importante aquel viejo enfermo y que podría reportarles alguna utilidad, si me acompañaban hasta algún pueblo cercano. Accedieron y me llevaron a Amotape, cerca de Paita".

Amotape, un pueblecillo muy pequeño, muy pobre, cercado de tierras amarillentas y de polvo, va a ser el escenario del desenlace para esa vida grande. Quien gobierna ahí, déspotamente, es el párroco. "Me dirigí a casa del cura y le impuse lo que pasaba. Después de algunas dificultades me proporcionó dos caballos y diez pesos. Regresé con los indios a Cabo Blanco; hice montar a don Simón y lo conduje a Amotape". Era el último viaje del cosmopolita, el sin patria, sin familia, sin hogar; americano y nada más que

americano. Fuese como Martí a caballo a encontrarse con la muerte, casi retándola. Asume, en su sencillez sincera, un patetismo creciente el relato de Camilo Gómez:

> *Al llegar a la entrada del pueblo, vi con gran sorpresa presentarse algunos hombres que nos salieron al encuentro y nos detuvieron, diciéndonos que tenían orden del cura para llevarnos a su quinta, que estaba cerca.*

¿Caridad suma? Todo lo contrario.

Tomamos ese camino y llegamos a la casa de la quinta, en la que no había más que una habitación, con una silla vieja, y en el rincón un poyo de barro en el que acosté a don Simón. Todo el equipaje de don Simón se reducía a dos cajones con libros y manuscritos. El cura no volvió a acordarse de nosotros y nos faltaba todo.

¿Cese de atenciones, como quien considera que ya cumplió su deber? Habría sido disculpable, perdonable. Regía algo peor:

> *Ignoraba yo la causa de este abandono. Todos los días iba al pueblo a buscar el alimento para don Simón, que era preparado por una señora caritativa. Me dijo entonces ésta que el cura había prohibido la entrada al pueblo de don Simón y prohibido que lo visitaran los habitantes, porque había descubierto que era un hereje. Todo el mundo temía aproximarse a la quinta, y esquivaba hasta tener trato alguno conmigo.*

Poco importaba que el sacerdote pensara como pensaba, presionado por su fanática incomprensión de la religión que representaba; lo inmensamente deplorable, increíble, era que toda una población se sometiera a su criterio. A Amotape no había llegado el espíritu de la independencia; regía allí lo colonial, intacto. ¡Sólo una mujer contravino las torpes órdenes de párroco!

No recordaba Gómez un episodio del camino de Cabo Blanco a Amotape. Se lo contó Gabriel García Moreno, desde Paita, a su cuñado Roberto Ascázubi:

> *Acabo de recibir una carta de Panchita Larrea, fecha el 11 en La Brea [11 de febrero], por la que he sabido que apareció allí don Simón Rodríguez tan malo, con una fuerte inflamación al vientre y en tal estado de debilidad que, a pesar de que ella no le conocía, le detuvo, pues infaliblemente habría muerto en la jornada de siete leguas que tenía que hacer para llegar a Amotape. Ella le está curando, pero me dice que cree difícil el salvarlo por su edad y la grave enfermedad que sufre. Voy a ver si consigo reunir algunos recursos por medio de una suscripción, para remitírselos inmediatamente.*

124 Cf. *Escritos de Simón Rodríguez* ... T. III, pág. 155. Carta del 15 de febrero de 1854.

¡Qué hubiera sido del Pobre viejo, si aquella excelente señora no se hubiese hallado en ese desierto![124]

Se hizo la suscripción, que produjo tres onzas. "Sé que las han entregado a Panchita Larrea, que está ya en Amotape", dice García Moreno. Simón Rodríguez va cayendo en el agobio lentamente, en un largo agonizar de desmadejamiento; se marchita, entre lánguidos quejidos; la gran luz ha entrado en crepúsculo, hacia la noche. "La muerte -definirá Vallejo- es un ser sido a la fuerza".

Aislado y sin medios de asistencia -continúa Gómez-, sufría lenta agonía el enfermo, hasta que las señoras Gómez, hermanas del señor Manuel Gómez de la Torre, que por entonces tomaban baños en La Brea, vinieron a visitarlo, acompañadas de dos padres jesuitas. Don Simón, que estaba acostado, los miró con profunda indiferencia y se volvió del lado contrario, sin dirigirles la palabra.

El varón recio, ¡recio hasta el fin! ¡El auténtico "palo de hombre" del decir venezolano! No quería testigos de su dolor, ni actos que le fueran impuestos, o por lo menos sugeridos. Las decisiones habrían de emerger de él y no de otros. La vitalidad era, hasta el momento, sólo espiritual; físicamente, "era como de edad de noventa años", escribirá el párroco.

Pasaron unos días, y me sorprendió una mañana don Simón diciéndome que fuera a llamar al cura. Me dirigí a casa de éste, y fui mal recibido; el cura me contestó que no quería ver a un protestante. Insistí, manifestándole que deseaba confesarse el enfermo. Entonces convino en acompañarme.

Este cura se llamaba Santiago Sánchez, "Don Santiago Sánchez". ¿Qué sucedió entonces?

Don Simón tan luego lo vio se incorporó en la cámara, hizo que el cura se acomodara en la única silla que había y comenzó a hablar algo así como una disertación materialista. El cura quedó estupefacto, y apenas tenía ánimo para pronunciar algunas palabras, tratando de interrumpirlo.

¡Discreta venganza de tipo intelectual, por el cerco de desamparo!

Era yo muy joven y no comprendía el alcance de lo que decía don Simón; sólo recuerdo que manifestaba al cura que no tenía más religión que la que había jurado en el Monte Sacro con su discípulo. Volviéndose hacia mí, díjome que saliera.

Rodríguez había puesto su personalidad, y personalidad histórica, en su punto exacto, tanto como si con ello marcara señal fija, indeleble y firme en la bóveda infinita de lo intemporal.

Y lo hizo ante un personaje fanático y mediocre, y probablemente ignorante, si creía que el maestro era protestante. Después de ese desahogo viril, pensante, como para siglos, se produjo la confesión: "La confesión fue larga; cuando salió el cura iba más tranquilo y más complacido de lo que estaba al venir".

Y volvió el silencio amargo al cuartucho donde Rodríguez se extinguía. Así pasó todo el día, sin aceleración de ritmo ni presencia de sobresalto; así siguió la noche, y lo mismo el otro día, 28 de febrero. El día y la noche, tal vez sin tomar conciencia de nada, excepto de los dolores intestinales, crueles, tenaces. ¡Qué tremenda prolongación de martirio para el hombre que se va en qué horrible soledad! ¡Ninguna persona se hizo presente, ni por curiosidad! ¡El expósito moría como expósito!

> *A las once de la noche -aquel 28 definitivo- comenzó la agonía; a intervalos exclamaba: "¡Ay, mi alma!". Expiró y permanecí cerca del cadáver hasta la madrugada.*

Murió como había vivido, casi sin nadie junto a él, excepto -también en vida- algún amigo leal. Inmensa lealtad de Camilo Gómez; al lado del maestro significó él mucho más que José, el hijo de la carne, el de las alas ruines.

En esa destartalada habitación no hay, esa media noche del 28 de febrero de 1854, sino un cadáver, un acompañante que llora -Camilo Gómez ha llegado al llanto- y dos cajones con manuscritos y libros.

"Me dirigí al pueblo a participar lo ocurrido al cura, el que me trató rudamente por despertarlo tan temprano". ¡Increíble! "Una señora que me vio salir llorando, se acercó a consolarme y me aconsejó que escribiera al Cónsul de Colombia en Paita; lo que hice inmediatamente. Recibí al día siguiente la contestación firmada por el señor Emilio Escobar -¡debe recordarse este nombre!-, que encargaba se hiciera el entierro a su costa". ¡Casi dos días estuvo insepulto el cuerpo del maestro! "El cura entonces sufragó los gastos y aun ordenó que se colocara el cadáver en un nicho que existía en el cementerio. Además, tal vez por orden del cónsul, me proporcionó un vestido de paño y diez pesos". Colombia tenía en Paita un funcionario digno.

¿Qué era Paita entonces? La misma de diez, de cuarenta años antes.

Un puerto de pescadores, triste y de pocos miles de habitantes; pero de significación política especial; allá iban a refugiarse los perseguidos o desterrados por los regímenes despóticos del Ecuador.

Pero además continuaba residiendo en Paita, tullida ya por el reumatismo y en silla de ruedas -morirá dos años más tarde- Manuela Sáenz, la quiteña a quien había visitado el maestro diez años antes. Tal vez esperaba Rodríguez llegar hasta esta población para reencontrarse con Manuela.

La partida de defunción del maestro se halla en el Archivo parroquial de Amotape. Dice:

> *Año del Señor de mil ochocientos cincuenta y cuatro, a primero de marzo, yo don Santiago Sánchez, presbítero, cura propio de la parroquia de San Nicolás de Amotape; en su iglesia di sepultura eclesiástica al cuerpo difunto de don Simón Rodríguez, casta de español, como de edad de noventa años al parecer, el que se confesó en su entero conocimiento y dijo que fue casado dos veces y que era hijo de Caracas, y la última mujer finada se llamó Manuela Gómez, hija de Bolivia, y que sólo dejaba un hijo que se llama José Rodríguez; recibió todos los santos sacramentos y se enterró de mayor, para que conste firmo.*
>
> *SANTIAGO SÁNCHEZ.*

Prosigue Gómez: "Cuando me proponía dejar el pueblo, se presentó Cocho (José Rodríguez)". No sabía, sin duda, que su padre había escrito: "¡Llegar tarde es peor que no llegar!".

> *Acompañado de Cocho nos dirigimos a Paita, llevando los dos cajones de libros de don Simón. En ese puerto encontramos a los ecuatorianos señores García Moreno, Rafael Carvajal, José María Cárdenas y otros emigrados, a los que referí la muerte de don Simón Rodríguez. García Moreno tomó de entre los papeles contenidos en el cajón, una Carta de Bolívar a su maestro.*

En Paita se separaron los dos amigos, Gómez y el muy ruin José. ¿Qué se hizo éste, después? Ni se sabe, ni interesa. Camilo Gómez viajó a Panamá:

> *Protegido por aquellos caballeros y con recomendaciones de la señora Manuela Sáenz, partí para Panamá, pues creía que yo era hijo de don Simón y tanto ella como los emigrados no me trataban por mi apellido sino por el de Rodríguez.*

El hijo verdadero por sangre de lealtad, fue él, sin duda; y mereció serlo (Murió, anciano, en la ciudad de Latacunga).

Al pasar por Guayaquil, los dos cajones de papeles y libros de

Simón Rodríguez fueron dejados probablemente al cuidado de las autoridades locales. Esa debió haber sido la voluntad del maestro, expresada verbalmente a Gómez. Y en Guayaquil se quedaron, semiolvidados, por espacio de cuarenta años, dentro de la desidia propia del hombre tropical. Alcides Destruge había coleccionado y puesto en orden los textos originales, con el propósito de hacer una publicación oficial. El gobierno del Presidente Antonio Flores, hijo del general Juan José, hubiese podido realizarla; no lo hizo. Estalló la revolución liberal de 1895, con el general Eloy Alfaro, y el proyecto quedó seguramente aplazado. Al año siguiente, la ciega fuerza de los imponderables lo malogró todo. "Parece que la mayor parte de manuscritos, reunidos por Alcides Destruge, perecieron en el incendio de Guayaquil, en 1896"[125]. No hay certeza absoluta de la pérdida. Quizás los investigadores de Guayaquil logren un día localizar al menos parte de esos trabajos de Rodríguez, tan válidos, de tan expectante significado.

Setenta años permanecieron en Amotape los restos del maestro, hasta que el Presidente Augusto Leguía, del Perú, ordenó exhumarlos para llevarlos al Panteón de los Próceres, de Lima, al cumplirse cien años de la batalla de Ayacucho. Allá se colocaron próximos a los sarcófagos de José Bernardo Alcedo) José de la Torre Ugarte, Martín Jorge Guise, el general Guillermo Miller -estuvo en Ayacucho-, el prócer Francisco Javier Mariátegui, Pascual Saco también prócer y el sabio Hipólito Unánue. Rodríguez ocupaba el sitio de honor. En 1954, o sea treinta años más tarde, fueron trasladados al Panteón Nacional de Caracas, restituidos así a su país natal, en el centenario de la muerte del maestro en Amotape. Allí están, junto al féretro que guarda los despojos de Simón Bolívar. Discípulo y maestro continúan hermanados, inseparables, en la unidad de imagen que tienen en la historia. En ellos se producirá inagotablemente la ley del eterno retorno.

Está bien que le hayan devuelto a Simón Rodríguez, de Amotape, de Lima, a Caracas. Está bien que repose al lado del hombre, quizás el único, que lo comprendió totalmente y lo ensalzó sin manchas oscuras en el lenguaje. Si el maestro reviviera, volvería a escribir la defensa de Bolívar.

Frente a Bolívar y frente a sí mismo, se enardecería al advertir que su palabra de docente y de orientador de América continúa en persistente incomprensión. De él hacia acá, en más de un siglo, las generaciones han dejado

[125] PEDRO GRASES: Estudio Bibliográfico, en *Escritos de Simón Rodríguez* ...

de hacer lo que debieron, y no han asumido sino muy poco de aquello que él entendía por una América libre, original y social, republicana, adentrada en la segunda Independencia: la económica.

Albert Camus escribió que, por la muerte, el pasado de un hombre es irremediablemente transformado en destino. Simón Rodríguez, con su muerte, fijó ante la historia su destino de Maestro de América.

Itinerario Vital e Intelectual de Simón Rodríguez

1771	Nacimiento en Caracas, el 28 de octubre. Se llamará Simón Narciso.
1791	Obtiene el título de Maestro.
1792	Maestro del niño Simón Bolívar.
1793	Matrimonio con María de los Santos Ronco.
1794	Presenta al Ayuntamiento: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento.*
1797	Kingston, Jamaica. Cambia de nombre: se llamará Samuel Robinson.
1798	Baltimore.
1801	Bayona (Francia). París.
1804	Viena.
1805	París. Lyon. Chambéry. Milán. Venecia. Ferrara. Bolonia. Florencia. Roma. Juramento en el Monte Sacro, con Bolívar (15 de agosto).
1806	París.
1807	Prusia. Polonia. Rusia. París.
1823	Londres. Encuentro con Andrés Bello.
1823	Cartagena. Vuelve al nombre de Simón Rodríguez. Bogotá. Primera fundación de una escuela-taller.
1824	Cartagena. Panamá.

Guayaquil.
1825 Callao.
Lima. Con Bolívar.
Callao.
Arequipa.
Cuzco.
Puno.
Zepita. También con Sucre.
La Paz.
Oruro.
Potosí.
Chuquisaca. Director General de Educación.
1826 Chuquisaca. Segunda fundación de una escuela-taller, con proyecciones a toda Bolivia. Ya sin Bolívar.
Cochabamba.
Chuquisaca. Renuncia.
1827 Oruro.
1828 Arequipa. Publica el *Pródromo* de la obra *Sociedades Americanas en 1828.*
1830 Aparece el libro *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social.*
1830 Circula el trabajo científico: *Observaciones sobre el terreno de Vincocaya.* (Muerte de Sucre, muerte de Bolívar).
1831 Año probable de su segundo matrimonio, con Manuela Gómez.
1831 Lima.
1834 Concepción. Da a luz su obra *Luces y virtudes sociales.*
1835 Edita su trabajo científico: *Informe sobre Concepción después del terremoto de febrero de 1835.*
1836 Trilaleubu.
Monteblanco
1837 Tucapel.
Santiago. Nuevo encuentro con Andrés Bello.
1838 Valparaíso. Reedita *Luces y virtudes sociales,* sin el prólogo Galeato.
1840 Publica once artículos en el periódico *El Mercurio.*
Da a luz su *Extracto de la defensa de Bolívar.*
1842 Lima. Reedita su libro *Sociedades Americanas en 1828,* sin el Pródromo.
1843 Circulan seis números de un trabajo periódico titulado: *Crítica de las providencias del Gobierno.*
1843 Paita. Visita a Manuela Sáenz.

	Guayaquil.
	Quito.
	Latacunga. Clases en el Colegio de San Vicente.
1846	Quito.
1847	Túquerres. Enferma de gravedad su esposa.
1849	Aparece en el *Neo-Granadino* de Bogotá: *Extracto sucinto de mi obra sobre la educación Republicana.*
1850	Quito.
	Latacunga.
1851	Entrega al Colegio de San Vicente su trabajo *Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga.*
1853	Guayaquil. Le acompañan su hijo José, y un amigo de éste, Camilo Gómez.
1854	Cabo Blanco. Enfermo de gravedad.
	Amotape. Muere el 28 de febrero, asistido por Camilo Gómez.
1924	Traslado de los restos al Panteón de los Próceres, en Lima.
1954	Apoteósico entierro de los restos en el Panteón Nacional de Caracas, junto al sarcófago de su discípulo Simón Bolívar.
1958	Edición, en tres volúmenes de los *Escritos de Simón Rodríguez,* por la Sociedad Bolivariana de Venezuela.
1975	Edición de las *Obras Completas* de Simón Rodríguez, en dos tomos, por la "Universidad Simón Rodríguez", de Caracas.
1999	Edición en dos volúmenes de las *Obras Completas del Maestro de Bolívar*, bajo los auspicios de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela.

Bibliografía

ADAM, FÉLIX *Andragogía, ciencia de la educación de adultos*. Editorial Grafarte, Caracas, 1970.

ALVAREZ FREITES, MERCEDES *Simón Rodríguez tal como fue. Vigencia perenne de su magisterio*. Caracas, 1966. Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.

AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS *Ensayos biográficos,* Santiago de Chile, 1876.

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Fondo de Cultura. México, 1970.

ANDRÉ, MARIUS *Emilio y su preceptor, en Simón Rodríguez. Escritos sobre su vida y su obra.* Concejo Municipal de Caracas, 1954.

ARELLANO MORENO, ANTONIO *Breve Historia de Venezuela*. Imprenta Nacional, Caracas, 1973.

ARMAS CHITTY, J. A. DE *Caracas, origen y trayectoria de una ciudad*. Fundación Creole, Caracas, 1967.

ARROYO LAMEDA, EDUARDO *Simón Rodríguez (1771-1854),* en *Diccionario Biográfico de Venezuela,* Garrido Mezquita y Cía., Madrid, 1953.

AZPÚRUA, RAMÓN *Biografías de Hombres Notables de Hispanoamérica,* Caracas, 1877.

ARALT, RAFAEL MARÍA *Historia de Venezuela*, Caracas, 1939.

BARTHES, ROLAND *El grado cero de la escritura.* Siglo XXI editores. Buenos Aires, 1973.

BECK, ROBERT H. *Historia social de la Educación*. Uteha, México, 1965.

BOLÍVAR, SIMÓN *Obras Completas*. 3 Vols. Editorial Lex, La Habana, 1950.

BOULTON, ALFREDO *El solar caraqueño de Bello.* Caracas, 1963.

BRITO FIGUEROA, FEDERICO *Historia Económica y Social de Venezuela.* Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central. Caracas, 1973.
Tiempo de Ezequiel Zamora. Ediciones Centauro. Caracas, 1974.

BRUNI CELLI, BLAS *Reflexiones sobre Don Simón Rodríguez.* (Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1971, N° 216).

CALCAÑO, JOSÉ ANTONIO *La ciudad y su música*. Caracas, 1958

CALDERA, RAFAEL *Andrés Bello.* Monte Avila Editores. Caracas, 1972.

CARBONELL, DIEGO *Influencias que se ejercieron en Bolívar.* Caracas, 1920.

CARDOZO, LUBIO Y PINTO, JUAN *Simón Rodríguez, en Diccionario General de la Literatura Venezolana* (Autores). Mérida, Universidad de los Andes, 1974.

CARREÑO, EDUARDO *Aspectos de Venezolanos Ilustres*. Caracas, 1945.

CORTÉS, SANTOS RODULFO *Antología documental de Venezuela 1492-1900.* Roto Lito C.A. Caracas, 1960.

COVA, JESÚS ANTONIO *Don Simón Rodríguez, maestro y filósofo revolucionario*. Jaime Villegas, Editor, Caracas, 1954.

EYKEN, WILEM VAN DER *Los años preescolares*. Monte Avila Editores. Caracas, 1974.

FALCÓN BRICEÑO, MARCOS *Teresa, la confidente de Bolívar.* Caracas, 1955.
FOUCAULT, MICHEL *Historia de la Locura*. Fondo de Cultura Económica. México, 1967.
GARCÍA BACCA, JUAN DAVID *Antología del pensamiento filosófico venezolano.* Vol. III. Andrés Bello. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1964.

GARCÍA CHUECOS, HÉCTOR *Estudios de la Historia Colonial Venezolana*. Caracas, Tipografía Americana, 1937. *Siglo Dieciocho Venezolano*. Edime, Madrid.
GRASES, PEDRO *La Conspiración de Gual y España y el ideario de la Independencia*. Caracas, 1949.
GIL FORTOUL, JOSÉ *Historia Constitucional de* Venezuela. Peuzer, Buenos Aires, 1942.
GUEVARA, ARTURO *Espejo de Justicia.* Caracas, 1954.
HUMBOLDT, ALEJANDRO *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continen*te. Escuela Técnica Industrial. Caracas, 1941.
IRISARRI, ANTONIO JOSÉ DE *El perínclito Epaminondas del Cauca.* Imp. Hallet, Nueva York, 1863.
JAMES AND JONGEWARD *Born to win.* Addison-Wesley Publishing Co. 1973.
JUNG, CARL J. *Los complejos y el inconsciente*. Alianza Editorial, Madrid, 1970.
LASTARRIA, JOSÉ VICTORIANO *Recuerdos Literarios*. Santiago de Chile, 1885.
LECUNA, VICENTE *Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar.* The Colonial Press Inc., New York, 1956. *Documentos inéditos referentes a don Simón Rodríguez.* Boletín de la Academia Nacional de la Historia, 1954, N° 146, Caracas. *Documentos referentes* a la *creación de Bolivia.* Lit. del Comercio, 1924. 2 volúmenes.
LOZANO Y LOZANO, FABIO *El maestro del Libertador.* París, 1913.
MENDOZA, CRISTÓBAL L. *Temas de Historia Americana.* Caracas, 1953.
MIJARES, AUGUSTO *Interpretación pesimista de la Sociología Hispanoamericana*. Madrid, 1952.
MONGE, CELIANO *El Maestro del Libertador,* en *Lauros*. Quito, 1910.
MONTENEGRO, WALTER *Doctrinas político-económicas*. Fondo de Cultura Económica. México, 1973.
NAVARRO, NICOLÁS EUGENIO *Litigio sobre domicilio, tutelas y educación del menor Simón Bolívar. Año 1795*. Caracas, 1955.
NÚÑEZ, ENRIQUE BERNARDO *La Escuela de primeras letras de don Simón Rodríguez-. Crónica de Caracas,* enero-febrero de 1954.
O'LEARY, DANIEL FLORENCIO *Memorias*. Caracas, 1952. 3 Vols.
OVIEDO Y BAÑOS, JOSÉ *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*. Paul Adams, New York, 1940.
PALMA, RICARDO *Tradiciones peruanas*. Lima, 1907.
PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO *Historia de la República del Ecuador.* 2 vols. Cromograf, Guayaquil, 1974.
PÉREZ VILA, MANUEL *La formación intelectual del Libertador.* Caracas, 1971. Ediciones del Ministerio de Educación. *Vida de Daniel Florencio O'Leary, Edecán del Libertador.* Caracas, 1957.
PESTALOZZI, ENRIQUE *Cómo instruye Gertrudis a su hijo.* París, 1903. Librería de la viuda de G. Bouret.

PICÓN FEBRES, GONZALO *Don Simón Rodríguez.* Caracas, 1935.
PICÓN SALAS, MARIANO *Simón Rodríguez.* (Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza), Caracas, 1953.
PINLOCHE, AUGUSTO *Pestalozzi y la educación popular moderna*. Librería de la viuda de G. Bouret, París, 1903.
PLAZA, SIMÓN DE LA *Ensayo sobre el arte venezolano.* Caracas, 1883.
RODRÍGUEZ DE ALONSO, JOSEFINA *El siglo de las luces contado por Francisco de Miranda.* París, 1974.
RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR *El otro Andrés Bello.* Monte Avila, Caracas, 1969.
RODRÍGUEZ, SIMÓN *Escritos de Simón Rodríguez,* compilación y estudio bibliográfico por Pedro Grases. Prólogo, por Arturo Uslar Pietri. 3 vols. Caracas, Imprenta Nacional, 1954. (Edición de la Sociedad Bolivariana de Venezuela). *Obras Completas,* editadas por la "Universidad Simón Rodríguez" de Caracas, Editorial Arte, 1975. Prólogo de Alfonso Rumazo González
ROJAS, ARISTIDES *Leyendas históricas de Venezuela.* Caracas, 1891.
ROJAS, ARMANDO *Ideas educativas de Simón Bolívar.* Edime, Madrid, 1952.
ROUSSEAU, JEAN JACQUES *Emilio, o De la Educación*. Editora Nacional de México, 1970. 2 vols.
RUIZ, GUSTAVO ADOLFO *Simón Rodríguez, Maestro del Libertador* (Educación, No. 59. Caracas, 1953).
RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO *Bolívar.* Edime, Madrid, 1974 (10ª edición).
Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador. Edime, Madrid, 1972 (15ª edición).
O'Leary, Edecán del Libertador. Edime, Madrid, 1956 (2ª edición).
Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. Edime, Madrid, 1973 (7ª edición).
SALCEDO BASTARDO, JOSÉ LUIS *El Primer Deber.* Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1973. *Historia Fundamental de Venezuela.* Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1972.
SÁNCHEZ, MANUEL SEGUNDO *Obras.* 3 vols. Caracas, 1964.
SISO, CARLOS *Estudios históricos venezolanos*. Caracas, 1955.
SISO MARTÍNEZ, JOSÉ MANUEL *Poetas, saturnianos y maestros*. Ensayos. Caracas, 1947.
TERÁN, VICENTE *Simón Rodríguez, Precursor de la escuela activa.* Potosí, 1946.
TOSTA, VIRGILIO *Ideas educativas de venezolanos eminentes*. Caracas, 1953.
USLAR PIETRI, ARTURO *Letras y hombres de Venezuela.* Edime, Madrid, 1974.
Prólogo a los *Escritos de Simón Rodríguez.* 1954.
VÁSQUEZ, EMILIO *Simón Rodríguez y su elogio del Libertador.* Ica, 1952.
VETANCOURT ARISTEGUIETA, I. *El Maestro del Libertador.* Editorial Universitaria, Lima, 1968.

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio de Comunicación e Información
Venezuela AHORA ES DE TODOS